

*«[...] la socialdemocracia no puede ansiar ni confiar en el cercano derrumbamiento del sistema económico existente si lo piensa como el resultado de una espantosa gran crisis comercial. Lo que debe hacer es organizar políticamente a la clase obrera y formarla para la democracia y para la lucha en el Estado por todas las reformas conducentes a la elevación de la clase obrera y a la transformación del Estado en el sentido de la democracia».*

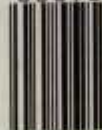


Colección  
Clásicos del Pensamiento

ISBN 84-309-1844-2



00072



9 788430 918447

72

Socialismo democrático / Eduard Bernstein



## Socialismo democrático

Eduard Bernstein

Estudio preliminar, traducción y notas de  
Joaquín Abellán

tecnos

HX276  
B4918

HX276  
B4918

UNAM



351271

BIBLIOTECA CENTRAL

Colección  
Clásicos del Pensamiento

Director  
Antonio Truyol y Serra

Eduard Bernstein

# Socialismo democrático

Estudio preliminar, traducción y notas de  
JOAQUÍN ABELLÁN



rei méxico, s.a. de c.v.



Publicaciones Cultural, s.a. de c.v.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

Lago Mayor 186 Col. Anáhuac 11320 México, D.F.

Apdo. Postal 17-744 y 17-889

Tels. 545-68-60/61/62 Telex 1763159 Pucume Fax. 545-9596

tecno

H X 276  
B 4918

Edvard Bernstein  
Director  
Antonio Trujol y Serra  
Socialismo  
democrático

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. N. A. M.

H. 514193-1

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de Editorial Tecnos, S.A.

Diseño y realización de cubierta:  
Rafael Celda y Joaquín Gallego

Impresión de cubierta:  
Gráficas Molina

© Estudio preliminar y notas, JOAQUÍN ABELLÁN, 1990  
© EDITORIAL TECNOS, S.A., 1990  
Josefa Varcárcel, 27 - 28027 Madrid  
ISBN: 84-309-1844-2  
Depósito Legal: M-172 27 -1990

Printed in Spain. Impreso en España por Azalzo, Tracia, 17. Madrid

BC-351271-2

VIII INDICE  
El movimiento y el control de la gran industria  
El marxismo y la organización social  
La teoría del desarrollo  
El revisionismo y la práctica socialista  
Apéndice. Tesis teóricas para el programa de un período socialdemócrata  
ESTUDIO PRELIMINAR

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR .....	Pág.	IX
I. Vida y obra de Eduard Bernstein .....		IX
II. La socialdemocracia alemana entre 1875 y 1914 .....		XI
III. La crítica de Bernstein a Marx .....		XXI
1. Crítica de la dialéctica marxista .....		XXIV
2. Crítica de la tesis marxista sobre el capitalismo .....		XXVII
3. Democracia y dictadura del proletariado .....		XXVIII
4. La tarea de la Socialdemocracia .....		XXX
IV. El debate en torno al revisionismo en la socialdemocracia alemana y en la II Internacional .....		XXXI
BIBLIOGRAFÍA .....		XXXV

SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

SOBRE LA ESENCIA DEL SOCIALISMO .....	3
¿ES POSIBLE EL SOCIALISMO CIENTÍFICO? .....	27
Prefacio .....	27
I .....	30
II .....	45
Apéndice I .....	63
Apéndice II .....	66
Apéndice III .....	67
Apéndice IV .....	69
Apéndice V .....	72
EL REVISIONISMO EN LA SOCIALDEMOCRACIA .....	75
Prólogo .....	75
1. El surgimiento del nombre «revisionismo» .....	76
2. La idea fundamental del marxismo .....	82

3. El revisionismo y la teoría marxista de la evolución .....	87
4. El marxismo y el desarrollo de la gran industria .....	94
5. El marxismo y la organización social .....	102
6. La teoría del derrumbamiento .....	113
7. El revisionismo y la práctica socialista .....	117
Apéndice: Tesis teóricas para el programa de un partido socialdemócrata .....	121
¿QUE ES EL SOCIALISMO? .....	131
Prefacio .....	131
1. Origen y transformaciones del concepto de socialismo .....	132
2. El liberalismo como etapa previa del socialismo .....	142
3. El socialismo y la ideología del movimiento obrero .....	147
4. Obstáculos en el camino hacia el socialismo .....	157
5. Del porqué y cómo de la realización del socialismo .....	162
RELACION DE NOMBRES .....	169

## ESTUDIO PRELIMINAR

por Joaquín Abellán

### I. VIDA Y OBRA DE EDUARD BERNSTEIN

Eduard Bernstein nació en Berlín, el 6 de enero de 1850, en una familia judía de modesto nivel de vida; el padre era maquinista de ferrocarril. A pesar del bajo nivel de ingresos familiares, Eduard estudió el bachillerato en un *Gymnasium* y posteriormente aprendió contabilidad y banca.

En 1872 ingresó en la Internacional; poco después lo hizo en el *Sozialdemokratische Arbeiterpartei*, que había sido fundado en Eisenach en 1869, donde desempeñó varios puestos, desde cajero a compositor de poemas y conferenciante.

En 1878, con la entrada en vigor de las leyes antisocialistas y por deseos de viajar, fue a Suiza, donde se había establecido el editor y mecenas de los socialistas Karl Höchberg. Bernstein trabajaría como secretario de Höchberg y para la revista *Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, que éste había fundado.

En 1880, Bernstein y Bebel fueron a visitar a Marx y Engels en Londres con el propósito principal de que ambos pudieran disipar sus recelos hacia

Mehring, W., y Hilferding, Hugo, *Grundriss der Sozialökonomie der Arbeiterpartei* (1901), en *Die Sozialökonomie der Arbeiterpartei*.

**SOCIALISMO DEMOCRÁTICO**  
 en *Deutschland. Vom Vorwärts bis zum Ende der Weimarer Republik* (1924), Berlín, 1982.

Schäffler, Michael, *Die Geschichte des Sozialismus 1848-1918*, Bonn, 1982.

Schwarzer, Klaus, *Capitalism and Communism. Studien zur Entwicklung der Partei (1848-1918) im Wilhelmschen Deutschland* (1961/1964), Stuttgart, 1980.

Schwarzer, Klaus, *Die Sozialdemokratie und Sozialistische Theorie. Zur Ideologie der Partei von dem 1. Weltkrieg* (1967), Bonn, 1979.

Strobel, R., y Hutter, G.A. (Hrsg.), *Biographie auf Geschichte der Arbeiterpartei und Arbeiterbewegung 1848-1918. Der Sozialismus 1848-1918*, en *Die sozialistische Geschichte der Arbeiterpartei*, Bonn, 1987.

Vorwärts, O. (Hrsg.), *Vom Sozialismus zum Sozialismus*, Köln, 1972.

... una gran parte de la fuerza de trabajo y de los recursos. Por su lado, centralizó los recursos y las funciones de una sociedad dada, que por el momento objetivo dominante en su propia historia económica y de por sí hacen nuevas formas de vida económica y social. Por otro lado, la producción, que era el resultado de la actividad en el campo de la producción, se convirtió en un campo de la producción y también en uno de la producción.

## SOBRE LA ESENCIA DEL SOCIALISMO \*

[1898]

Mi respuesta al artículo que Kautsky ha dedicado al aspecto teórico de mi escrito *Las premisas del socialismo* ha tenido que demorarse un tanto, debido a que antes había que darle ocasión a Mehring para que me replicara en esta revista<sup>1</sup>. Ello me obliga a alterar en cierta forma la estrategia de mi contracritica y a empezarla por lo que, en un principio, estaba previsto como su conclusión: una sucinta exposición de lo que entiendo que es la esencia del socialismo. Me parece que éste es, también, el procedimiento más idóneo para responder a todos aquellos exégetas de mi escrito que en la prensa y en conferencias deducen de él una renuncia por mi parte a principios fundamentales del socialismo.

¿Cuál es la esencia del socialismo moderno? En mi escrito lo he caracterizado como el movimiento hacia un orden social constituido por asociaciones cooperativas. Como todos saben, este movimiento

\* Fuente: E. Bernstein, *Vom Wesen des Sozialismus*, en *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus*, 4.ª ed., Berlín, 1904, III parte, «Socialistische Controversen», pp. 39-56. El texto fue publicado por primera vez en la revista *Vorwärts*, el 3 de septiembre de 1898.

<sup>1</sup> En *Die Neue Zeit*, para la que estaba previsto en un principio este artículo.

tiene una doble vertiente: una, de las *cosas*, y otra, de las *personas*. Por un lado, están las fuerzas e instituciones de una sociedad dada, que por el impulso objetivo inmanente en su propia naturaleza mueven de por sí hacia nuevas formas de vida económica y social; por otro, las personas, que bajo el influjo de la situación en que se halla su clase, o por motivos ideológicos, actúan y luchan en pro de la transformación de la sociedad capitalista en una socialista.

Por lo que a lo primero respecta, al movimiento no intencional de las cosas, no necesito extenderme aquí de manera especial. Las divergencias existentes en este punto entre mi posición y la de otros socialistas pueden ser discutidas en conexión con la cuestión del movimiento subjetivo, de la acción consciente con miras al establecimiento de la sociedad cooperativa, que de ninguna manera es sólo un asunto de *intenciones*, sino también de *medios* y *caminos*, y que por ello mismo no puede ser tratado, en absoluto, sin tener en consideración los respectivos condicionamientos económicos y político-sociales.

Por contra, sí me parece oportuno hacer aquí algunas consideraciones sobre el tema de la *intencionalidad* en cuanto fuerza motriz del movimiento socialista, que, aunque de por sí evidentes, quedan olvidadas la mayoría de las veces a la hora de hablar y argumentar sobre el tema. Las intenciones vienen determinadas por la *meta* y el *móvil*; este segundo puede reducirse a un impulso *material* (burdo) nacido del *interés personal* (autoconservación), o a uno *ideológico* enraizado en la *postura ética*, o también resultar de una conjunción de ambos. Este último es incluso el caso más frecuente, hasta el punto de que la única distinción que, generalmente, se puede hacer entre ambos es la de mayor o menor intensidad con que uno y otro intervienen en dicha conjunción y determinan su carácter.

En general, se puede decir que el interés por la autoconservación o autoafirmación económica, allí donde entra en conflicto con el interés ideológico, se revela como el más fuerte.

Partiendo del ordenamiento socialista de la sociedad como meta, habría que plantearse la pregunta de en interés propio de quién va la consecución o realización de dicha meta, y al interés personal de quién se opone. Nosotros respondemos con la afirmación de que consideramos la clase poseedora como enemigo natural del socialismo, y la clase obrera como su natural aliado. El hecho de que es de esta segunda de donde proviene por doquier la masa de seguidores socialistas así viene a confirmarlo. El solo testimonio de la experiencia ya basta para demostrar que el socialismo constituye hoy en día —aunque no siempre fue así— un movimiento que, *en primer lugar*, es movimiento o asunto de los trabajadores.

Pero sólo en primer lugar. No es ni histórica, ni lógica, ni conceptualmente correcto decir que la empresa de la transformación socialista de la sociedad es asunto exclusivo de la clase obrera. El socialismo nunca fue algo privativo de los obreros. En cuanto ideología, no ha nacido de la clase obrera, si bien es indiscutible que movimientos e ideologías de obreros han contribuido a su configuración. En el origen del socialismo moderno hay pensadores y luchadores procedentes de la clase burguesa, movidos por motivos ideológicos las más de las veces de índole ética. Quien niega la importancia que tiene la conciencia ética para el socialismo, borra a los Owen y Fourier, a los Saint-Simon y Leroux, a los Louis Blanc y Cabet, borra legiones enteras de sacrificados pioneros de la emancipación obrera de la historia del socialismo. Más aún: borra de ella a los propios obreros socialistas, pues el solo interés por la autoconservación personal no basta todavía para

hacer de un obrero un socialista. Si fuera éste el caso, los enormes sacrificios dedicados por los obreros a propagar el socialismo resultarían ser la cosa más superflua del mundo, el esfuerzo más inútil de todos. Socialista sólo lo es el obrero en quien a la conciencia de su propio interés personal se aúna la conciencia o el reconocimiento de un interés general de clase, a la par que un sentido comunitario y de la justicia tan desarrollado como para sacrificar un determinado interés personal en aras de dicho interés general. Como ya revela la misma expresión, la conciencia desarrollada de clase del obrero socialista no sólo incluye un elemento intelectual, sino también uno ético. Y digo intencionadamente conciencia desarrollada de clase porque también existe una tosca conciencia de clase que está muy cerca del espíritu de casta y que, en cuanto tal, no sólo es de carácter reaccionario, sino que también se manifiesta a veces así.

En todos los países existe un alto porcentaje de obreros que, en parte por desconocimiento o miseria, pero en parte, también, por falta de sentido comunitario, permanecen alejados del movimiento socialista. El afán personal que mueve al obrero individual en su vida económica no se diferencia esencialmente del que anima al burgués. Ambos quieren gozar de una existencia lo más segura y agradable posible, con la particularidad de que sus exigencias quedan, si no recortadas, ciertamente sí condicionadas por la respectiva forma habitual de vida. El obrero siente mucho menos la falta de bienes de lujo que pueda afectar al rico, que la carencia de los mismos que sufre su propia clase. Por eso no se puede descartar por principio la posibilidad de que, también en el futuro, se dé una sociedad con una enorme desigualdad en la posesión de bienes —como ha existido en el pasado—, sin que por ello se produzca entre las clases más pobres un movi-

miento serio para eliminar dicha desigualdad. La sola envidia no basta para que se desencadenen movimientos sociales de masas; no puede bastar por el hecho mismo de que su intensidad varía con el temperamento de cada individuo, y se hace tanto más débil cuanto mayor es la distancia entre los extremos.

Por estas y otras razones es bien escasa la probabilidad de que, en los próximos tiempos, se pueda impulsar a toda la clase asalariada a una mayor participación en la acción socialista sin un fuerte empujón desde fuera. De la misma manera que, todavía hoy, la gran mayoría de los obreros adopta una postura pasiva ante esta acción, hay que partir asimismo de que, todavía por mucho tiempo, grandes masas de trabajadores seguirán manteniéndose al margen de ella por desvalimiento, indiferencia y, en algunos, incluso por repulsión.

Este déficit en el contingente de obreros enrolados en el ejército socialista queda cubierto, en parte, por los refuerzos procedentes de otras capas sociales. Refuerzos que, como ya antes he señalado, no han faltado nunca, pero que hoy son más considerables que antes, y es de prever que todavía lo serán más en el futuro.

Los motivos que originan esta afluencia son muy variados. Se los puede clasificar por grupos, pero sin olvidar nunca que los motivos se presentan casi siempre en formaciones complejas; es decir, el motivo dominante o determinante aparece, por regla general, entreverado de elementos procedentes de otros motivos. Incluso hay muchas personas que ni siquiera son conscientes de la naturaleza del motivo que las mueve, y hasta pueden llegar a creer, por ejemplo, que actúan por altruismo, cuando probablemente sólo lo hacen por propio interés<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> En este punto concreto, como igualmente en todo el contex-

Quienes no se cuentan entre los obreros asalariados se unen al movimiento socialista por lo siguiente:

1. Por *egoísmo personal*. A este grupo pertenecen todos aquellos que esperan ventajas personales, del cariz que sea, de su participación en este movimiento, que, ya hoy, representa una fuerza económica y política. También los descontentos por razones privadas.

2. Por *sentido de clase*. Aquí se encuadran todos aquellos que, sin ser obreros asalariados, se sienten perjudicados en su situación como clase en la sociedad, y antes se solidarizan con los obreros que con cualquier otro estamento social, como ocurre con los funcionarios bajos, artesanos, agricultores, etc. La afluencia procedente de este grupo aumenta en la medida en que se desvanece la confianza en la solidaridad del orden social existente y de la clase hasta ahora dominante.

3. Por *motivos éticos*. Es el caso de quienes por compasión o sentido de la justicia, y *en contra* de su propio interés personal o de clase, ponen sus energías y recursos al servicio del movimiento por la liberación de la clase obrera de su indigencia y dependencia. Su número crece al paso que se intensifica el convencimiento de que es *posible* instaurar un orden social en que una mayor igualdad vaya unida a un también mayor bienestar material y moral.

Según los casos, en los grupos 1 ó 3 se puede incluir, también, a todos cuantos se integran en el

to que lo enmarca, dejó de lado la opinión de que el hombre actúa siempre sólo de manera egoísta, es decir, que, incluso cuando se sacrifica por otros, lo único que hace es seguir el estímulo que mayor placer le proporciona en cada situación. Aquí clasificamos los motivos y las acciones exclusivamente en relación con el interés *externo y más material*, así como con su dimensión *social*.

movimiento socialista por predilección hacia determinadas reformas por él propugnadas, o para ganarlas para una reforma por ellos deseada, o, lo que es lo mismo, para orientarlo en una dirección que ellos creen más conveniente.

Mirado desde un cierto ángulo, podría llegar a pensarse que este aumento entraña un peligro para el movimiento socialista, en el sentido de que, por ejemplo, puede suponer la pérdida de los rasgos que lo caracterizan como movimiento del proletariado. Contemplado más de cerca, sin embargo, este temor resulta infundado.

Para empezar, eso mismo del carácter proletario es algo que no deja de ofrecer sus peculiaridades. Si se identifica proletariado con obreros asalariados, entonces resulta que, en su puro sentido, sólo el movimiento sindical es proletario. En su caso no se da incrustación alguna de elementos foráneos en las filas de los obreros, como suele ocurrir en las otras formas del movimiento socialista —lucha política, movimiento cooperativista—. De querer ser consecuentes todos aquellos que cultivan la idea del proletarismo puro del partido socialdemócrata, no les quedaría más remedio que dedicarse a excluir del mismo a todos los no proletarios, como ya intentara en otro tiempo una facción de los obreros franceses en la Internacional, o como todavía hoy propugnan muchos obreros ingleses como principio irrenunciable de todo partido obrero<sup>3</sup>. Aunque lo cierto es,

<sup>3</sup> El dirigente obrero Ben Tillet me preguntó una vez (1893) cuál era el nivel de vida de los diputados socialistas en la Dieta alemana. Tras haber contestado a su pregunta, exclamó: «¡Pero si resulta que sois un partido radical burgués [*a radical party*] y no un partido obrero!» Desde entonces, sin embargo, también en Inglaterra se ha abierto paso la opinión contraria entre muchos de los tradicionales *labourites* (sólo-obreros), en la medida en que son socialistas.



sin embargo, que no llegan a sacar esta consecuencia.

Si, pues, la socialdemocracia no precisa forzosamente de la mano callosa para conservar su carácter proletario, ¿cuál es entonces la condición que necesita para ello?

¿Es, quizás, la aceptación de un *objetivo* concreto, de una determinada *meta final* del partido? Cierro: en la medida en que dicha meta consiste, globalmente considerada, en la instauración de una sociedad socialista, de seguro que no habrá ningún socialista que no la acepte. Pero a nadie se le puede imponer a la fuerza cuándo y cómo ha de creer que podrá ser alcanzada. Los intentos en esta dirección por dar carácter de cuestión de examen a una determinada idea como la específicamente proletaria supondrían en la práctica la erección de un telón de acero frente a personas de convicciones inmutables, y a tender una tela de araña contra aventureros, insensatos e individuos por el estilo.

Ni puede ser, tampoco, el reconocimiento exclusivo de una *táctica* determinada. Porque dicha táctica depende de las circunstancias; y, desde el punto de vista de los intereses de los obreros, toda táctica que ofrezca mayores probabilidades de llevar a una mejora política o económica de su situación está más justificada que cualquier otra que se pueda proponer.

En consecuencia, sólo pueden ser determinadas *exigencias de capital importancia* en cuanto a los *medios y caminos* para alcanzar el objetivo fijado las que le den al partido socialdemócrata su carácter específico y de cuya aceptación cabría hacer depender el derecho a ser miembro de él. Todo cuanto vaya más allá de eso resulta superfluo o absurdo.

Un partido puede exigir de sus miembros lo siguiente:

1. Que estén afiliados a él exclusivamente, es decir, que no pertenezcan a ningún otro partido político. (Algo que, dicho sea de paso, no se tenía por condición en los comienzos del movimiento, ni se cumple todavía hoy a rajatabla en algunos Estados.)

2. Que se solidaricen con su fin general y sus reivindicaciones prácticas.

3. Que reconozcan determinados principios fundamentales por él establecidos.

4. Que se obliguen a aceptar sus resoluciones y participen en la medida de sus posibilidades en todas las acciones por él decididas.

El punto 4 ofrece las garantías necesarias y, realmente, posibles contra elementos de poca confianza a quienes opinan que el punto 2 resulta demasiado impreciso. Naturalmente, el partido no puede obligar a nadie, por razón de aquéllos, a tomar parte en una acción por él decidida, pero a los que se nieguen a ello sí puede exigirles que dejen el partido o expulsarlos. El elemento esencial del párrafo radica en que quien lo firma deja con ello constancia inequívoca de su postura política.

Éstas son, en mi opinión, las reglas de las que con toda razón, y si cree necesaria su aplicación, puede hacer depender un partido la pertenencia al mismo.

Cuanto se contiene en los puntos 2 y 3 es algo que está fuera de toda duda; la necesidad, por el contrario, de proceder conforme al punto 1 o al 4 dependerá de las circunstancias. Sólo en casos del todo excepcionales cabe pensar que alguien sienta deseos de pertenecer a dos partidos a la vez. En un partido completamente formalizado hay que descartar de por sí tal eventualidad.

El lector habrá advertido que en el punto 2 no se alude para nada a la parte dedicada en el Programa de Erfurt a lo que ya no son propiamente los

principios y objetivos, es decir, a la fundamentación teórica del partido. En ese terreno es, precisamente, donde se produce mi herejía.

En otro lugar (en *Vorwärts*) he respondido lo siguiente a la pregunta de Kautsky sobre cuál de las primeras seis tesis del Programa de Erfurt estoy todavía dispuesto a suscribir: en su actual redacción, ninguna de ellas, excepto la sexta, y en esta aún sustituiría las palabras «sólo puede» por «debe en primer lugar».

Es decir —y con ello entro ya en la cuestión—, en el párrafo sexto, en lugar de «esta transformación (la socialista) de la sociedad sólo puede ser tarea de la clase obrera», debería decir, según mi más firme convicción, «debe, en primer lugar, ser tarea de la clase obrera». Con esto volvemos de nuevo a la cuestión general de los factores subjetivos del socialismo.

Dicho sea de paso, y como observación anticipada, el «debe», tal como va engarzado en la frase de más arriba, expresa la idea de que es la clase obrera la que está llamada a realizar la transformación socialista de la sociedad, y ello de manera cuanto menos igual de taxativa que el «sólo puede». La caracterización del movimiento socialista como movimiento que, en esencia, es un movimiento de la clase obrera queda, por tanto, fuera de toda duda. El punto en cuestión aquí es la calificación que introduce el complemento «en primer lugar».

La clase obrera es la principal fuerza *personal* en la empresa de la transformación socialista, pero no es ni seguirá siendo la única. En esta lucha recibe apoyo de los más diversos estratos sociales: de los pequeños artesanos y minifundistas, de los funcionarios públicos, de quienes ejercen una profesión liberal y, finalmente, incluso de las mismas clases poseedoras. Se puede dejar totalmente de lado, si se quiere, a los pocos capitalistas que se adhieran

directamente al movimiento socialista, porque ni su número ni su influjo son lo suficientemente grandes como para mudar su carácter.

Por otro lado, los pequeños artesanos y los minifundistas no pertenecen, ciertamente, a la clase obrera —al proletariado—, pero sí a la clase de los que trabajan, porque no sólo viven fundamentalmente de su trabajo personal, sino que también —y ello tiene aquí no poca importancia— viven en una situación análoga a la de los obreros. Igual cabe decir de los funcionarios inferiores. De ninguno de ellos hay que temer un debilitamiento o una modificación radical del carácter del movimiento obrero socialista. Para eso aún están los agricultores demasiado aislados, se ven constreñidos los pequeños funcionarios por razón de su cargo a mantener en secreto su pertenencia al partido, y los artesanos que se afilian hoy al movimiento socialista han roto por completo con las tendencias reaccionarias de su clase.

Quedan los pertenecientes a las profesiones liberales: escritores, maestros, médicos, ingenieros y otros por el estilo. Son personas que se encuentran entre la burguesía y la clase obrera, que la mayoría de las veces tienen la aspiración personal de ascender a la primera, y que en virtud de su profesión y educación están en condiciones de ejercer un fuerte influjo moral. La masa procedente de estas capas podría representar, pues, la contrapartida más crítica de todas al contingente que aporta la clase obrera al movimiento socialista.

Pero, se mire desde donde se mire y se piense como se piense, tanto en lo bueno como en lo malo, estos elementos acaban a la larga por neutralizarse entre sí. Son dentro del movimiento las fuerzas más utópicas, pero también las más instruidas, las más fanáticas de la negociación (esto es, las más maniáticas del compromiso), pero también las más decidi-

das, las más batalladoras. No constituyen un grupo homogéneo con idénticos intereses, sino que son tráfugas procedentes de otros estamentos sociales con reivindicaciones de lo más dispares. En todos los países, y precisamente en los círculos jóvenes del movimiento socialista, han desempeñado un gran papel en lo que toca a la labor de propaganda; y, si su actuación de entonces no desbarató dichos círculos, de seguro que menos daño van a poder causar hoy, cuando el movimiento obrero ha entrado ya en su mayoría de edad. El saldo de su participación en el movimiento socialista es positivo. Basta, si no, echar una mirada a los congresos socialistas, a los representantes socialdemócratas en los órganos legislativos y administrativos, para convencerse de ello. El flujo procedente de las profesiones liberales, la «inteligencia», no sólo es en gran manera valioso con vistas a preparar el terreno con la propaganda, sino que cada vez lo será más a medida que el movimiento socialista adquiera mayor fuerza, porque las tareas que hay que realizar van a exigir de continuo una más alta cualificación, sin que la gran masa de obreros pueda hacerse cargo de ellas por falta de tiempo o de preparación. A ellas sólo pueden dedicarse personas que no sean obreros asalariados, o que ya no lo sean. Quien contemple sin prejuicios el movimiento obrero, quien vea cuán alto es en Alemania el porcentaje de obreros mejor situados, que todavía se abstienen de prestar una aportación digna de mención al movimiento, tendrá que reconocer que la afluencia por parte de las citadas capas sociales es garantía segura del triunfo de la socialdemocracia. Decir que la transformación socialista de la sociedad «sólo» puede ser un cometido de la clase obrera supone negarse a reconocer los hechos tal como son. No podrá llevarse a cabo sin la intervención decidida de la clase obrera organizada, pero cada vez participarán en ella directa y

conscientemente más fuerzas sociales que no son proletarias en el sentido de la definición teórica.

Hasta aquí lo que concierne al apartado 6. Pasando ahora a los otros artículos del programa, ya de entrada doy con esta frase del primero de ellos:

«El desarrollo económico de la sociedad burguesa desemboca con *inexorable fatalidad* en la ruina de la pequeña empresa, cuya base es la propiedad privada de los medios de producción por parte del trabajador.»

Esta «inexorable fatalidad», si bien susceptible de ser reconocida en lo que toca a la industria —y, de todos modos, todavía no vale para *toda* la industria—, carece de confirmación científica en lo que se refiere a la *agricultura*. Ahí no vale lo del hundimiento inexorable de la pequeña empresa. En consecuencia, esta frase, de cuya verdad yo estaba tan convencido como su autor cuando fue formulada, ya no podría ser hoy suscrita por mí —ni tampoco por su propio autor—. El campo, visto como medio de producción, no lleva en absoluto trazas de «convertirse en monopolio de un número relativamente pequeño de terratenientes», como sigue diciendo el párrafo.

Lógicamente, tampoco puedo considerar a los agricultores, como ocurre en el artículo 2, como una clase media de la sociedad en vías de «hundirse», ni hablar del incremento de su miseria y de su servidumbre.

Dudoso me parece, además de eso, lo que se dice en el artículo 3 de que el ejército obrero de reserva «es cada vez más numeroso»; y falso que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado divida a la sociedad moderna en dos bandos hostiles. Esta frase, que en sentido figurado está en cierto modo justificada, resulta como proposición teórica una formulación incorrecta de lo que se quiere expresar. Entre la burguesía y el proletariado, o

junto a ambos, todavía existen otras clases, que en unas ocasiones presencian la batalla entre aquéllos desde una postura neutral y en otras toman partido por la una o por el otro. Aparte de ello, la lucha de clases, que es un hecho incontestable, se desarrolla de bien distintas maneras y constituye un fenómeno mucho más complejo de lo que deja entrever este artículo 3. En él no se menciona para nada la lucha de las clases poseedoras entre sí, que representa un factor muy importante de desarrollo y que, en lo que atañe a la clase obrera militante, tiene una enorme importancia; es y seguirá siendo el secreto de muchos de sus triunfos.

Que las crisis —artículo 4— «se hacen cada vez más extensas y devastadoras» es algo que no se puede descartar del todo, pero que resulta improbable por diversas razones.

Y, finalmente, en el artículo 5 se vuelve a decir que la propiedad privada de los medios de producción se ha convertido hoy, entre otras cosas, en un procedimiento para expropiar a los agricultores, con lo que también aquí vale la crítica formulada a propósito del artículo 1.

Si expongo todo esto no es para «poner pegas» al programa, sino sólo para explicar por qué y hasta qué punto no puedo suscribir estos artículos en su apodíctica redacción actual. Y digo en su redacción actual porque, a pesar de todo —excepción hecha de la cuestión agraria—, reconozco su *relativa* razón. En lo que toca al problema del campo, aún no se ha dicho la última palabra. El agricultor también puede irse a pique por otras causas distintas de la sola competencia de los grandes terratenientes, o puede verse obligado a cambiar más y más al sistema de cooperativas —por ejemplo, por efecto de la emigración, por la conciencia cada vez más despierta de los asalariados del campo, así como por otros factores económicos—. Como se sabe, eso es lo que

ya está ocurriendo hoy, de modo que la cuestión agraria no representa ningún obstáculo para un programa socialista <sup>4</sup>.

Así pues, y por decirlo en pocas palabras, no me es posible suscribir estos artículos en tanto en cuanto presentan el socialismo como resultado *forzoso* de fenómenos puramente económicos, como escapatoria a una *catástrofe* económica, como alternativa frente a un *conflicto* de colosales dimensiones, o como su consecuencia. Observo en la sociedad moderna tendencias muy fuertes en esa dirección, pero también descubro cada vez más fuerzas antagonicas a dichas tendencias: la acción económica y política de la clase obrera, las cooperativas, la legislación de las clases en el poder, que cada vez siguen el proceso con mayor precaución, el creciente influjo de la ideología liberal y de las modernas instituciones creadas por una administración democrática (seguros de enfermedad, tribunales de trabajo, etc.). Y así sucede que el resultado fáctico no se corresponde con lo previsto por la «tendencia» detectada en cada ocasión. Tal como yo lo veo, hay que concluir que el socialismo llega, está en camino, pero no como desenlace de una colosal batalla política decisiva, sino como fruto de toda una serie de victorias económicas y políticas del movimiento obrero en sus distintos campos de actuación; no como consecuencia de un aumento cada vez más considerable de la opresión, de la miseria, de la humillación de los obreros, sino como efecto de su creciente influjo social y de las relativas mejoras conquistadas por ellos de índole económica, política y social general (ética). No es del caos de donde veo surgir la sociedad socialista, sino de las realizaciones

<sup>4</sup> Pero la «escasez de mano de obra» en el campo muestra que también la teoría del ejército industrial de reserva necesita ser revisada, es decir, que sólo expresa una verdad parcial.

de tipo organizativo de los obreros en el terreno de la economía libre, unidas a las instituciones y a los logros a nivel estatal y municipal de la democracia militante. Tras todas las convulsiones y todos los golpes de las fuerzas reaccionarias, a pesar de ellos, descubro cómo la misma lucha de clases adopta formas más civilizadas; y precisamente en ese ir civilizándose de las luchas políticas y económicas veo la mejor garantía de realización del socialismo.

No existe ninguna seguridad absoluta de que el desarrollo vaya a seguir marchando sin cesar por ese camino; pueden producirse situaciones que nos hagan retroceder a una época de bárbaros combates. Pero con cada paso adelante en dirección hacia la democracia va disminuyendo esta probabilidad. Tal como algunos exponen lo que yo digo en mi escrito, parece como si yo hubiera explicado la democracia como una varita mágica que, por sí sola, lo soluciona todo automáticamente y trae el cielo a la tierra por arte de encanto. Eso es algo que ni siquiera se me ha pasado alguna vez por la imaginación. La democracia no es ninguna varita mágica. También en ella hay que luchar, también en ella hay que acumular experiencia, también ella entraña peligros, nada pequeños por cierto. Pero por eso mismo, precisamente, sigue siendo la forma imprescindible de realización del socialismo; por eso mismo, también, son condición ineludible en esta tarea la conquista y la erección progresivas de instituciones democráticas.

La cuestión de cómo se puede alcanzar en Alemania la democracia, o, digamos mejor, el nivel necesario de la misma, es un problema aparte. Hasta los propios niños saben que a los partidos democráticos burgueses les falta hoy día la fuerza para ello. Yo sólo he querido atacar ciertas pretensiones exageradas de la socialdemocracia, porque nada se saca de debilitar el influjo de los elementos democráticos

de la burguesía, que, en determinadas circunstancias, no deja de tener su importancia. A ello me mueven, precisamente, los hechos que mis actuales adversarios aducen para demostrar la potencia de las fuerzas reaccionarias en Alemania. Y la verdad es que, si fuera cierto lo que se alega en mi contra, entonces sí que estamos abocados en Alemania a una catástrofe enorme. Sin embargo, sigo resistiéndome a darlo por hecho. Ciertamente, los medios materiales externos de poder se hallan concentrados en las manos de las fuerzas reaccionarias; pero de ninguna manera ocurre así con las presiones morales, sin las que hoy en día, incluso bajo la violencia más extrema, no se puede conseguir nada.

Por ironía del destino resulta que las mismas publicaciones socialistas que me informan sobre declaraciones de protesta contra mi «incurable optimismo» son también las que, habitualmente, dan no poco pábulo a este optimismo. Y, así, *Vorwärts*, que publicó un discurso de Liebknecht en que criticaba mi libro, traía, asimismo, el triunfante artículo del propio Liebknecht sobre el aislamiento en que había quedado el radical Stumm en la cuestión de los tribunales laborales. Cosa semejante ocurre con otras publicaciones que reprodujeron las réplicas de Lang y Greulich a mi libro.

Todo en este mundo es relativo, y ni siquiera Suiza es un Estado ideal todavía. Por eso resulta natural que haya socialistas suizos que hablan con preferencia de la imperfección de su democracia. Yo mismo he puesto de relieve en mi obra por qué hoy en Suiza no pueden estar satisfechos los socialistas con su democracia. Pero eso no sirve de argumento contra mi afirmación de que la democracia moderna ofrece en sí misma la garantía de formas más humanas de llevar a cabo las luchas de clases. La presento como afirmación mía, pero se trata de una idea que Marx ha expresado repetidas veces

(Prólogo a *El Capital*, Discurso de Amsterdam, 1872), y que Lassalle ha formulado con estas palabras: «Quien dice sufragio universal, lanza un llamamiento a la reconciliación», del que está penetrada toda la literatura de los primeros tiempos de nuestro partido. Sólo bajo la ley de excepción ha vuelto a brotar la fraseología de antes del 48, la fraseología de una época que aún no conocía el sufragio universal. Naturalmente que reconozco el derecho y la obligación de la prensa socialista de sacar a la luz en todo tiempo todas las deficiencias de índole política y económica, y reconozco que es su tarea primordial y sin ningún género de contemplaciones. Pero, junto a ello, también se debería hablar de vez en cuando del progreso que se ha registrado a lo largo de la última generación, y del que una buena porción hay que apuntarla en la cuenta de la movilización socialdemócrata. También eso es una forma de estimular y animar. Y todos estos progresos relativos se han debido, en primer lugar, al «poquito de sufragio universal».

A mí, precisamente, no hace falta que se me diga que la democracia no lo puede todo, porque yo mismo ya he puesto de relieve las dificultades con que tropieza la socialización de los medios de producción y de la producción misma en el seno de la democracia. Aquí no quiero entrar más a fondo en este punto, que no he mencionado más que por su conexión con los factores *objetivos* o *materiales* del movimiento socialista.

Ante nosotros tenemos el hecho de que las técnicas económicas capitalistas aplicadas al campo no llevan necesariamente a la gran explotación agrícola. Y nos encontramos, de igual manera, con que también en la industria hay un alto porcentaje de empresas que siguen siendo pequeñas y medianas. Si, pues, la condición previa de la socialización es la gran empresa o macroexplotación, eso significaría

que aún nos hallamos muy lejos de la colectivización general. Pero hasta ahora aún no se ha podido demostrar que la gran empresa haga necesaria de por sí, es decir, desde el punto de vista económico, la socialización. Hasta tal punto no ocurre así que incluso se podría decir mejor que cuanto más grande sea la empresa, menos resulta su socialización una necesidad *económica*. Pues, desde el solo punto de vista económico, precisamente en ese tipo de empresa es donde más se da todo cuanto podría ser conseguido mediante la socialización. El progreso técnico-empresarial de la producción no constituye un factor material de desarrollo del socialismo en el sentido de que en sí mismo, *inmediatamente*, lleve a la socialización. Eso es algo que siempre sucede, más bien, sólo *mediatamente*, en atención a otras necesidades adicionales de carácter *social* y hasta *político*: tal es el caso de los servicios postales, de los ferrocarriles, etc. Tampoco la concentración de muchos obreros en una empresa constituye un factor material de influjo directo sobre su socialización. En primer lugar, la experiencia muestra que la determinación de los obreros de hacerse cargo de la empresa transformándola en una explotación cooperativa disminuye a partir de un cierto punto en proporción inversa a su tamaño; es decir, cuanto más grande es la empresa, menos fuerte es dicha determinación —cosa que, por lo demás, tiene una explicación psicológica bien fácil—. Por otro lado, sin embargo, es posible eludir, o por lo menos reducir en gran medida, las desventajas que representa para tantos obreros y empleados tener que depender de un capitalista, o de grupos de capitalistas, por medio de la coalición o de las leyes. O sea, que tampoco desde este ángulo resulta la socialización de la producción una necesidad económica ineludible. Con otras palabras: no existe *ningún* factor desencadenante que, *de por sí*, compela a transformar

las grandes empresas en empresas estatales. Esta necesidad es siempre algo *extrínseco* a la producción. La necesidad *social*, las relaciones *sociales* son las que constituyen los factores *objetivos* de la socialización de sectores de producción. Por eso mismo ya se ha dado el caso de que el Estado haya dejado sin nacionalizar ramos de producción con un alto grado de centralización y, en cambio, ha nacionalizado otros muy fragmentados<sup>5</sup>. Lo que hoy cuenta en eso, por lo general, es únicamente el *producto* o su *rendimiento*. Pero, a veces, también puede constituir la consideración hacia los *productores* —los obreros— un motivo decisivo. Los obreros exigen la nacionalización de un ramo de la producción porque se hacen la ilusión de poder mejorar sus condiciones de trabajo a través de su influjo como *ciudadanos*. Ejemplo: el entusiasmo de los mineros *liberales* ingleses por la nacionalización de las minas. No es un motivo que tenga que ver directamente con la empresa lo que ha convertido a los mineros en partidarios de la nacionalización, o que ha hecho a ésta tan popular entre los obreros, sino el cambio de su situación *en cuanto ciudadanos*, su posición dentro del Estado.

Pero si, por un lado, la necesidad de socializar la producción no puede ser deducida a partir del proceso técnico de explotación, por otro, la cuestión de su *posibilidad* o *conveniencia* es una cuestión en alto grado *técnico-administrativa*. Desde esta perspectiva, sí constituye la concentración de la producción un factor de socialización, porque, evidentemente, una industria ya concentrada plantea menos dificultades técnico-administrativas que una fragmentada. Mas nunca hay que perder de vista que, en tal caso, de lo que se trata es de un problema de *utilidad social* y de *organización*, y no de un

<sup>5</sup> Por ejemplo, el monopolio de tabacos en diversos países.

problema de necesidad puramente técnico-económica.

A quien no tenga ojos más que para la gran catástrofe, todas estas consideraciones le resultarán puras sutilezas superfluas. Pero a quien cuente con todas las posibilidades, o, mejor, a quien no se aferre a una única y determinada posibilidad o eventualidad, a ése se le planteará la cuestión de bien distinta manera, según que crea o no que la pura técnica de producción empuja el desarrollo en dirección al socialismo.

La idea que ha presidido este artículo —y con ello paso ya a cerrarlo— ha sido la de que en Alemania, a cuyo desarrollo político bien le vendría un fuerte partido radical-burgués, no existe semejante partido. La socialdemocracia ha venido a ocupar su lugar, dispuesta y decidida a hacerse cargo de sus tareas, y ello de manera aún más resuelta —aunque también sin las posibilidades de *adaptación* que aquél tendría—. De eso es de lo que adolece el desarrollo político, sobre todo el del mayor de los Estados alemanes, Prusia. La pregunta que entonces se plantea es la de si es posible en Alemania saltarse del todo la fase de un sistema constitucional de gobierno burgués. Para quien así lo crea, sobra, naturalmente, toda discusión. Pero quien crea que ese estadio es necesario para el desarrollo saludable de las cosas, y que en los partidos burgueses no faltan indicios de que existe una corriente de ese cariz, ése hará, cuanto menos, todo lo que le permitan sus convicciones para fomentarla, o para que nada impida su desenvolvimiento dentro de sus propios círculos. Más que eso, más de lo que un socialdemócrata pueda hacer a este respecto sin renunciar en lo más mínimo a sus principios, no ha sido recomendado en ninguna parte de mi escrito. La afirmación de que, como ha dicho un adversario —¿o era una adversaria?—, lo que yo aconsejo es «darles coba»

a los enemigos para sonsacarles reformas es absolutamente arbitraria. Aunque puede que haya personas que piensen que renunciar a formas antediluvianas de discusión ya es hacer zalamerías.

\* \* \*

Hasta aquí el artículo. Voy a añadir ahora dos observaciones:

Tras lo dicho, no puede haber ya dudas sobre mi postura frente a la parte teórica del programa del partido. Si en el orden del día se incluyera la reforma del programa, y caso de pedírmelo expresamente, no vacilaría ni un segundo en elaborar una redacción en consonancia con mis puntos de vista. Pero por mí mismo no me siento llamado a ello. No soy yo quien ha llevado a la discusión la cuestión programática. Considero que únicamente habría que plantearla cuando dentro del propio partido prevaleciera la opinión de que el programa, en su redacción actual, ya no se ajusta al saber de hoy en materia social, ni a lo que éste exige en orden a su propagación. Hasta entonces, la misión del escritor que se ocupa de cuestiones teóricas no puede ser otra que, en la medida de su capacidad, contribuir a ampliar los conocimientos teóricos.

Al igual que mi postura frente al programa, también podrá deducirse del artículo mi postura frente a la táctica de la socialdemocracia. Desde que fue escrito, los sucesos ocurridos en Francia y Bélgica, así como la lucha electoral en Baviera, han desatado en la prensa del partido una serie de polémicas sobre la cuestión del compromiso, que ha puesto de manifiesto, cuanto menos, lo siguiente: que un partido militante no puede cometer torpeza mayor que, por así decirlo, darse él mismo con la puerta en las narices a base de abjuraciones. Si el compromiso es en sí reprobable, entonces estaban equivocados no

sólo los belgas, los franceses que siguieron a Jaurès, y los bávaros, sino también el grupo parlamentario en el Reichstag, cuando en la última sesión, en la votación final, se declaró a favor de la ley de reforma de la seguridad social. No es el compromiso lo que resulta de sí reprobable, sino que vituperables y nocivas para un partido pueden ser sólo —dependiendo de su estadio de desarrollo y de su situación— determinadas formas y maneras de compromiso. Hay situaciones en que para un partido, que es guardián de unos intereses y principios políticos, la cuestión no consiste en si es lícito el compromiso, sino en si tiene el derecho, ante sí y ante la historia, de *no* pactar dicho compromiso. Éste no es el lugar apropiado para discutir a fondo la cuestión; estas someras observaciones únicamente pretenden poner de relieve la necesidad de plantearla correctamente. Si se hace un planteamiento puramente abstracto, se cae en todo momento en la necesidad de meterse en complejas elucubraciones sobre *cuándo un compromiso no es un compromiso*. Pero así no se alcanza nunca claridad teórica.



de los hechos, los hechos que significan a los hechos y los hechos que significan a los hechos... (text is mirrored and largely illegible)

Al igual que mi postura frente al programa, también mi postura frente a la crítica del socialismo. Desde que fue escrito, los sucesos ocurridos en Francia y Bélgica, así como la lucha electoral en Baviera, han cambiado en la práctica una serie de ideas que obran la acción del partido... (text is mirrored and largely illegible)

de las cosas, las cosas que significan a las cosas... (text is mirrored and largely illegible)

¿ES POSIBLE EL SOCIALISMO CIENTÍFICO? \* [1901]

«El fin inmediato del poderlo todo es o bien el provecho, o bien el placer; el del saberlo todo, por el contrario, la indagación de la verdad. A ello se debe, precisamente, la diversidad existente entre ambas esferas.»

Th. Buckle, *La influencia de las mujeres en la ciencia.*

«Como todos los partidos de reforma social, también el socialismo tiene su fuente viva en las evidentes deficiencias del orden social actual. Mientras siga fluyendo esta fuente, el partido militante del socialismo, la socialdemocracia, no tiene nada que temer de la autocritica de su teoría.»

Th. G. Masaryk, *La crisis científica y filosófica en el marxismo actual.*

PREFACIO

La conferencia que constituye el contenido de este trabajo fue pronunciada por mí el 17 de mayo del presente año ante la Asociación Universitaria

\* Fuente: E. Bernstein, *Wie ist wissenschaftlicher Socialismus möglich?*, Verlag der Socialistischen Monatshefte (M. Mundt), Berlin, 1901.

de Estudios Sociales, de Berlín. En la medida en que me lo han permitido las notas escritas preparatorias y mi memoria, me he esforzado en reproducir aquí dicha conferencia exactamente como la pronuncié en tal ocasión. Hasta el final de la página 20 (página 45 de esta edición española) me he servido de un manuscrito redactado con todo detalle, que, aparte algunas aclaraciones adicionales, leí entonces literalmente, y que con unas pocas correcciones estilísticas repito ahora en su totalidad. De la segunda parte de mi alocución, en cambio, sólo tenía un esquema, a decir verdad bastante completo, y por eso puedo garantizar el fiel seguimiento de la ilación de ideas en ella ofrecida, pero no la reproducción material exacta de todo lo dicho en la misma. Donde me ha parecido de provecho para la presente publicación en forma de opúsculo insertar algún añadido, lo he hecho sirviéndome de notas y sucintas explicaciones al pie de página. En el propio texto de este pequeño escrito, por el contrario, no he incluido a sabiendas nada que, en esencia, no hubiera dicho en la citada reunión.

A guardar en esto la más rigurosa escrupulosidad me obligan, entre otras cosas, algunos comentarios aparecidos en la prensa sobre esta conferencia. No tengo tiempo ni, dicho sin rodeos, tampoco ganas de mantener ninguna polémica en los periódicos sobre cómo hay que interpretar los distintos pasajes de la conferencia, o —puesto que tengo que vérmelas singularmente con adivinadores de pensamientos— sobre cuál era mi propósito en cada uno de ellos. Su reproducción escrita podrá servir para corregir errores de buena fe, a que la palabra hablada bien fácilmente puede dar pie, respecto de la intencionalidad de la conferencia. Frente a interpretaciones tendenciosas resulta inútil toda rectificación.

La objeción conceptual más grave que se le puede poner a la conferencia ha sido señalada en el

debate posterior por el profesor Adolph Wagner, para quien la pregunta por mí planteada se reduce, en el fondo, a un problema semántico en torno al concepto de ciencia. Si en lugar de problema semántico se pone problema de definición, admito la justificación formal de dicha observación. Porque, efectivamente, en principio se trata para mí de una acotación del concepto de científico. Sin embargo, tras esta cuestión decisiva en torno al concepto se esconde, a mi entender —y consciente o inconscientemente también a entender de otros—, en resumidas cuentas, una cuestión igualmente decisiva en torno al pensamiento teórico y, en la medida en que queda por él influida, en torno a la conducta práctica. En el escrito mismo vuelvo a abordar este punto, y por eso sólo quiero señalar ahora que éste es un problema del que ya me vengo ocupando desde hace mucho tiempo y que en alguna otra ocasión ya he puesto a debate. Así, por ejemplo, en la recensión publicada hace dos años en el *Die Zeit* vienes de la obra de Masaryk sobre los fundamentos filosóficos y sociológicos del marxismo. «De paso, valdría la pena —digo allí— analizar alguna vez más profundamente hasta qué punto *puede ser*, en absoluto, ciencia, o *necesita serlo*, una doctrina que, como la socialista, se ocupa de lo que debe ser» (*Die Zeit*, 13 de julio de 1899).

La conferencia quiero que sea entendida como un primer paso en este análisis, por lo que me alegraría que pudiera servir para suscitar una fructífera discusión.

E. BERNSTEIN

Gross-Lichterfelde, 29 de mayo de 1901.

## I

La teoría socialista de mayor influencia entre todas las propagadas en la actualidad, el sistema desarrollado por Karl Marx y Friedrich Engels, del que se confiesa hoy partidaria y proclama como plataforma de sus reivindicaciones y fines la gran mayoría de socialistas militantes de casi todos los países, ha sido definida por sus creadores como socialismo científico. En un escrito que, de seguro, será conocido por la mayoría de ustedes, y que bien merece serlo de todos, «*Del socialismo utópico al socialismo científico* —que es un extracto de su no menos digno de ser leído escrito polémico *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring (Anti-Dühring)*—, dice Engels que, merced a los dos descubrimientos científicos hechos por Marx, a saber, la *concepción materialista de la historia* y la *revelación del origen de la plusvalía* en la economía capitalista, el socialismo se ha convertido en ciencia. Este es el pasaje en que más abiertamente, aunque no por primera vez, se reclama el título de «científico» para el socialismo marxista. En la literatura socialista anterior a la primera publicación de esta frase —1877— también hay varios artículos en que se afirma lo mismo. Incluso J.B. von Schweitzer, un socialista alemán de mucho talento, que habitualmente estaba en contra de Karl Marx, escribió al aparecer el primer volumen de la obra más importante de Marx, *El Capital*, que tras haber leído hasta el final dicho libro había exclamado: «El socialismo es una ciencia.»

Sin embargo, a decir verdad, y para expresarlo con una frase concisa, el socialismo marxista no es ni la única ni tampoco la primera doctrina socialista que se atribuye la calificación de científica. En el propio Marx puede leerse ya en el primer capítulo

de *El Capital*, en la nota 24, que ninguna escuela ha alardeado nunca tanto con la palabra «*science*» como la del socialista francés Proudhon. Pero Proudhon era, al tiempo que Marx escribió esto, el socialista románico de mayor influencia. Lean ustedes, no obstante, los escritos de las dos escuelas socialistas francesas anteriores a la de Proudhon, la de Fourier y la de Saint-Simon; vayan a Inglaterra y lean los escritos de la escuela de Robert Owen: también allí podrán comprobar lo mucho que se apela de igual manera a la ciencia. Lo mismo ocurre en la obra de Lassalle. Casi se podría decir que, de una manera u otra, prácticamente la totalidad de los socialistas del siglo XIX ha reclamado el carácter de científica para su doctrina.

A primera vista, esta coincidencia puede resultarnos sospechosa. Pues de todos es sabido que entre estas escuelas existían sensibles diferencias de contenido y argumentación. Véase, si no, la violencia con que arremetía Proudhon contra los fourieristas, y la vehemencia con que descargaba Marx el látigo de su crítica sobre, precisamente, este mismo Proudhon. Pero también al propio Marx le salieron críticos, que le reprochaban exactamente lo mismo que él había condenado en otros: utopismo y metafísicos juegos malabares de ideas. Prescindiendo de los más recientes críticos socialistas de Marx, hubo un socialista francés, hoy bastante olvidado, pero que en su tiempo, desempeñó un importante papel y era una persona de vastos conocimientos, el Dr. Paul Brousse, que tildó repetidamente a Marx de utópico y, finalmente, en un artículo necrológico que le dedicó, lo llamó el último gran utópico. Así pues, si entre los socialistas, que sin excepción y de igual manera apelan a la ciencia, existen grandes divergencias de opinión, y si es un hecho palmario que estas divergencias no se reducen a puras formalidades accidentales o a unos pocos detalles, sino

que en muchos casos llegan hasta la raíz misma de la doctrina, ¿qué de extraño puede tener que a uno le dé la sensación de que, posiblemente, ninguno de todos ellos tiene razón, que nadie de ellos tiene derecho al anillo de que cuenta la fábula, que no hay ni uno solo que, en justicia, pueda reclamar para su socialismo el calificativo de científico?

Sea como fuere, incluso si nos mantenemos al margen de la polémica entre los sistemas o teorías y nos ceñimos a la doctrina que hoy parece haber salido vencedora de esta lucha por la supremacía, el marxismo, también en ella nos encontramos con determinados puntos, que bien pueden despertar el recelo en personas de natural crítico.

Ya hemos visto cómo Engels infiere el carácter científico del socialismo a partir de dos planteamientos teóricos, uno de los cuales es la tesis de la plusvalía. «Ha quedado demostrado — escribe Engels — que la apropiación de trabajo no remunerado representa la forma elemental del sistema de producción capitalista y de la a ella inherente explotación del obrero; que el capitalista, incluso cuando compra la fuerza de trabajo del obrero pagando todo el valor que, en cuanto mercancía, tiene en el mercado, todavía saca de ella más valor que el por él pagado; y que esta plusvalía constituye, en última instancia, el saldo final de valor del que va formándose progresiva y continuadamente la masa de capital en manos de las clases poseedoras. Con ello queda explicado tanto el proceso de la producción capitalista, como el de la creación del capital»<sup>1</sup>.

De acuerdo con eso, podría uno verse inclinado a pensar que entre la demostración científica de la plusvalía y el socialismo debe existir una tal íntima conexión, que la necesidad del socialismo se deduce del hecho de la plusvalía. Nosotros creemos, sin em-

bargo, que en Marx y Engels hay toda una serie de pasajes que contradicen esta suposición. La cita más clara a este propósito se encuentra en el prólogo a la edición alemana de *La miseria de la filosofía*, escrito por Engels en el año 1884. De la manera más categórica ataca allí Engels la opinión de que el socialismo se pueda derivar por deducción científica del hecho de la plusvalía. Remitiendo a una frase de Marx, declara que es un supuesto falso en sentido económico formal, pues es «sencillamente una aplicación de la moral a la economía». De acuerdo con las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto pertenece a los obreros que lo han producido. «Si entonces decimos: eso no es justo, no debería ser así, eso no tiene que ver, en principio, con la economía — continúa diciendo Engels —, lo único que con ello expresamos es que estos hechos económicos contradicen nuestro sentido moral. Precisamente por ello, Marx no ha fundamentado en ningún momento sus reivindicaciones comunistas sobre esto, sino sobre el fatal desmoronamiento de la forma de producción capitalista, que cada día está ocurriendo ante nuestros ojos con mayor claridad; él sólo dice que la plusvalía consiste en trabajo no remunerado, y eso es un simple y puro hecho»<sup>2</sup>.

Dicho así, todo suena de modo tan distinto al pasaje anteriormente citado que, de entrada, al lector le da la impresión de que aquí existe una contradicción lógica insoluble. Primero resulta que la teoría de la plusvalía constituye uno de los pilares científicos del socialismo — y de Engels sabemos que, antes de dar a la imprenta el texto en el que esto se dice, le había entregado el manuscrito a Marx y lo había discutido largamente con él, de manera que, por así decirlo, había recibido la aprobación de éste.

<sup>1</sup> 3.ª ed., pp. 12-13.

<sup>2</sup> 2.ª ed., p. 10.

Ahora, sin embargo, se declara que la tesis de la plusvalía no sirve para fundamentar el socialismo. Por lo que a esta pregunta en concreto se refiere, es como si nos hubiéramos quedado sin suelo firme bajo los pies.

Podría venir alguien, sin embargo, que le negara a Engels la legitimidad para pronunciar una frase como la citada más arriba. Y, ciertamente, no han faltado los intentos de poner al descubierto sensibles divergencias de parecer entre Engels y Marx; hasta el presente, sin embargo, todos ellos han resultado fallidos y, en mi opinión, también han pecado las más de las veces de exageración. Hay terrenos en que no se puede decir que Engels haya sido un intérprete absolutamente correcto de Marx. Pero esto difícilmente vale para el caso que nos ocupa. Al fin y al cabo, disponemos de no pocas manifestaciones del propio Marx, en las que se evidencia de manera totalmente inequívoca una postura idéntica. Cabría, quizás, la posibilidad de que la frase a que Engels remite en el lugar antes indicado permitiera una interpretación distinta a la que le da Engels<sup>3</sup>. Sin embargo, siendo así que, como se nos expone en *El Capital*, la circunstancia de que —en el ejemplo allí discutido— «el valor creado por el empleo

<sup>3</sup> Se trata del siguiente pasaje de *Zur Kritik der politischen Ökonomie*: (*Critica de la economía política*) «Cuando el valor de cambio de un producto es igual al tiempo de trabajo en él invertido, el valor de cambio de una jornada de trabajo resulta igual a su producto. O tiene que ser el salario igual al producto del trabajo. Pero ocurre el caso contrario.» Sobre esto, la siguiente nota: «Esta objeción, hecha a Ricardo desde el lado económico, fue adoptada más tarde, también, por la parte socialista. Supuesta la exactitud teórica de la formulación, se enmendó la praxis de la contradicción a tenor de la teoría y se forzó a la sociedad burguesa a aceptar en la práctica la supuesta consecuencia de su postulado teórico. De ese modo, por lo menos, invirtieron los socialistas ingleses la fórmula ricardiana del valor de cambio en contra de la economía política» (4.ª ed., p. 40).

de la fuerza de trabajo [del asalariado] en un día sea dos veces mayor que el valor que en sí misma tiene por jornada, constituye una suerte singular para el comprador —el capitalista—, pero *no supone, de ninguna manera, una injusticia para el vendedor*» —el obrero<sup>4</sup>; o, una vez que leemos en la carta de Marx sobre el borrador del *Programa de Gotha* que, «de hecho, el [actual reparto del producto del trabajo] no es el único reparto “justo” posible basado en la forma de producción de nuestros días»; y cuando a continuación de eso se nos ofrece la prueba de que en toda forma de sociedad, excepto en el comunismo perfecto, existe necesariamente una diferencia cuantitativa entre remuneración del trabajo y rendimiento del trabajo —entonces ya no cabe dudar por más tiempo de que la interpretación de Engels responde con toda fidelidad a la postura de Marx.

Ello no obstante, en la literatura de divulgación de la socialdemocracia, pero también en escritos salidos de la pluma de Engels o que contaban con el pleno asentimiento de éste y de Marx, se recurre de la manera más abierta al hecho de la plusvalía como argumento a favor del socialismo, y una y otra vez se califica la plusvalía de explotación en *El Capital* —y, cuando se trata de relaciones interpersonales, explotación significa siempre aprovechamiento moralmente vituperable, robo encubierto—. De esa guisa, los capitalistas aparecen en cuanto grupo social —no en cuanto personas individuales— como ladrones o logreros de la clase obrera.

¿Cómo se compagina esto, pues, con la mencionada apreciación de Engels? Este párrafo, que Engels escribe a continuación de la misma, nos da una pista al respecto:

<sup>4</sup> Vol. I/3, 2, *Arbeitsprozess und Verwertungsprozess*, 4.ª ed., pp. 156-157.

«Por eso, lo que en sentido económico formal es falso, puede ser, no obstante, verdadero a nivel de la historia universal. La circunstancia de que la conciencia moral repruebe de ese modo por injusto un hecho económico (como ocurriera en su día con la esclavitud o el vasallaje) es prueba de que el hecho mismo ya ha caducado, de que se han producido *otros hechos económicos* en virtud de los cuales se ha convertido aquél en algo insostenible e insostenible. Así pues, *tras* la formal injusticia económica puede esconderse un *contenido económico muy correcto*.»

Es decir, no es el puro hecho de la plusvalía lo que atestigua la necesidad de la transformación socialista de la sociedad; la condena de la misma por parte de las masas, su enjuiciamiento como explotación, es la prueba de lo intolerable que resulta el orden dado; el indicador, si se me permite la expresión, de que las circunstancias reinantes se han hecho insostenibles —sólo que la razón de esa insostenibilidad *no* ha de buscarse en la apropiación de la plusvalía, sino en *otros hechos económicos*.

Si eso es así, ocurre entonces que, en mi opinión, la afirmación de que con el descubrimiento de la plusvalía se ha convertido el socialismo en ciencia pierde todo su valor. Puede que, en sí mismo, represente un notable logro científico; puede que, teóricamente, sea irrefutable; pero lo cierto es que, tras la exposición aquí ofrecida, carece de toda fuerza como prueba demostrativa a favor del socialismo. Más aún: ni siquiera vale de prueba científica contra la sociedad tal como existe en la realidad. Vale igual de poco que, por ejemplo, hubiera valido de prueba científica contra el orden social basado en la esclavitud el descubrimiento de que, bajo la esclavitud, los esclavos tenían que producir más de lo que consumían.

Por donde, dicho sea de paso, considero que la

palabra «descubrimiento», aplicada a la constatación de la plusvalía hecha por Marx, es susceptible de inducir a error. Es algo generalmente incontrvertido que, mucho antes que Marx, ya se conocía este fenómeno. Y he de confesar que tal descubrimiento, en la medida en que se ha reducido a poner en evidencia la circunstancia de que el obrero asalariado no percibe íntegramente la diferencia entre el valor de mercado del producto acabado y el precio de las materias primas, más los costes por desgaste de herramientas, etc., no me parece ningún logro singular. Lo notable del capítulo en cuestión en Marx radica en la *revelación* y en el profundo *análisis* que hace de la *forma* y de los *procedimientos de obtención de la plusvalía* en la economía capitalista, así como de sus consecuencias para el desarrollo de la sociedad. A mi entender, en lo que toca al valor cognoscitivo de la mayor parte de las investigaciones hechas por Marx al respecto, resulta bastante irrelevante tanto si se acepta en todos sus extremos la derivación de la plusvalía, tal como, la realiza Marx, como si no. A nadie de ustedes les resultará una novedad que, hoy en día, existe un gran número de socialistas que no aceptan, en absoluto, el punto de partida de la tesis marxista de la plusvalía, esto es, la fragmentación del valor en cantidades de trabajo humano medidas en unidades de tiempo, sino que prefieren la teoría marginalista de la escuela anglo-austríaca. Pero no por eso dejan de reconocer estos socialistas que el obrero está siendo hoy en día víctima de la explotación, y que se ve obligado a trabajar en exceso; sólo que ofrecen la prueba de ello por otro conducto, en su opinión menos metafísico<sup>5</sup>. No sólo eso, sino que también hay algu-

<sup>5</sup> Para ellos cae la plusvalía bajo la categoría de *renta*, es decir, constituye cada vez en sus distintas subdivisiones una de las diversas formas especiales del concepto global de renta, que

nos que consideran equivocado todo este recurso a la teoría del valor para demostrar la explotación, que ellos infieren sin necesidad de dicha teoría a partir de la explicación de la forma de producción, a partir del producto adicional obtenido. Un ejemplo de esto nos lo ofrece el notable libro del profesor Antonio Graziadei, de Bari, *La producción capitalista*<sup>6</sup>.

Volviendo ahora de nuevo a nuestro tema, siguiendo a Engels tenemos que ver en la indignación moral de las masas contra la plusvalía, en la reprobación de ésta como explotación, el indicador de que son otros hechos económicos los que hacen insoportable e insostenible el actual orden económico basado en la plusvalía. ¿Cuáles son estos hechos?

Engels expone en el pasaje citado que Marx había fundamentado sus reivindicaciones comunistas sobre el creciente desmoronamiento del modo capitalista de producción, que cada vez resultaba más patente. Pero, probablemente, es sabido de ustedes que, hace algún tiempo, hubo una serie de debates muy acalorados en las filas de los intelectuales de la social-democracia a propósito de esta estimación, es decir, sobre la derivación del socialismo a partir de este desmoronamiento, y que se han hecho evidentes muy profundas diferencias de opinión entre per-

abarca todos los ingresos procedentes del patrimonio, de derechos exclusivos, de títulos preferentes, etc. Es obvio que, desde esta perspectiva, se puede llegar a una posición básica en la lucha contra la apropiación de la plusvalía por parte de capitalistas y monopolistas exactamente idéntica que si se parte de la tesis marxista de la plusvalía. Por donde la cuestión aquí no es tanto la de si ésta es correcta y aquella falsa —pues, en el fondo, ambas son otra cosa que dos maneras distintas de desarrollar lo mismo—, sino más bien la cuestión de cuál de ellas ofrece más ventajas en cuanto a homogeneidad y precisión conceptual. Ésta es una cuestión que, en sí, sólo tiene importancia para la praxis en un estadio ya avanzado de desarrollo social.

<sup>6</sup> Cfr. Apéndice I.

sonas que, todas ellas, proceden de la escuela de Marx. No quiero entrar aquí más de lleno en tales debates, en los que también yo participé. Baste ahora señalar el hecho de que, en su trascurso, se manifestaron más de dos posturas divergentes respecto de cómo hay que interpretar este desmoronamiento —cosa bien comprensible, si ustedes reflexionan detenidamente sobre el pasaje de Engels que acabamos de reproducir—. ¿Qué significa «necesario» en este contexto? ¿Y qué «desmoronamiento (Zusammenbruch) del modo capitalista de producción?» Tal como suena la frase, cabe pensar en un forzoso hundimiento económico, en una gran catástrofe económica, aunque también en un radical derrumbamiento del orden social basado en el sistema capitalista de producción; y entre ambas posturas aún cabe toda clase de combinaciones. Y, luego, ¿ha quedado demostrado, en absoluto, que este desmoronamiento sea necesario? ¿Es científicamente demostrable? ¿O se tratará, más bien, de una hipótesis más o menos probable? Y, siguiendo en esa línea, ¿cabe afirmar que el socialismo se deriva por necesidad científica del desmoronamiento del modo capitalista de producción? Todas estas son cuestiones que hemos de responder, cuyo alcance tenemos que aclarar, si lo que queremos es constatar el carácter científico del socialismo. La experiencia histórica toda y también muchos fenómenos del tiempo presente testimonian que el modo capitalista de producción es tan pasajero como cualquier otro modo de producción anterior. Pero lo que aquí hay que dilucidar es si su final será una catástrofe, si hay que esperar que ésta ocurra en un futuro próximo, y si conducirá necesariamente al socialismo. Las respuestas dadas a esta pregunta, o preguntas, de parte socialista difieren no poco entre sí.

Igual ocurre, también, con otras hipótesis o deducciones de las que otrora dedujeron algunos so-

cialistas la prueba a favor del socialismo. Me permito recordarles a ustedes, simplemente, el destino sufrido por la así llamada férrea ley económica del salario, sobre la que basó Lassalle en su día su movilización política. Pocas veces se ha creído de manera tan firme, con tanto entusiasmo, en una teoría económica, como ocurrió con ésta. Durante muchos años fue el *Schibboleth*, el santo y seña del moderno movimiento obrero, el credo del que sus más valientes y adictos militantes extraían el alimento reconfortable de su espíritu. Mas un buen día se declaró con toda resolución —yo casi diría que hasta brutalmente— que esta «ley» no existe, que carece de fundamento científico, que tenía que desaparecer de nuestros programas. Si son ciertas mis informaciones, costó entonces a más de un bravo militante no pocas y muy duras luchas interiores aceptar la nueva versión, pero así ocurrió al final. Hoy pasa dicha «ley» por estar superada, más superada de lo que, a mi parecer, es justo. Ya nadie habla de ella. Permítanme, todavía, mencionar esa opinión de que la situación económica de los obreros va empeorando necesariamente a medida que avanza el capitalismo —opinión conocida bajo el nombre de teoría de la depauperación—. Esta teoría gozó en un tiempo de amplia difusión, parecía estar sólidamente fundada desde el punto de vista científico. El *Manifiesto comunista* está totalmente empapado de ella, apareciendo repetida en muchos escritos de la joven generación socialista, pero también ella ha sido abandonada en la actualidad. Ahí está, también, la tesis del paralelismo del desarrollo en la industria y en la agricultura, de la fusión de la clase capitalista, de la supresión de la diversificación de ocupaciones; toda una lista de tesis que pasaban por estar científicamente demostradas, y que todas ellas han resultado ser falsas —bueno, no exageremos, y digamos que se han revelado como *verdades parciales*—.

Ahora bien, en el terreno científico las medias verdades son a menudo más nocivas que los errores enteros. De ahí que bien pudiera uno verse tentado, en vista de estas y otras mudanzas en el enjuiciamiento de los fenómenos sociales por parte de algunos representantes del socialismo —también el otro pilar del socialismo científico de que habla Engels, la concepción materialista de la historia, ha sufrido sus avatares—, digo, pues, que uno bien pudiera verse tentado de unirse al coro de quienes salmodian la bancarrota científica del socialismo. Mientras que, por lo que respecta a su marcha en la práctica, asistimos al auge constante del socialismo y vemos cómo los partidos socialistas alcanzan un éxito tras otro en casi todos los países, cómo el movimiento obrero conquista una posición tras otra, cómo se aproxima cada vez más seguro a algunas de las metas que se ha propuesto y cómo va formulando con mayor claridad sus reivindicaciones, no parece sino que, en lugar de seguridad, lo que se está apoderando de los representantes teóricos del socialismo es duda y confusión. En esta tesitura, y a la vista de que lo uno es obstáculo para lo otro, resulta absolutamente lógico que surja la pregunta de si existe verdaderamente un nexo intrínseco entre socialismo y ciencia; de si es *posible* un socialismo científico; de si —y añadido esta pregunta en cuanto socialista que soy— es *necesario*, realmente, un socialismo científico.

No crean que ésta es la primera vez que alguien plantea tal cuestión. De ella se han ocupado en otros países hombres de grandes conocimientos, y este conferenciante ante ustedes también la planteó ya hace años, si bien en otros términos. Y la verdad es que, tal como lo acabamos de hacer, tampoco resulta ésta una manera demasiado adecuada de formular la cuestión.

Permítanme ustedes que, llegados aquí, les trai-



ga a la memoria un ejemplo sacado de otra disciplina. A mediados del siglo XVIII reinaba una gran confusión en el campo de la filosofía. Parecía que no podía haber entendimiento entre las mentes. Entonces, en 1782, apareció en Königsberg Immanuel Kant con su *Crítica de la razón pura*, cuyo propósito primordial era el de exhortar y llevar a una toma de conciencia de las tareas posibles de la filosofía, al conocimiento de los límites de un sensato filosofar. Como ocurriera que su libro, por culpa de su forma de expresarse y de su composición temática algo abstrusas, no fue al principio comprendido, expuso en 1783 sus ideas capitales de forma más comprensible en un pequeño escrito al que puso por título *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir que haya de poder presentarse como una ciencia*. En este escrito, y tras las debidas consideraciones preliminares, plantea dos cuestiones que, sucesivamente, pasa luego a analizar con todo rigor conceptual. La primera reza así: ¿Es posible realmente la metafísica? Y la segunda: ¿Es posible la metafísica como ciencia? <sup>7</sup> Creo que esta forma de proceder del gran filósofo nos puede servir de guía para saber cómo hemos de proceder en orden a solucionar satisfactoriamente el problema con que nos enfrenta-

<sup>7</sup> Como se sabe, la respuesta de Kant a la segunda pregunta es que la Metafísica como ciencia sólo es posible, precisamente, en el sentido de crítica de la razón pura —esto es, como crítica de la razón que precede a la experiencia y la hace realmente posible; en el sentido, pues, de lo que hoy llamamos *crítica del conocimiento*—. Así pues, la crítica contiene en sí, y sólo ella, todo el bien probado y eficaz plan, más aún, incluso los medios todos de ejecución por los que puede hacerse una ciencia de la Metafísica; con otros medios y por otros caminos es imposible» (ed. Reclam, p. 155.) A pesar de todo lo mucho que la moderna teoría de la evolución ha venido, verdaderamente, a corregir a Kant en los detalles concretos de su crítica de la razón, el profundo análisis que hace de sus principios y de su significado no ha perdido nada de su valor.

mos. Naturalmente, no es preciso que nos sujetemos al pie de la letra al modo de plantear las preguntas del mismo Kant, sino que nos hemos de adaptar a la naturaleza distinta del objeto de nuestras reflexiones; pero lo que sí debemos hacer es planteárnoslas con el mismo espíritu crítico que Kant, con ese espíritu que con igual decisión se pronuncia contra el *escepticismo*, que asfixia todo pensamiento teórico, como contra el *dogmatismo*, que lo da todo por cerrado de una vez y para siempre. Primero que nada, tenemos que aclarar qué entendemos, en verdad, por socialismo cuando hablamos de una vinculación del mismo con la ciencia, para luego pasar a la cuestión de si es posible un socialismo científico y cómo lo es.

¿Qué es el socialismo? Esta pregunta es susceptible de muy variadas respuestas, pero para nuestra investigación sólo son de interés aquéllas que guardan relación con la idea de un orden social determinado. Dos son los grupos en que se las puede clasificar: se puede decir que el socialismo es la imagen, la representación, la doctrina de un orden social concreto, aunque también puede ser definido como el movimiento en busca de una forma determinada de sociedad. Pero igual si se toma como un estado, como si se lo toma como doctrina o movimiento, el socialismo incluye siempre un elemento *idealista*, y ello tanto si se considera a él mismo como el ideal deseado, como si se lo considera como el movimiento que camina hacia él. En este sentido, es una parte del *más allá* —por supuesto, no del más allá del planeta en que vivimos, pero sí del más allá de todo cuanto abarca nuestra experiencia positiva—. Es algo que *debe ser*, o está en marcha hacia lo que *debe ser*. Ello vale incluso para los sistemas socialistas conservadores —aunque podemos y queremos dejar al margen de nuestra consideración porque se atribuyen indebidamente el nombre de socialistas—.

Si queremos evitar toda posible confusión de ideas, haremos bien en derivar la palabra socialismo no del concepto tan difuso de «*societas*», sociedad, sino del mucho más preciso de «*socius*» (*Genosse*) socio, cooperador, o del de «*asociación*» *cooperativa* (*Genossenschaft*). Social, en el sentido derivado de sociedad, lo pueden ser muchas cosas; y si deducimos de ahí el concepto de social, socialismo, puede ocurrir que se reivindique el calificativo de socialista para empeños que no tienen lo más mínimo que ver y hasta son incompatibles con las aspiraciones de los partidos socialistas obreros actuales. En cambio, no existe ninguna reivindicación de estos partidos que no cuadre en el marco conceptual de lo asociativo. En este sentido definí en una ocasión el socialismo como un *movimiento hacia la asociación cooperativa*, y en este mismo sentido lo seguiré utilizando aquí <sup>8</sup>.

Cuando se habla de socialismo científico sólo puede tratarse de la fundamentación de las *aspiraciones* socialistas, de las *reivindicaciones* socialistas; es decir, de la *teoría* en que éstas se basan. El movimiento socialista en cuanto fenómeno de masas constituye, ciertamente, el objeto de esta teoría, que ella intenta comprender, explicar y, según las circunstancias, defender y propagar, pero, evidentemente, en sí mismo es un movimiento tan poco científico como, por ejemplo, la guerra de los campesinos alemanes, la Revolución francesa, o cualquier otro tipo de lucha histórica. El socialismo como *ciencia* se apoya en el *conocimiento*; el socialismo como *movimiento* tiene de *leitmotiv* primordial el *interés*, aunque hay que reparar en que interés no significa aquí, exclusivamente, interés propio personal o económico. También existe un interés *moral* (socialmente sentido), *ideal*. Pero *sin interés*

<sup>8</sup> Cfr. Apéndice II.

no puede haber *acción social*. El conocimiento puede despertar o guiar un interés, mas él mismo permanece inactivo hacia afuera hasta tanto no se une íntimamente a un interés y se funde con él. Por su parte, un interés material o ideológico puede muy bien fomentar el saber, puede servir para difundir el conocimiento, pero sólo lo hará de manera consciente e intencionada en la medida en que dicho conocimiento favorezca sus propósitos o, cuanto menos, no los perjudique. De ahí que siempre pueda darse una antítesis entre la ciencia, como portadora del saber, y el interés político, económico o especulativo.

## II

El socialismo moderno ha sido caracterizado por Engels como el producto de la *lucha de clases* existente en la sociedad actual entre poseedores y desposeídos, entre burgueses y asalariados. Es evidente que, en cuanto tal, no puede ser el movimiento puro de ningún saber científico. La lucha de clases es una lucha de *intereses*. Y aunque todo interés, para mover a la lucha, haya de ser más o menos claramente comprendido, y aunque la idea de la lucha entre poseedores y desposeídos —originariamente una lucha ocasional, meramente local o profesional en torno a asuntos secundarios— entendida como una lucha de clases general, histórica, presuponga un conocimiento bastante avanzado de la realidad social, esta lucha sigue siendo, antes que nada, una lucha en la que están en juego los intereses de una clase o de un partido y no unas proposiciones teóricas; y sólo se tratará de éstas en la medida en que van ligadas a aquéllos. A esto se añade que el socialismo es algo más que un registro recopilatorio de los puntos en torno a los que gire la co-

respondiente lucha entre los obreros y la clase poseedora en el terreno económico y político. En cuanto doctrina, es la teoría de esta lucha; en cuanto movimiento, es su sintetización de cara a conseguir una meta concreta: la transformación del orden social capitalista en una economía regulada colectivamente. La meta no es, sin embargo, un hecho simplemente determinado de antemano por la teoría, cuya realización se espera que ocurra de modo más o menos fatalista, sino que se trata predominantemente de una meta *deseada*, o sea, por cuyo logro se *lucha*. Bien entendido que, en la medida en que él mismo se fija esta imagen futura como meta, y en la medida, también, en que hace depender su actuación presente de dicha meta, el socialismo tiene necesariamente un algo de utópico. Con ello no quiero significar, por supuesto, que aspira a algo imposible o improbable, sino que lo único que quiero señalar es que lleva en sí una cierta porción de idealismo especulativo, que contiene un elemento no demostrado científicamente, o que no es científicamente verificable. La ciencia aquí en cuestión, la Sociología, no puede predecir con esa seguridad con que las ciencias exactas pueden pronosticar determinados fenómenos, si *indefectiblemente* se hará un día realidad la forma de sociedad a que aspira el socialismo. Lo único que puede es establecer las condiciones que podrían llevar a su realización, y calcular aproximadamente su grado de posibilidad.

El contenido no perceptible con absoluta seguridad que alberga el socialismo no puede ser visto, sin más, como un defecto inherente a la teoría socialista. Así como la más rigurosa de las ciencias exactas no puede progresar sin echar mano de las hipótesis, tampoco puede la Sociología aplicada, que tiene como objeto de estudio el desarrollo de la sociedad, prescindir de hacer conjeturas sobre la posible marcha futura de ésta. Y semejante figura-

ción tiene siempre, en un cierto grado, algo de utopía. Como ya he señalado, no utilizo aquí esta palabra como sinónimo de ensueño exaltado, de fantasía que vuela sin trabas en pos de lo irrealizable. A menudo, ciertamente, es utilizada en este sentido; pero, si fuera ésa su única acepción posible, sería una de las mayores injusticias del mundo usarla en relación con personas como Robert Owen, Henri Saint-Simon, Charles Fourier, estos pioneros del socialismo moderno, a quienes se suele tener por los tres grandes utópicos del siglo XIX.

En su escrito antes citado, Engels tuvo el gran mérito de salir en defensa de estos socialistas frente a un menosprecio de los epígonos, como se dio entonces, y no sólo en su adversario Dühring. Él rehabilitó el nombre de aquéllos, y no cabe duda de que incluso hoy se puede aprender todavía de tales «utopistas». Pues también existe una *fantasía creadora*, una imaginación que, secundada por una penetrante comprensión de las fuerzas y fenómenos reales, puede trazar proyectos viables y anticipar descubrimientos importantes<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> En el ensayo del que he tomado un pasaje como epigrafe al comienzo de este trabajo, ofrece el historiador de la cultura inglés Thomas Buckle una lista de descubrimientos memorables hechos esencialmente por deducción, por la fuerza imaginativa de espíritus de talante poético. «Goethe, el poeta más grande de Alemania, más aún, uno de los más grandes absolutamente — dice entre otras cosas —, hizo el descubrimiento de la metamorfosis de las plantas *no a pesar de, sino precisamente por ser un elegido de las musas.*» Y sigue diciendo: «En el interior de la persona sigue existiendo, todavía, una cierta fuerza espiritual, poética y, por lo que nos es conocido, libremente creadora. Es una fuerza que nunca cesa de abrir nuestra mirada de manera repentina e inesperada al futuro, y hace posible, al mismo tiempo, que nos atrevamos a posesionarnos anticipadamente de la verdad.» Él tiene la esperanza «de no haber abogado del todo en vano por el método deductivo de investigación, tan incomprensiblemente relegado a segundo plano en Inglaterra». Naturalmente, con ello no es que rechace sin más el procedimiento inductivo

Owen, Saint-Simon y Fourier fueron para su tiempo *realistas* de gran importancia, siempre supuesto que no se presume bajo este calificativo al pequeño-burgués (*Philister*) ambicioso, que vive para el momento presente y sólo se preocupa de lo más inmediato, sino a personas que van al fondo de los problemas de su tiempo y que, a la hora de indagar y explorar las fuerzas que condicionan la conducta de los hombres, demuestran tener una visión más profunda que la de sus contemporáneos dedicados a seguir la corriente del día. Mucho de lo que en sus teorías y propuestas para la praxis nos parece hoy ser un puro efluvio de ingenuidad, algo ilusorio, no lo fue tanto para su tiempo, y estaba en absoluta consonancia con la situación en que vivieron y con las fuerzas con que tuvieron que vérselas <sup>10</sup>.

sino únicamente lo que Engels, en el prólogo a la segunda edición del *Anti-Dühring*, llama el «obtuso método especulativo» tradicional del empirismo inglés. Aunque también aquí hay un límite. En esto es conveniente atenerse a la advertencia del viejo maestro Kant. «A la imaginación aún se le puede perdonar que, a veces, vague por el mundo de los sueños, es decir, que no se mueva cautelosamente por dentro de los límites de la experiencia, pues merced a ese vuelo libre adquiere, por lo menos, adiestramiento y fuerza, y siempre será más fácil moderar su atrevimiento que despertarla de su letargo. Pero que sea el entendimiento, que está para *pensar*, el que se ponga a *delirar*, eso no se puede perdonar jamás; pues sólo de él cabe esperar ayuda para, cuando sea necesario, poner límites al frenesí de la imaginación» (*Prolegomena*, p. 33).

<sup>10</sup> Cuando se tiene en cuenta, por ejemplo, el bajo nivel intelectual y moral de los obreros ingleses y la naturaleza de los partidos políticos de Inglaterra en la época de más importante actividad de Owen, se comprenderá por qué éste se mantuvo alejado de toda política de partido y de cualquier acción política con ellos relacionada y a cambio de eso exhortó a los elementos simpatizantes procedentes de todos los partidos y de todas las clases a tomar parte en la tarea de reformar la sociedad. Pero el alejamiento de la política de partido no significó para Owen, de ningún modo, una renuncia de principio a reformas políticas y legislativas en favor de la clase obrera. Como ya pusieron de relieve

Empezando por *Robert Owen*: merced a su profunda dedicación a las doctrinas de los filósofos más progresistas de su época y a la observación de las repercusiones sociales de las transformaciones técnicas en la industria, llegó a una concepción de la sociedad enormemente cercana a la interpretación materialista de la historia. La tesis suya —ciertamente no libre de exageraciones, pero absolutamente racional en su esencia—, que nunca se cansó de propagar y que constituye el punto de partida de sus propuestas de reforma de la sociedad, a saber, que *el carácter del hombre le es hecho, no se lo hace él mismo*, esta tesis, según la cual las disposiciones naturales que le dan, le transmiten sus padres al nacer, más las circunstancias que le rodean, determinan el carácter y la conducta del hombre, también está en la base del materialismo histórico de Marx. Ya en 1815 expuso Owen en uno de sus escritos cuán profundas son las transformaciones que se derivan de la expansión de la fabricación industrial para la vida social entera de la nación <sup>11</sup>.

Las proposiciones de Owen en el terreno económico parten sin excepción de la gran industria, que

Marx y Engels, fue Owen uno de los primeros y más apasionados activistas en favor de las leyes de protección laboral y participó en muchas campañas y manifestaciones de apoyo a las reivindicaciones planteadas entonces por los obreros.

<sup>11</sup> *Observations on the Effect of the Manufacturing System*. «Hasta ahora —escribe allí Owen— parece que los legisladores sólo han considerado las fábricas industriales desde un único punto de vista —como fuente de la riqueza nacional—. Las otras enormes repercusiones que tendrá la difusión de tales fábricas si se las abandona a su propio impulso natural no han merecido hasta ahora consideración alguna por parte de un solo legislador. Y, sin embargo, estas consecuencias políticas y morales por nosotros señaladas bien merecen que les dediquen sus mejores energías los más grandes y sensatos estadistas. La difusión de la industria manufacturera y de las fábricas en el país engendra en sus habitantes *un nuevo carácter*.»

él considera como la más avanzada forma de economía; sus planes para la organización de las comunidades colectivistas —por él llamadas *home-colonies*— se apoyan en cálculos exactos basados en el nivel alcanzado entonces por la técnica. Puede que sus ideas, por las deficiencias que revelan, y enjuiciadas a la luz de lo que con ellas pretendía, nos parezcan hoy utópicas; pero para su tiempo significaron un progreso fuera de toda utopía quimérica. Owen se preocupó siempre de seguir el conocimiento científico, de forma que sus discípulos bautizaron los centros de enseñanza por ellos creados con el nombre de *Halls of Science*. La crítica de Owen a la economía oficial de su época rara vez se adentra en detalles concretos, pero algunos aventajados discípulos suyos se han servido de sus certeras exposiciones para hacer una crítica muy meritoria de la economía burguesa <sup>12</sup>.

*Charles Fourier* no se esforzó menos que Owen por asentar su reforma social sobre una base científica, por más que en él se daba una desenfrenada fantasía, que, unida a una predilección realmente maniática por los malabarismos dialécticos, hizo que a veces sobrepasara los límites de verosimilitud exigibles a toda hipótesis en la exposición de su filosofía universal y en la descripción de la marcha de los acontecimientos en un futuro lejano. No obstante, le cabe el mérito de haber enriquecido la ciencia social e histórica con toda una serie de ideas fructíferas <sup>13</sup>. En su teoría de los instintos y pasiones se revela como sagaz investigador del alma humana, y tanto su idea de que hay que dar a dichos instintos la posibilidad de desarrollarse libremente en beneficio de todo el conjunto, como su lucha por organizar el trabajo de manera atractiva, o de distribuirlo

<sup>12</sup> Los Thompson, Bray, Hodgskin, etc.

<sup>13</sup> Cfr. Apéndice III.

de tal modo que sea realizado por quienes, en cada caso, mayor satisfacción encuentran en él, es algo a lo que bien se puede atribuir un valor duradero. El tratado sobre la *Association domestique-agricole* constituye en sus pasajes críticos una exposición magistral de la situación económica de Francia en la época en que vivió Fourier; junto a ello, sus propuestas prácticas con vistas a la creación de grandes asociaciones, que deberían servir para aunar la industria, la agricultura y la economía doméstica, se ajustan casi mejor todavía que las *home-colonies* de Owen al sistema de producción macroeconómica, cuyas ventajas no se cansó Fourier de señalar.

En *Saint-Simon* resulta difícil encontrar nada que pueda ser calificado de utópico en el sentido de imposible, improbable o de especulación fantástica. Ciertamente, también la fantasía lo remonta más allá de lo puramente inmediato a él y lo lleva a desarrollar ideas que sólo una época posterior habría de realizar, o en las que éstas habrían de resultar de actualidad. No obstante, su fantasía trabaja siempre sobre la base de la investigación y deducción científicas. Se le puede considerar como el padre de la Sociología moderna. Lo que más tarde desarrolló metódicamente y enmarcó en un sistema coherente su discípulo y colaborador Augusto Comte, ya existe en una gran parte de su contenido conceptual en *Saint-Simon*. De él arranca la idea de ampliar el concepto de política como ciencia hasta hacerlo abarcar la situación de la sociedad en su totalidad; de él procede el pensamiento de que las condiciones sociales, esto es, el *reparto de la propiedad*, el *sistema de producción* y la *división de clases*, constituyen los factores determinantes de la respectiva forma política; a él se debe la distribución de las fases del desarrollo del espíritu humano en los tres estadios del conocimiento *teológico*, del *metafísico* y del *positivo*, es decir, *científico*, junto con la indicación de

que entre estas tres maneras de conocer y la estructura de la sociedad en cada momento existe un nexo causal. Finalmente, obra suya y de Comte es la clasificación del estado de la sociedad en períodos *críticos* y *orgánicos*: en estos últimos se da una *consonancia* entre los principios y el estado de la sociedad, mientras que en los primeros son impugnadas las ideas que constituyen la base del orden social y pierden su eficacia cohesionadora; es decir, surgen nuevas clases que se alzan hostiles contra los poderes dominantes, hasta que, llegada la confrontación a su último extremo, se derrumba el orden anterior y se erige uno distinto, proclamándose una «nueva religión» acorde con los principios de la vida social ahora introducidos, con lo que la sociedad vuelve a entrar en un período *orgánico* —de «síntesis social»—. Originalmente, la clase que, para Saint-Simon, se convierte en la nueva época en el elemento dominante dentro de la sociedad está constituida por los *industriales*, entendiéndose por tales, de acuerdo con la situación entonces reinante en Francia, a empresarios y obreros conjuntamente —los primeros como las cabezas, los *chefs* de la industria—. Comte y la escuela positivista por él fundada siguieron manteniendo esta interpretación, mientras que la escuela saint-simoniana propiamente dicha introdujo una precisión más radical en el concepto de industrial o productor, que acabó por ser sustituido por el de *obrero*; el ala más extrema de los saint-simonianos reemplazó bien pronto este término por el de *proletario*<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> En consonancia con ello, los saintsimonianos desarrollaron bien pronto una fuerte propaganda entre los obreros. Entre otras ciudades, también en la muy industrializada Lyon. A la revuelta de los tejedores allí ocurrida en noviembre de 1851 había precedido casi inmediatamente una campaña de movilización saintsimoniana, y los representantes de esta corriente formaban parte del comité de trabajadores. También los primeros intentos de crea-

El intento de Saint-Simon de fundar un nuevo cristianismo no se halla en contradicción sustancial con el carácter científico de su doctrina. Y ello porque este cristianismo no habría de ser un cristianismo dogmático, sino una especie de religión del sentimiento y de la razón. Comte (cuya genialidad estaba por debajo de la de su maestro, pero que superaba a éste en cuanto a pensamiento metódico, que, la verdad sea dicha, también a veces degeneró en infantil pedantería) prescindió de toda relación con las religiones reveladas, incluso en su misma denominación, y le dio a su nueva iglesia el nombre de *Religión de l'Humanité*. Con ello pretendía eliminar toda antítesis entre pensamiento científico y sentimiento religioso.

Si examinamos ahora la doctrina marxista en relación con las de los llamados utópicos, descubriremos que en ella aparece el elemento científico ciertamente más y mejor elaborado y perfilado que en éstas, pero que, igual aquí que allí, la ciencia no lo es *todo*. El margen que se deja a la fantasía dirigida por las inclinaciones, por la voluntad, es más limitado, y el control de sus movimientos más rígido, pero no ha sido eliminado por completo. En el escrito anteriormente citado, explica Engels la diferencia existente diciendo que, en razón de que la situación ante la que se encontraban no estaba lo suficientemente madura, Owen, Fourier y Saint-Simon todavía fueron, esencialmente, *inventores* de sistemas socialistas, pensadores que habían intentado sacarse de la cabeza los nuevos y más perfectos sistemas sociales, que habrían de serle impuestos a la sociedad desde fuera mediante propaganda y experimentos modélicos. Según la teoría marxista, en cambio, los medios de realización de la transformación so-

ción de cooperativas obreras partieron de discípulos de Saint-Simon.

cial no «han de ser *inventados* en la cabeza, sino que, con la ayuda de ésta, han de ser *descubiertos* en las relaciones materiales de producción existentes». A mí me parece esto de todo punto acertado, pues con ello queda trazada la dirección que sigue la línea de desarrollo que va de los tres citados socialistas, pasando por los discípulos que continuaron su obra teórica, a Marx y Engels. En esta línea de desarrollo se da, efectivamente, un decantamiento cada vez más acentuado en la relación entre invención y descubrimiento a favor de este segundo. No obstante, la frase resulta, en mi opinión, un tanto exagerada, y ello hacia ambos lados por igual. De cara a Owen, Fourier y Saint-Simon, aminora excesivamente el rango que en ellos ocupa el descubrir frente al inventar; pues también para ellos tenía el primero un gran valor. Al socialismo moderno, por su parte, le atribuye una emancipación respecto de la invención que, a mi entender, ni tiene ni puede tener. El socialismo creado por Marx y Engels se diferencia de los sistemas de los Owen, Fourier y Saint-Simon por su *distinta valoración de las fuerzas y medios* con que realizar la sociedad socialista; y no hace falta entrar en largas explicaciones para comprender por qué aquél representa un progreso enormemente importante frente a éstos. Sin embargo, en cuanto teoría, no se reduce a pura ciencia del conocimiento de dichas fuerzas, sino que también en él se une al conocimiento una cierta invención, no de los medios como tales, pero sí de las *formas y procedimientos* de aplicación. Éste no es lugar adecuado para demostrarlo en concreto, y por eso me limitaré a expresar mi opinión de que la diferencia entre Marx y sus llamados predecesores es, en este punto, más una diferencia de *grado* que de puntos de vista totalmente antagónicos<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Se podría decir de Owen, de Fourier y, si es que no del

Pero volvamos ahora a tomar el hilo de nuestra exposición.

Como decía, el socialismo, en cuanto movimiento de lucha, no puede mantenerse del todo indiferente ante la ciencia. Naturalmente, su fin primario no es llevar a la práctica postulados científicos. Mas, en consideración del valor que tiene el conocimiento científico de los factores y de las leyes del desarrollo, procura apoyarse en él a la hora de elegir sus medios y métodos y examinar a su luz los fines propuestos en cada momento. Éste es un principio generalmente aceptado en la socialdemocracia. La pregunta que entonces se plantea es la de si, y en qué medida, su carácter de partido de lucha política le permite al socialismo mantener esa imparcialidad intelectual que es presupuesto de toda actividad científica. La respuesta es que el grado de tal imparcialidad depende de la claridad con que se fijan los límites existentes entre la ciencia en cuanto conocimiento objetivo y los programas y postulados de los partidos políticos.

El estadista y filósofo británico Bacon dice en uno de sus ensayos que la diferencia entre los asuntos estatales y las ciencias consiste en que lo especí-

propio Saint-Simon, cuanto menos de algunos discípulos suyos, que, como ya se ha señalado más arriba a propósito de Owen, lo que más que otra cosa los acredita de utópicos en el sentido peyorativo de la palabra es lo *improcedente* de los medios con que pretendían llevar a la práctica la por ellos deseada sociedad socialista; la *desproporción* que se daba en ellos a este respecto entre la meta o el fin y los medios. Esto mismo ya lo indica Engels en el *Anti-Dühring*. A la vez, y como descargo, expone muy acertadamente que la deficiencia de sus medios se debía al insuficiente nivel de desarrollo social frente al que se encontraban tales hombres. En lo que, sin embargo, no puedo estar de acuerdo con él es cuando dice de ellos en el *Anti-Dühring*, p. 4, que consideraban que el cuándo y cómo del descubrimiento de las verdades que ellos revelaban al mundo había sido un azar desligado del desarrollo histórico. Con esta generalización se ofrece una idea falsa de su concepción de la historia.

considero un absurdo hablar de Sociología liberal, conservadora o socialista. Cuando uno se topa con la opinión contraria, basta examinarla con cierto detenimiento para darse cuenta de que siempre se debe a que se ha ignorado o subestimado la diferencia que existe entre teorías o doctrinas formuladas científicamente, por una parte, y a la ciencia misma; a que se le da el nombre de ciencia a una teoría o doctrina por el hecho de que en su construcción formal cumple las reglas de la deducción científica. Pero la simple envoltura científica formal no basta para convertir en ciencia un conjunto sistemático de ideas, y menos si sus hipótesis y fines contienen elementos no compatibles con el conocimiento libre de todo parcialismo. Y precisamente eso es lo que ocurre por lo general con las teorías socio-políticas, y siempre con las doctrinas de tal índole<sup>18</sup>.

Las doctrinas sociales y políticas se diferencian de las correspondientes ciencias, entre otras cosas, porque aquéllas se consideran acabadas y cerradas precisamente allí donde éstas continúan abiertas. Las primeras se hallan siempre sometidas al dictado de determinados fines, que no apuntan a un conocer, sino a un *querer*, y que, incluso cuando en algunos puntos dejan espacio libre para nuevos conocimientos, les confieren el carácter de *acabados e inalterables*. Pero la Sociología científica nunca está acabada, porque su objeto, la sociedad, es un organismo vivo, y porque en lo que toca a las leyes por las que se rige este organismo no conoce verdades

<sup>18</sup> Una teoría de la sociedad elaborada desde una posición política conservadora, por ejemplo, puede ser un sistema muy homogéneamente construido, pensado con todo rigor lógico, pero con ello todavía no se convierte en ciencia sociológica, sino que tiene tanto que ver con ésta como, pongamos por caso, un libro de cocina con la fisiología del paladar y de la nutrición. Ni qué decir tiene que, al decir esto, no quiero negarles el derecho a la existencia a tales teorías y libros de cocina.

definitivas de última instancia. Naturalmente, también en las ciencias se dan los logros duraderos. La tesis del cambio continuo no ha de entenderse como si las ciencias no exigieran el pleno reconocimiento de todas las experiencias y tesis confirmadas y permitieran cualquier tipo de arbitrariedad en la cadena deductiva. Antes al contrario, su tarea consiste en descubrir lo que posee necesidad de ley, y ello con el más absoluto rigor<sup>19</sup>. No obstante, siguen siendo agnósticas en lo que se refiere a las causas últimas de los procesos y fenómenos investigados, así como a las últimas consecuencias de los desarrollos comprobados. No reconocen ningún remate definitivo por lo que toca a su sistema teórico, sino que lo mantienen abierto y susceptible de continua ampliación y corrección sobre la base de nuevos hechos. Para ellas no existe otro objetivo por el que guiarse que el del conocer<sup>20</sup>.

En este sentido, Proudhon, que indudablemente tenía el sincero propósito de darle al socialismo un fundamento científico, escribió en su día, precisamente en la carta dirigida a Marx en que le anunciaba la obra que éste había de criticar tan duramente en su famoso escrito *La miseria de la filosofía*, lo siguiente (aquí reproduzco el pasaje algo más extensamente que como lo hice en mi conferencia): «Exploremos conjuntamente las leyes de la vida social,

<sup>19</sup> Cfr. Apéndice IV.

<sup>20</sup> A la objeción planteada por un asistente a la reunión, que ya me es conocida de otras ocasiones, de que esto no puede valer porque, por ejemplo, la Medicina, que sin duda es una ciencia, tiene como fin el de curar, he de responder que curar es la meta de un arte, de la medicina aplicada, que, eso sí, presupone el perfecto dominio de la ciencia médica. Pero el propio fin de ésta no es curar, sino *el conocimiento de las condiciones y los procedimientos de curación*. Si se toma esta aclaración conceptual como muestra típica, no resultará ya difícil constatar en casos más complejos dónde acaba la ciencia y dónde empieza el arte o la doctrina.



la forma y manera como éstas se imponen, el procedimiento con cuya ayuda llegamos a su descubrimiento, pero, por el amor de Dios, una vez que hemos aniquilado todos los sistemas dogmáticos, guardémonos de acabar nosotros mismos predicándole el doctrinarismo al pueblo. No demos nunca una cuestión por concluida y, cuando hayamos agotado nuestro último argumento, déjenos, si es necesario, *volver a empezar desde el principio* con agudeza e ironía»<sup>21</sup>.

«No demos nunca una cuestión por concluida», éste podría ser, en verdad, un buen lema para el socialismo, si es que puede y quiere ser científico. Que no es ni puede ser solamente ciencia, pura ciencia, creo haberlo demostrado suficientemente en lo que antecede. El simple concepto, tal como lo expresa la misma palabra, ya lo excluye. Ningún «ismo» es ciencia. Lo que denominamos con «ismos» son modos de ver las cosas, tendencias, sistemas de ideas o reivindicaciones, pero no ciencias. La piedra angular de toda ciencia auténtica es la experiencia; su andamio, el saber acumulado. El socialismo, en cambio, es la doctrina de una sociedad *venidera*, y precisamente por ello lo que le es característico escapa a toda rigurosa comprobación científica.

A pesar de todo, sin embargo, existe una íntima relación entre el socialismo tal como la socialdemocracia lo propugna y la ciencia. El socialismo extrae cada vez en mayor medida su fundamentación del arsenal de ésta. De todas las agrupaciones sociales con carácter de partido, es la que más cerca de ella está, pues en cuanto movimiento de una nueva clase en auge es más libre en la crítica de lo dado que cualquier otro partido o movimiento, y libertad en la crítica es uno de los requisitos fundamentales del

<sup>21</sup> Carta de 17 de mayo de 1846.

conocimiento científico. La sociedad es un organismo vivo y en desarrollo, y el partido, o la clase, que más puede esperar de este desarrollo, cuya dirección podemos ver con nuestros propios ojos, es también, lógicamente, el que está más interesado que cualquier otro en que el saber avance.

Este interés lo tiene la socialdemocracia, o el socialismo, ya por la sola razón de que el conocimiento de las relaciones existentes en la sociedad le garantiza el descubrimiento de los medios adecuados para acelerar el progreso social, a la vez que le sirve para evitar recurrir a medios que podrían detenerlo o retrasarlo. Como ya se ha señalado antes, es verdad que el socialismo es siempre, en cierta medida, *un asunto de la voluntad, que no un asunto de la arbitrariedad*. Para alcanzar la meta por él deseada precisa de la guía de la ciencia de las estructuras y fuerzas del organismo social, de la de las causas y los efectos en la vida de la sociedad.

No obstante, el título de socialismo científico incita a pensar que el socialismo, como teoría, quiere y debe ser pura ciencia. Esta idea es no sólo errónea, sino que también entraña un peligro no pequeño para el socialismo. Pues se presta bien fácilmente a robarle aquello que, precisamente, constituye uno de los requisitos capitales del juicio científico: *la imparcialidad científica*. En tal caso, toda tesis incorporada al sistema teórico dado del socialismo pasaría a ser tenida a partir de entonces por un eslabón insustituible en la cadena argumentativa socialista, manteniéndose formalmente idéntica a como fue formulada en un principio; mas ello, habida cuenta de la conexión que precisamente el socialismo intenta asegurar entre la teoría y la praxis, podría acabar, eventualmente, influyendo de modo desfavorable también en la praxis<sup>22</sup>. Por eso, en lugar de la

<sup>22</sup> Cfr. Apéndice V.

de socialismo científico, yo preferiría una denominación que expresara suficientemente la idea de que el socialismo se asienta sobre la base del conocimiento científico y lo reconoce como un elemento conductor, a la vez que excluyera la imagen de que plantea o reconoce la exigencia de ser sola y únicamente ciencia y, en cuanto tal, puede considerarse a partir de un momento dado como definitivamente concluido. Creo que da mejor razón de esta doble faceta el nombre de socialismo crítico —interpretando el calificativo de crítico en el sentido del criticismo científico de Kant.

Al tiempo que digo esto, quiero añadir que no soy, en absoluto, el único socialista que prefiere esta denominación, ni tampoco pretendo ser el primero que la ha formulado. Más bien hay que atribuírsela a un hombre que también pertenece a la escuela marxista, pero que en algunos puntos mantiene una postura distinta a la mía. Me refiero al profesor *Antonio Labriola*, de Roma. Ya en 1896, en un escrito conmemorativo del *Manifiesto comunista*, declaró Labriola que no es el título de científico, del que a menudo se usa de manera harto irreflexiva, sino el nombre de crítico el que mejor le va al comunismo marxista <sup>23</sup>.

No es capricho, ni ergotismo, lo que me mueve a impugnar este calificativo de científico, sino el deseo, precisamente, de asegurarle lo más posible a la teoría socialista su carácter científico. De lo que se trata es de salir al paso a una posible falsa interpretación de la relación entre ciencia y socialismo. Por contra, me parece plenamente justificado mantener

<sup>23</sup> «El comunismo crítico; ése es su verdadero nombre, y no hay otro más adecuado para esta teoría» (*In memoria del Manifiesto dei Comunisti. Saggi intorno alla concezione materialistica della storia*, I, Roma, 1896). Como evidencian sus escritos filosóficos, Labriola es un filósofo más hegeliano que kantiano.

el nombre de socialismo científico, si el concepto de científico en él contenido es interpretado justamente, en sentido crítico, como *postulado* y *programa* —como una exigencia que se impone a sí mismo el socialismo, y que significa que el método y el conocimiento científicos tienen fuerza normativa para su querer.

La ciencia es neutral; en cuanto conocimiento de lo real no es propiedad de ningún partido ni de ninguna clase. El socialismo, en cambio, es tendencia y, por su condición de doctrina de un partido que lucha por lo nuevo, no puede atarse, sin más, a lo ya constatado. Pero porque la meta que se propone alcanzar está en línea con el desarrollo social, tal como lo pone de manifiesto la exploración científica de las fuerzas motrices de la sociedad moderna, es más capaz la doctrina socialista que cualquier otra de satisfacer las exigencias del método científico, es más capaz el partido del socialismo, la socialdemocracia, que cualquier otro de adecuar sus fines y reivindicaciones a las enseñanzas y exigencias de las ciencias que para él vienen al caso. Quisiera acabar sintetizando mis ideas de la manera siguiente: el socialismo científico es tan *posible*, como *necesario* es que lo sea, es decir, tanto como sensatamente se pueda exigir a la doctrina de un movimiento que aspira a hacer algo radicalmente nuevo.

\* \* \*

#### APÉNDICE I \*

Reproduzco aquí algunos párrafos sacados de la referida obra de Graziadei:

«Sin embargo, examinada con algo más de dete-

\* Véase p. 38.

nimiento, ya no resultará difícil de comprender que, si la teoría del trabajo excedente se sienta sobre bases sólidas, queda, a pesar de todo, una plusvalía. Si se mantiene el origen del beneficio, el trabajo excedente, también se mantendrán sus consecuencias, los productos, que son los que dan lugar, precisamente, al beneficio. El desmoronamiento de la teoría del valor peculiar del socialismo clásico no puede eliminar un hecho que no depende de ella...»

«Vemos, en suma, que los fenómenos de que hemos de ocuparnos se ensamblan según esta sucesión lógica: primero viene el trabajo, una parte del cual —aceptada la crítica de Marx— se convierte en trabajo excedente; luego tenemos los productos, de los que la parte procedente del trabajo excedente constituye el beneficio; por último, los productos se convierten en valores, y la parte de ellos obtenida sin inversión adicional de trabajo, en plusvalía. En consecuencia, pues, de estos tres factores es el valor el menos sustancial, el más secundario. En un momento histórico dado constituye una propiedad social de los productos, pero siempre presupone la existencia de éstos. Creer que el problema del origen del beneficio, o sea, del origen de los productos, que son los que dan lugar al beneficio, coincide con el del valor viene a ser semejante a la idea de que en Química se puede explicar la formación de cuerpos simples a partir de los derivados que de ellos proceden...»<sup>24</sup>

«A la vista de estos ataques tan ingeniosos (de los economistas antisocialistas contra la teoría del valor-trabajo), la mayoría de los marxistas ha puesto de manifiesto una miopía verdaderamente increíble, nada inusual entre discípulos de grandes maestros. En lugar de aceptar lo que hay de verdadero en los argumentos de sus adversarios, a saber, la

<sup>24</sup> *La produzione capitalistica*, pp. 6 y 7.

refutación de su teoría del valor, pero sin olvidarse de demostrar, a la vez, que las verdades básicas de la propia doctrina, precisamente porque son básicas, no dependen de esta o aquella teoría, se han aferrado al escolástico *aut sint ut sunt aut non sint*; más aún: por haber querido defender con redoblado fanatismo también la parte errónea de su doctrina, es decir, la supuesta importancia de la teoría del valor, que es, justamente, en lo que basaban los contrarios sus ataques, todavía han venido a confirmar más la argumentación de éstos»<sup>25</sup>.

Ésta no es la ocasión más indicada para entrar con todo detalle en la teoría del propio Graziadei. Que mi posición coincide con la de Graziadei en este punto —a saber, en lo poco que importan las teorías del valor a la hora de demostrar el trabajo excedente— se echa de ver por el siguiente pasaje tomado de mi escrito *Las premisas del socialismo*, publicado al mismo tiempo que el libro de Graziadei:

«El trabajo excedente de las fuerzas productivas de la nación es un hecho *empírico*, demostrable a partir de la *experiencia*, que no precisa de ninguna prueba deductiva. Para demostrar el hecho del trabajo excedente da absolutamente lo mismo que la teoría marxista del valor sea cierta, como que no. En este punto no es un argumento demostrativo, sino que sólo sirve de *instrumento de análisis y de ilustración*»<sup>26</sup>.

En su escrito *Der Wertgedanke (La idea del valor)*<sup>27</sup>, aparecido en 1897, lanza el Dr. Friedrich Gottl un duro ataque frontal contra toda la doctrina tradicional de la economía política sobre el valor, que él denomina «la llamada doctrina del valor».

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 245.

<sup>26</sup> *Voraussetzungen des Socialismus...*, p. 42.

<sup>27</sup> G. Fischer, Jena.

Es una argumentación quizás demasiado extensa, pero de muy agradable lectura, en la que prueba que *el valor* —tomado en singular— es una imagen metafísico-apriorística, que encubre un dogma que todavía está esperando su disolución crítica. Se trata de un trabajo enormemente ingenioso, que a veces más bien parece una sátira. El autor hace gala de una buena ración de pícaro ironía.

Lo mismo que con la teoría del valor ocurre, poco más o menos, con casi todas las tesis calificadas en las páginas 40 y 41 de verdades parciales. Son tesis que se basan en hechos reales, pero que son víctima de una formulación imprecisa, o de una interpretación exagerada. Naturalmente, bajo este dictamen caen tan sólo las fórmulas y su exposición, *pero no los hechos en sí.*

Esta observación aclaratoria la hice durante mi conferencia al referir lo contenido en el lugar antes señalado, y por eso la añado ahora aquí.

\* \* \*

## APÉNDICE II \*

La expresión «idea de asociación cooperativa» (*Genossenschaftlichkeit*) ha sido interpretada por algunos asistentes a la conferencia como si se refiriera a la forma de realización del socialismo, siendo así que —como esperó que advertirá sin la menor dificultad el lector de este ensayo—, realmente, sólo pretende caracterizar el *principio jurídico* de que se trata en el socialismo: *la democracia*. El *socius* es el copropietario de derechos.

Así lo he puesto de relieve en la discusión a raíz de una observación del profesor Wagner, añadien-

\* Véase p. 44.

do, además, que, por lo que toca a la cuestión de la organización de la sociedad, de ningún modo soy partidario de la idea de fragmentar la sociedad íntegramente a base de asociaciones cooperativas libres. En mi opinión, las llamadas asociaciones forzosas, el Estado y los municipios, seguirán desempeñando en el futuro previsible un importante cometido. La forma que adopte la distribución de las funciones sociales entre estas y las otras asociaciones dependerá del estadio de desarrollo alcanzado y de lo que se crea más oportuno en cada momento concreto; igualmente, también de la cantidad de trabajo económicamente productivo que se reserve a la actividad individual.

Si hago constar esto es porque, a la vista de un artículo sobre mi conferencia aparecido en *Welt am Montag* el 20 de mayo, podría parecer como si yo quisiera, primero y ante todo, asociaciones cooperativas libres, y sólo dejara para el Estado y los municipios un par de funciones sociales accesorias. Ésa no es, de ningún modo, mi opinión. El artículo en cuestión no es un informe sobre mi conferencia, sino un resumen muy parcial, lleno de reflexiones de la propia cosecha del redactor de dicho periódico, a quien no conozco personalmente.

\* \* \*

## APÉNDICE III \*

La tabla de las fases de desarrollo de las sociedades humanas confeccionada por Fourier revela un profundo conocimiento de los factores que condicionan dicho desarrollo. La caracterización que

\* Véase p. 50.

hace del estado de la sociedad que ha de seguir a la «Civilización», como denomina Fourier la fase alcanzada por los países adelantados, por él definido como «*período del garantismo*» —o período de las garantías, según la nada desacertada traducción de Von Stein—, se ha visto confirmada de singular manera por el rumbo que, entre tanto, ha tomado el proceso de desarrollo en la realidad. La moderna reforma social en su conjunto, tanto la de libre iniciativa como la estatal, se presenta como un sistema de garantías —seguros— frente a todo tipo de eventualidades y riesgos existenciales. También cuando Fourier califica como «*sombra de la felicidad*» el estado paradisiaco, que en su época todavía se creía ser el estado primigenio de la humanidad —«edenismo»—, demuestra ser un psicólogo muy realista. Y sus tan frecuentemente extraordinarias descripciones de desarrollos futuros se revelan, examinadas con detenimiento, como brotes de una concepción del mundo y de la naturaleza que se halla asombrosamente cerca de la moderna teoría de la evolución.

Owen, que se había dedicado intensamente al estudio de las ciencias naturales mecánicas, exageró la importancia del medio ambiente en su teoría sobre la dependencia que respecto de él tiene el carácter del individuo. De sí mismo cuenta que, en su juventud, solía reunirse regularmente con algunos amigos en Manchester para discutir sobre problemas filosóficos y científicos, y que allí se le dio el sobrenombre de «*la máquina pensante*», porque hacía de la persona una pura máquina, que había sido entrenada por la naturaleza y la sociedad para pensar. (A estas reuniones asistía también el por entonces igualmente joven John Dalton, amigo íntimo suyo, que más tarde conseguiría fama mundial como padre de la teoría de los átomos en Química, y que ya allí expuso su concepción básica de la misma). Asimismo cuenta que, algo más tarde, en los

círculos literarios y filosóficos de Manchester describía el mundo como un gran laboratorio, y a los hombres como un entramado de puras combinaciones químicas, y que por eso se le otorgó el título de «el filósofo que quiere engendrar al hombre por procedimientos químicos».

Este enfoque radicalmente atomista fue incorporado por Owen también a su doctrina social. Su reiterada afirmación de que, con los adecuados procedimientos, se le puede conferir al hombre «cualquier carácter que se quiera», pasa por alto, o no reconoce en su justa medida, la importancia del principio orgánico. En esto supera Fourier a Owen, y ello a pesar de que también aquél partía de un principio de índole física —la teoría de la gravedad de Newton—. Fourier pone el acento más en el *hacerse* que en el *hacer*. Lo que él quiere no es modelar él mismo a los hombres, sino procurar mediante instituciones adecuadas que las tendencias y pasiones de éstos se desarrollen y actúen de manera armoniosa. Fourier es de un talante esencialmente estético; Owen, de un talante puramente utilitarista.

\* \* \*

#### APÉNDICE IV \*

El hecho de que a la esencia de lo científico pertenezca la exclusión de toda arbitrariedad en la deducción lógica, y de que sea tarea de toda ciencia averiguar las leyes necesarias subyacentes a los fenómenos que se presentan en su campo de investigación, tienta a concluir que el concepto de socialismo científico implica, o exige, la demostración lógi-

\* Véase p. 59.

ca rigurosa de la forzosa necesidad del socialismo. De hecho, así se ha planteado repetidas veces esta cuestión. Hay socialistas que han afirmado que el socialismo científico ha aportado la prueba de la inmanente necesidad del socialismo; que quien lo niega echa abajo con ello el socialismo científico.

Por cuanto queda expuesto en el texto de la conferencia, se verá que, para mí, no se ha podido aportar, en absoluto, dicha prueba. Más aún, no sólo creo que no se la puede aportar, sino que ni siquiera es necesario hacerlo. Pero como resulta, sin embargo, que en la conferencia me limité, simplemente, a hacer una exposición conceptual, y ésta, como toda exposición de tal naturaleza, se presta a interpretaciones un tanto sacadas de quicio, quiero añadir aquí lo siguiente:

Primero que nada, se ha de tener presente que de lo que en toda esta cuestión se trata es de una *precisión de límites*. De por sí, el concepto de socialismo es un concepto susceptible de múltiples interpretaciones; lo mismo ocurre con el de *necesidad inmanente*. Hay quienes opinan que se puede, o se debe, demostrar que el socialismo representa una inmanente necesidad *económica*. Sin embargo, precisamente desde el punto de vista científico es bien fácil de comprobar que semejante pretensión o semejante intento resulta insostenible, y ello porque la economía no puede demostrar lo que yace fuera de su propio ámbito, y el socialismo no se circunscribe exclusivamente a lo económico. Si, por el contrario, y basándose en esta consideración, se interpreta el concepto de necesidad inmanente en el sentido de una necesidad *social* o *histórica* general, resulta entonces del todo imposible una demostración científica definitiva, por razón de que los factores subjetivos con que en tal caso hay que contar no permiten la aplicación de ningún parámetro probatorio forzoso. Los hombres no son autómatas. De

una u otra forma, resulta imposible demostrar la necesidad inmanente del socialismo sin recurrir a deducciones trascendentes, con lo que la exigencia de una prueba científica definitiva a su favor carece, precisamente desde el punto de vista científico, de toda *justificación* y es inadmisibles.

Ahora bien, se ha llegado a decir que, si eso es así, entonces no hay nada, o ya no lo hay, en la doctrina socialista que compela a afiliarse al partido socialista. Pero eso es, de nuevo, otra interpretación totalmente trascendente de las cosas. En primer lugar, el hecho mismo de reconocer que todos los hombres hemos de morir algún día, no fuerza a nadie a tenderse en el lecho de muerte antes de que le haya llegado su hora. En segundo lugar, lo que se impugna es únicamente la posibilidad de aportar una *prueba* científica definitiva a favor de la inmanente necesidad del socialismo, pero no la posibilidad o probabilidad del hecho en sí. Antes al contrario, los factores del desarrollo social susceptibles de un examen científico apuntan de manera absolutamente inequívoca en su totalidad a un movimiento cada vez más pronunciado de la sociedad moderna en dirección al socialismo. La pregunta que entonces se plantea es, en definitiva, la de si en esto la decisión de la voluntad, movida por el reconocimiento de la justicia y conveniencia de las instituciones socialistas, desempeña un papel autogenerativo, y hasta qué extremo. La presión moral a afiliarse al partido socialista no puede, sin embargo, desaparecer por la sencilla razón de que aquello que, desde el punto de vista de la meta fijada, se reconoce como necesario para el progreso social sea con mayor o menor probabilidad parte integrante de una necesidad histórica inmanente. Muy al contrario, este apremio adquiere mayor fuerza por la conciencia de que la realización de lo que se ha reconocido como justo y conveniente depende en gran medida

de nuestro *querer y hacer*, y no simplemente de un imperativo dictado por la historia.

Lo decisivo en la práctica no es, tampoco, la verificación de la necesidad inmanente del socialismo, que todo lo más podría realizarse en un nivel puramente abstracto —en un nivel concreto sólo se puede demostrar la necesidad de determinadas medidas socialistas—, sino la demostración de lo deseable y hacedero que resulta una configuración socialista de la sociedad. Por este cauce ha discurrido siempre hasta ahora la movilización socialista, cuya fuerza expansiva extrae de dicha demostración, de modo que la presente cuestión de la *precisión conceptual* no le afecta más que de forma muy tangencial<sup>28</sup>.

#### APÉNDICE V \*

En la historia de los partidos socialistas de todos los países hay ejemplos de lo desfavorablemente que pueden influir en la praxis de la socialdemocracia los postulados teóricos equivocados. Esto es algo generalmente reconocido en el caso de las antiguas teorías socialistas, pero tampoco la historia del socialismo moderno está exenta de tales casos. Así, Friedrich Engels acusó en su día a los socialistas norteamericanos e ingleses de haber hecho del marxismo un dogma sectario, y todavía no hace muchos años —1897— Karl Kautsky inculpó al marxista inglés Bax de «marxismo utópico».

Yo me limito a hacer esta somera alusión. De igual manera que ya en la conferencia, en atención

al auditorio, me ceñí intencionadamente a reseñar brevemente los puntos controvertidos que, aún ahora, siguen desempeñando un importante papel en el seno de la socialdemocracia, absteniéndome en todo momento de tomar partido, así quiero mantenerme aquí, en el plano de los puros principios.

De lo que se trata es de evitar caer en uno de estos dos extremos: el del burdo experimentismo, ayuno de todo principio, y el del doctrinarismo sectario. No hay ninguna teoría que ofrezca un remedio infalible contra infracciones de este cariz en la praxis; por eso únicamente puede tratarse de eludir esa clase de desviaciones que son resultado de una falta de conocimientos teóricos, o de una teoría equivocada. Y ello sólo podrá conseguirse a base de entender la teoría como objeto de una ciencia viva, en continuo *hacerse*. De ahí que, en su parte teórica, que ha de ser, precisamente, expresión del conocimiento científico, no puedan ser los programas socialistas demasiado detallados. En caso contrario, como no se puede hacer cada año un nuevo programa, pero el movimiento fáctico no se detiene nunca y el saber aumenta, existe siempre el peligro de que se produzca una contradicción interna entre el programa y la praxis, por una parte, y el programa y el conocimiento obtenido, por otra. Lo primero provoca enojosos conflictos; lo segundo desemboca en un escepticismo carente de todo principio. Por esta razón, el problema aquí expuesto, por más que, en principio, sólo es un problema de precisión conceptual, mediatamente se convierte también en un problema de importancia práctica. Es totalmente equivocado concluir al modo de *Welt am Montag* que, si se acota la noción de socialismo científico en el sentido aquí explicado, se les roba a los obreros la fe en el carácter científico del socialismo. De ningún modo: por esta precisión conceptual —aquí incluso cabría utilizar la tan popular expresión de

<sup>28</sup> Cfr. también Apéndice V.

\* Véase p. 61.

«corte limpio»— se les da precisamente a todos aquéllos que han perdido esta fe la posibilidad de recuperarla y afianzarla sobre un fundamento más firme que el que hasta entonces tenía.

## EL REVISIONISMO EN LA SOCIALDEMOCRACIA \*

[1909]

### PRÓLOGO

Esta conferencia que presento ahora a un público mayor fue pronunciada el 4 de abril de 1909 en el salón de la Asociación de Artesanos de Amsterdam ante una asamblea que había sido organizada por la Asociación Universitaria de Estudios Sociales junto con el Departamento jurídico del estudiantado de Amsterdam. En la asamblea tomaron parte, junto a los estudiantes y gentes de estudio, una gran cantidad de miembros del movimiento obrero socialista de Holanda.

La edición se realiza sobre la base de una versión estenográfica del informe, que sólo he revisado y corregido en el estilo, sin haber cambiado materialmente nada. No he suprimido totalmente la forma directa de la conferencia, pero en la gran mayoría de los casos la he sustituido por frases impersonales. Esto me ha parecido necesario para garanti-

\* Fuente: E. Bernstein, *Der Revisionismus in der Sozialdemokratie*. Ein Vortrag gehalten in Amsterdam vor Akademikern und Arbeitern von E. Bernslein. Mit einem Anhang: Leitsätze für ein sozialdemokratisches Programm. Verlags-Gesellschaft Martin G. Cohen Nachfolger, Amsterdam 1909.



zarle al lector de la manera más aguda posible el carácter objetivo de la conferencia. Por la misma razón he omitido las notas de la versión estenográfica sobre cómo estaba siendo recibida la conferencia por el auditorio, así como la declaración final de éste. La división en pequeños capítulos contribuirá a que se pueda tener una visión de conjunto.

En un apéndice encontrará el lector de nuevo algunos principios que formulé a finales de 1909 en la agrupación electoral socialdemócrata de Charlottenburgo, Berlín, sobre el revisionismo y el programa socialdemócrata y que deben mostrar que la concepción revisionista, tal como yo la defiendo, ofrece una base totalmente suficiente para un programa socialdemócrata. Con otras palabras, que aquellos fragmentos de la parte teórica del Programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana a los que yo me opongo son tan innecesarios desde el punto de vista de la movilización como insostenibles desde un análisis científico.

ED. BERNSTEIN

Schönberg, Berlín, mediados de abril de 1909.

## 1. EL SURGIMIENTO DEL NOMBRE «REVISIONISMO»

El señor presidente ha hablado en su amable alocución de una contraposición en el seno de la socialdemocracia entre *marxistas* y *revisionistas*. Yo considero que esta contraposición no es correcta y a lo largo de esta conferencia tendré oportunidad de realizar una corrección que me parece necesaria. Pero, en primer lugar, quiero referirme al hecho que ustedes no ignoran de que, efectivamente, en

distintos países se están poniendo de manifiesto dentro de la socialdemocracia, desde hace algún tiempo, corrientes o elementos que son caracterizados como revisionistas. Digo intencionadamente que *son* caracterizados porque los afectados no se han puesto a sí mismos ese nombre —y muchísimo menos en un comienzo—.

El nombre «revisionista» es un nombre creado e impuesto por terceros, no un calificativo libremente elegido. Pero en la historia hemos tenido con frecuencia ejemplos de cómo se han generalizado nombres surgidos de esa manera. Quien conozca la historia de los grandes partidos populares o de los movimientos populares sabe también que esos nombres impuestos son utilizados por los mismos partidos y son adoptados, con mucha frecuencia, por los propios afectados —sea por indiferencia o por obstinación contra las palabras— para calificar a su movimiento. Por no hablar de los partidos en la antigüedad: ése fue el caso de Italia, durante la Edad Media, del partido de la reforma, que fue llamado por sus enemigos *Patarino*, es decir, partido de los traperos. Lo mismo sucedió en la época de la Reforma: el nombre de *protestante* fue originalmente un mote. También tenemos un ejemplo en la historia de los Países Bajos con el sobrenombre *Geuse*, que se hizo famoso. En la gran Revolución inglesa, el nombre de la muy significativa secta de los *cuáqueros* era al comienzo un mote injurioso. Y lo mismo ocurre con la denominación de los dos grandes partidos históricos de Inglaterra, los *whigs* y los *tories*. *Tory* significaba originariamente «ladrón», *whig* significa «lecha ácida»<sup>1</sup>. Con estos nombres los partidos se insultaban mutuamente al principio, pero luego cada uno aceptó tranquilamente la denomina-

<sup>1</sup> Según otra interpretación, el nombre *whig* viene de *whiggamore* = arriero de caballos.

ción que le había puesto el enemigo y la siguió utilizando, y el nombre *revisionista* no es ciertamente tan terrible como «leche ácida». En el reciente movimiento republicano en Francia encontramos el nombre *oportunistas* primero como mote injurioso para los republicanos liderados por Gambetta; cuando en 1881-1882 se produjo una escisión en la socialdemocracia francesa, una orientación fue calificada despreciativamente por la otra como *posibilista*, y también ésta ha mantenido con toda tranquilidad el nombre que se había pensado como un insulto. En los Estados Unidos de América hubo y hay políticos que fueron bautizados por sus enemigos *Mugwumps* (caciques indios) y posteriormente ellos mismos utilizaron este nombre con humor. En resumen, todos esos nombres se acuñan sobre la base de cualquier dato superficial y luego se les acepta de forma general.

¿Quiénes son y qué quieren los «*revisionistas*» socialistas? La palabra es de fecha reciente. Hace siete u ocho años que se utilizó por vez primera en Alemania, dentro de la socialdemocracia, y eso sucedió a raíz del libro de un hombre que desde entonces ha desaparecido de la socialdemocracia alemana, el escrito del Dr. Alfred Nossig *Die Revision des Sozialismus (La revisión del socialismo)*. Es un trabajo que, a pesar de algunos buenos elementos en mi opinión, fue rechazado por todos los socialdemócratas, es decir, también por aquéllos a quienes ahora se llama revisionistas. El Dr. Nossig, como se ha señalado, se ha retirado desde entonces del partido, pero el nombre «*revisionista*» ha permanecido y se ha aplicado a todos aquellos socialistas que —incluido yo— tienen una posición crítica respecto a la teoría tradicional de la socialdemocracia.

Sin embargo, en este sentido de crítica a la doctrina socialista o a su interpretación tradicionales, el concepto de revisionismo es algo más antiguo en

la socialdemocracia alemana. Ya en el congreso del partido de 1895 en Breslau declaraba un delegado, el muy inteligente Dr. Bruno Schoenlank, fallecido en 1902: «Es geht eine Revision der Vorstellungsweise in der Partei vor sich.» Él aplicaba esto entonces a la cuestión agraria y exigía la adaptación de la posición del partido a la transformación de la situación agraria que había tenido lugar, pero luego abandonó la cuestión de la revisión; se alejó —no sé por qué— del camino ya recorrido.

Pero mientras tanto, en los años 1896-1897, aparecieron en *Die Neue Zeit*, la revista científica oficial de la socialdemocracia alemana, varios artículos míos, bajo el título de *Probleme des Sozialismus (Problemas del socialismo)*, que criticaban una serie de ideas extendidas en la socialdemocracia, a las que siguió, en la primavera de 1898, un artículo que iba dirigido contra la idea de que habría que esperar una gran catástrofe económica que estremecería a toda la sociedad moderna y la llevaría a su derrumbamiento. En este artículo dejé caer incidentalmente las palabras siguientes contra un representante de la idea de la catástrofe, que nos había reprochado a K. Kautsky y a mí que en nuestros artículos no hablábamos nunca de la meta final del socialismo: «Lo que comúnmente se denomina meta final del socialismo no es nada para mí; para mí, el movimiento lo es todo.» Por movimiento, añadía yo, entendía tanto el desarrollo social general como, en concreto, el movimiento de la clase obrera. Esta afirmación fue tomada, por determinados motivos, por los partidos burgueses alemanes, concretamente por los partidos burgueses-liberales; en especial, el recién fundado partido de los nacionalistas sociales creía poder utilizarla contra la socialdemocracia. En el partido, sin embargo, mi artículo fue duramente criticado por algunas personas y se exigió que el próximo congreso del partido tomara postura contra

él. Así ocurrió en el congreso del partido de la socialdemocracia alemana, que tuvo lugar en Stuttgart en el otoño de 1898. Como respuesta a aquellos ataques envié un escrito al congreso, que posteriormente fue impreso en un libro que he de citar todavía y en el que me manifesté bastante claramente sobre los principales puntos en disputa. Para no alargar demasiado esta conferencia, renunciaré a leer aquí aquel escrito y sólo voy a hacer notar que lo que entonces escribí sigue siendo hoy mi confesión de fe. El escrito encontró alguna oposición en Stuttgart y, después del congreso, algunos amigos de entonces me pidieron que pusiera mis opiniones coherentemente en un libro. Así surgió *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, hace ahora diez años, que ha conocido desde entonces ocho ediciones y ha sido traducido a varios idiomas. En el prólogo se encuentra mi mencionado escrito al congreso del partido de Stuttgart y, dentro de ciertos límites, se puede considerar como uno de los escritos fundamentales de esa orientación socialista que en Alemania se llama revisionista. De las otras grandes publicaciones de esta orientación, la más significativa es probablemente la excelente obra, según mi juicio, de mi camarada de partido el Dr. Eduard David, *Der Sozialismus und die Landwirtschaft (El socialismo y la agricultura)*.

Otros revisionistas entre los socialdemócratas alemanes, y por cierto aquellos que toleran el nombre con toda tranquilidad son: Dr. Joseph Bloch, redactor de la revista *Sozialistische Monatshefte*; Adolf von Elm, un hombre extraordinariamente activo, salido de la clase obrera, que fue durante mucho tiempo diputado del Reichstag, pero que resultó derrotado la última vez; Edmund Fischer, surgido asimismo de la clase obrera y hasta ahora diputado del Reichstag; Paul Kampfmeyer, actual redactor del *Münchener Post* y escritor muy fecundo;

Paul Löbe, redactor en Breslau; Heinrich Peus, redactor en Dessau; Robert Schmidt, redactor y diputado del Reichstag, secretario de trabajo de la Unión de los Sindicatos Alemanes, y muchos otros.

Pues bien, ¿qué defienden estas personas que acabo de mencionar? ¿Tienen un programa determinado? No es el caso, hasta ahora. Incluso, si se investigan más de cerca sus opiniones, se encontrarán entre ellos diferencias de opinión en muchos puntos relacionados con la teoría y con la práctica. Les voy a presentar un ejemplo con relación a la práctica. Algunos revisionistas —he nombrado al Dr. Bloch; podría mencionar otro hombre, muy capaz y muy trabajador: Richard Calwer— sostienen que, en la política comercial actual, Alemania no puede salir bien sin ciertos aranceles aduaneros, mientras que David, yo y algunos otros somos de la opinión de que la clase obrera moderna debería defender el principio del libre intercambio entre los pueblos y debería buscar la solución a los problemas que puedan estar en relación con la caída de los aranceles por otra vía. Existen otras diferencias de opinión entre los revisionistas. Pero esto no habla en modo alguno contra esta orientación. Quien se remonte a la historia de los partidos se va a enfrentar con el hecho de que es muy difícil organizar, sobre determinados estatutos, a partidos que estén integrados por naturalezas con disposición hacia la crítica, o que tengan en un primer plano la crítica. Y el hecho de que los revisionistas no estén de acuerdo en muchos puntos tampoco puede aducirse como prueba de inferioridad del movimiento.

Pero habrá que preguntarse si estas gentes coinciden al menos en algún punto, pues algo tendrán que tener en común, y habrá que preguntarse qué es ese algo. Esto me hace volver a la observación de nuestro honrado presidente, cuando habló de marxistas y revisionistas, como si dijera: aquí adep-

tos del marxismo y allí revisionistas. Ésta es incluso una opinión muy extendida, pero que yo no puedo admitirla como correcta. Pues, si fuera acertada, supondría que un revisionista es necesariamente un *antimarxista*. Y yo no conozco ningún revisionista a quien se pueda aplicar esta denominación.

## 2. LA IDEA FUNDAMENTAL DEL MARXISMO

Antimarxista es, en principio, solamente una expresión que designa a los enemigos de la teoría marxista. Pero ¿cuáles son los fundamentos, las ideas fundamentales, de la teoría marxista? ¿Cuál es la concepción básica que distingue a la teoría marxista de las teorías de los socialistas que precedieron a Marx? Es la concepción, más profunda e intensa, de la *idea de desarrollo*, el *concepto de evolución* aplicado de una manera más básica que en cualquier otro socialista antes de Marx y de su época. Los socialistas anteriores a Marx eran, en su mayoría, utópicos, en parte con mayor fantasía y en parte con menor, pero en todo caso eran naturalezas *especulativas*, que concibieron la idea de una sociedad que sería mejor que la actual, gentes que se ponían como objetivo la mejor sociedad pensable y que intentaban lograrla. O eran reformadores, que aprovechaban cualquier reforma social que les parecía oportuna y la situaban en un primer plano, pero sin un análisis profundo y fundamental de la sociedad existente, sin poder deducir estas reformas directamente de las necesidades dadas, sin preguntarse cómo se adecuaba la reforma a la marcha del desarrollo de toda la sociedad, a sus condiciones de existencia y a sus fuerzas. En oposición a ello, Marx sostiene una idea de que la sociedad moderna es un organismo en desarrollo, que ni se puede cambiar arbitrariamente ni tampoco se puede petrificar arbi-

trariamente, que tiene, más bien, unas leyes de desarrollo totalmente propias —leyes que han de estudiarse en profundidad aquéllos que quieran modificarlo—. Esta gran idea se encuentra ya en los primeros escritos de Marx, pero de manera sistemática la resumió en el prólogo al escrito que, bajo el título *Crítica de la economía política*, publicó en 1859, en el mismo año en que apareció el primer gran libro de Darwin sobre la teoría de la evolución en la naturaleza orgánica; ambos libros se pueden comparar con toda razón. Se puede considerar como una casualidad que ambos aparecieran en el mismo año, pero no es tan casual que aparecieran en la misma época histórica, en el mismo tiempo. Ambos respiran en sus ideas fundamentales el mismo espíritu.

El libro de Darwin desarrolla la idea de que las transformaciones de los seres vivos no se pueden atribuir a intervenciones arbitrarias de un creador, sino que deben ser explicadas causalmente desde las condiciones de vida de estos seres, y lo que Darwin expone respecto al surgimiento de nuevas formas y especies de plantas y animales lo desarrolla Marx con referencia a la historia de la evolución de las sociedades humanas. Evidentemente, las condiciones de la evolución de éstas son distintas en puntos esenciales, porque tanto el mundo vegetal como el mundo animal se desarrollan de manera totalmente inconsciente, no intencionalmente, mientras que la humanidad se hace consciente de sus condiciones de desarrollo a lo largo del tiempo y se hace cada vez consciente de para qué lucha. Pero incluso esta conciencia no permite a los hombres salir de toda sujeción, no convierte el desarrollo de la evolución —según la teoría marxista— en una cuestión del arbitrio. La humanidad permanece sujeta, en su proceso de evolución, a sus propias condiciones de existencia. Con otras palabras: es en último término la economía, el modo y las condiciones naturales de la

producción de los bienes —lo añadido, porque la misma naturaleza es la parte más importante de la economía— los que forman el último y decisivo factor en la historia de la transformación de las sociedades humanas. Un pensamiento que, sin duda, había sido expuesto con anterioridad, antes de que Marx la expusiera, pero que no lo había sido en la forma precisa que Marx le dio. Sobre todo corresponde a Marx el mérito de haber vuelto, como teórico del desarrollo de la sociedad, a la historia de los instrumentos del trabajo humano, de haber atribuido aquél al *desarrollo de la herramienta*, esa «prolongación de los órganos del hombre».

La herramienta determina la índole y la productividad del trabajo y, a través del trabajo, el nivel cultural. Lo que el hombre le arrebató a la naturaleza, cómo el hombre puede cultivar la tierra, cómo elabora los productos del suelo y los tesoros del interior de la tierra, de manera que puedan vivir más hombres que antes en determinados espacios, todo esto depende en último término de la naturaleza de las herramientas de que el hombre disponga en cada momento. El comercio entre los hombres, la forma de establecerse sobre el terreno, las relaciones de dominación, la formación de clases en el seno de las sociedades humanas, se determinan por las relaciones de producción y el desarrollo de la producción, del asentamiento, del comercio y de la dominación afecta de nuevo a los juicios morales. También estos se cambian cuando las condiciones de existencia hayan cambiado esencialmente, y asimismo se modifican los conceptos jurídicos y el derecho, pues se presentan otras exigencias al derecho. También tienen que modificarse las constituciones políticas cuando los fundamentos económicos de la sociedad se han transformado en otros. Todo esto se halla expresado en la teoría marxista. Si a través de un cambio de las herramientas se de-

sarrollan nuevos modos de producción en el seno de la sociedad, si la sociedad se transforma a causa ello en su organización, si se forman nuevas clases —al principio de manera inconsciente— y luego se hacen más fuertes pasando a un primer plano con pretensiones crecientes, llega entonces un punto a partir del cual la lucha de las clases que empujan hacia adelante contra las viejas clases privilegiadas, que se encuentran en posesión y en ejercicio del poder, se convierte en una lucha por el poder. De esa manera, la historia de las sociedades humanas es una historia de las luchas de clases, que siguen teniendo lugar de vez en cuando, y que revisten cada vez nuevas formas. Ésta es la idea básica de la teoría marxista.

Pues bien, esto se ha podido interpretar de manera unilateral. Se ha podido exagerar el poder determinante de los factores técnico-económicos; se ha podido olvidar que los hombres tienen cabezas que piensan, que las ideas y las ideologías, la moral y los conceptos jurídicos tienen, hasta un cierto grado, su propia evolución, que son ellos mismos factores codeterminantes del desarrollo de la cultura, del desarrollo de la producción. Se ha podido concebir el concepto de modo de producción de una manera muy unilateral o se ha podido exagerar la influencia del factor económico. Se ha podido asimismo diluir, desde otro lado, la concepción marxista de la historia y se ha podido atribuir demasiado poder determinante a las ideologías y demasiado poco a los factores económicos. Todo esto hay que concederlo; pero éstos son o serían errores, diferencias de interpretación, y su refutación no afecta al núcleo de la teoría. No hay ningún socialdemócrata, sí, yo afirmo que no hay ningún teórico de la ciencia social de alguna significación, que no haya aceptado en principio ese núcleo central, y, si esto no hubiera sucedido, no diría nada contra los hombres, sino

contra la teoría. Una teoría que posea la verdad internamente se impone con una fuerza concluyente por encima de las luchas de partido. Pero esto es lo que ha ocurrido aquí. Hoy es casi un lugar común en la ciencia que —aunque las ideas llevan una vida propia tan fuerte— los conceptos generales del derecho, etc., tienen sus raíces en último término en las relaciones económicas, en la organización de la sociedad, en la naturaleza de las clases, de las que está compuesta. Cómo ocurre esto en la política puede mostrarlo un pequeño ejemplo histórico, concretamente de la historia de la gran Revolución inglesa.

En la gran Revolución inglesa hubo un partido demócrata radical, cuyos representantes fueron llamados por sus enemigos los *leveller*, es decir, revolucionarios, niveladores, y efectivamente había entre estos *leveller*, junto a simples demócratas y radicales, también comunistas. Estos *leveller* elaboraron un proyecto constitucional, en el máximo auge de la Revolución, al que denominaron *contrato del pueblo* —*agreement of the people*—. En él formularon la eliminación de los privilegios de clase de su época y exigían el sufragio igual, pero con la aclaración «para todos los que no estén en una situación de asalariado». Si se le hubiera dicho entonces a un *leveller* en su propio idioma que esta reserva no era democrática, habría puesto cara de extrañeza y no habría entendido la objeción. Pues ¿quiénes eran los que quedaban excluidos del sufragio con esa nota? ¿Qué aspecto tenían los que trabajaban entonces por un salario? Es muy característico de los fundamentos de la Revolución inglesa que, mientras las revoluciones ponen a todas las clases de la sociedad en un primer plano, una tras otra —según se observa en la experiencia—, en los anales de esta Revolución no leemos ninguna intervención de la clase obrera. Es verdad que podemos leer de levantamientos de los aprendices en Londres, pero nada

de levantamientos semejantes de los obreros o de otros movimientos de éstos: la capa social que trabajaba por un salario era todavía insignificante en Inglaterra y no estaba desarrollada a consecuencia de la estructura de la sociedad de entonces. El obrero de un oficio, después de que lo había aprendido, se convertía en maestro independiente. La situación de obrero asalariado era para él una posición de paso, teniendo en cuenta la disposición que marcaba siete años para el aprendizaje, una época muy corta en la vida de un obrero. Por esta razón no estaba respecto a su maestro como un enemigo de clase. Socialmente era medio menor de edad, vivía en casa del maestro artesano y hacía la política de su maestro; orgánicamente pertenecía a éste. La idea de conceder el sufragio a gentes como este obrero no podía ocurrírseles a los políticos de la época; los propios obreros no lo exigían y ni siquiera habrían comprendido esa reivindicación. Esto es lo que ocurría entonces y todavía posteriormente en otros países. Mientras la situación de obrero asalariado sea una situación de paso para la aplastante mayoría de los aprendices de la profesión, los obreros asalariados no forman una clase en el verdadero sentido de esta palabra y no plantean por ello ninguna reivindicación política.

### 3. EL REVISIONISMO Y LA TEORÍA MARXISTA DE LA EVOLUCIÓN

De la misma manera que en el siglo XVII la estructura de la sociedad de entonces engendró determinadas concepciones políticas, que no pudieron ser pasadas por alto ni siquiera en el pensamiento por los políticos más radicales de entonces, la evolución capitalista de la época moderna ha creado otras concepciones sociales que, sin ningún teórico, sí, sin ningún activista, se habrían tenido que abrir camino

por todas partes tarde o temprano. Esa evolución creó una clase obrera, de la que se dice: una vez obrero asalariado, toda tu vida obrero asalariado; es decir, una clase de obreros asalariados que son dependientes económicamente de otros no de un modo temporal, sino permanentemente, pero que no por ello son menores de edad en cuanto ciudadanos, como los ayudantes artesanales en la Edad Media, al final de la Edad Media y en las vísperas de la época capitalista, pero sí se casan con obreros asalariados, forman una familia como obreros asalariados y tienen amplias demandas para el Estado y la sociedad —que deben pelear— también como obreros asalariados. ¿Qué interesaban a los antiguos oficiales los impuestos? Rara vez les afectaban directamente, pues la mayor parte de las ocasiones era indirectamente, a través de la persona de su maestro artesano. Hoy toda la política fiscal y comercial afecta directamente al obrero que sea padre de familia; hoy le afecta todo lo que encarece la vida y, como consecuencia de esto, está interesado de manera muy diferente en todos los asuntos del Estado; tiene necesariamente que manifestarse en él la exigencia y la necesidad de estar representado en el legislativo, de obtener una influencia sobre la legislación y sobre la administración.

De esta misma manera tenía que producirse naturalmente, prescindiendo de ocasionales conflictos económicos, una contraposición de clase entre los obreros y sus maestros, convertidos en capitalistas. Los obreros se hacen conscientes de una diferencia social más profunda entre ellos y los patronos; su lucha salarial recibe un carácter social. Esto no ocurría en las luchas salariales en la Edad Media y al final de la Edad Media. Lo que había entonces de luchas salariales era, la mayor parte de las veces, luchas por una especie de dinero para gastos menudos, pero no lucha por las condiciones de la existen-

cia. Por lo general, las luchas de los oficiales no giraban en torno al salario. La mayor lucha de los oficiales artesanales de la que tenemos información en la edad medieval en Alemania, una lucha de diez años de duración de los criados de los panaderos en Colmar, en Alsacia, giró en torno a la cuestión de qué lugar tenían que ocupar los oficiales en las procesiones en las fiestas eclesiásticas. Esto les parece hoy a muchos ridículo, pero para los oficiales medievales el lugar en la procesión no era cuestión baladí, sino de bastante importancia. No debe olvidarse el gran papel que la iglesia desempeñaba en la vida del pueblo; el lugar en la procesión ponía de manifiesto la relevancia social. Pero tenía importancia para el oficio, no para la clase.

Otros factores muy distintos determinan actualmente la lucha de los obreros. Hoy es la lucha por el salario, por la jornada laboral y por un derecho del trabajo la que da carácter a los movimientos de los obreros de todas las profesiones, y de esta manera —como la producción moderna ha reunido a obreros de todo tipo en fábricas y talleres— el sentimiento de tener intereses iguales atraviesa a toda la clase obrera. Lo que en la Edad Media y al final de la Edad Media sólo eran, en principio, movimientos individuales o particularistas o partes de levantamientos del pueblo oprimido en general, ahora se convierte en un movimiento de los obreros como *clase*, que está ligado a las necesidades reales de los obreros asalariados de por vida, a sus necesidades jurídicas en el Estado, a sus necesidades económicas en la producción, en el intercambio y en la distribución de los bienes, a sus necesidades sociales de ser reconocidos como mayores de edad. A la vista de este hecho pudieron formular Karl Marx y su colaborador Friedrich Engels la idea del gran objetivo social de la lucha obrera de la Edad Moderna: los medios y los fines del socialismo no tienen que ser

inventados, tienen que ser encontrados, es decir, tienen que ser *descubiertos* en las necesidades materiales y jurídicas de esta gran clase obrera, que cada vez se desarrolla más; tienen que *existir básicamente* en las *condiciones* del desarrollo real de esta clase. En la medida en que esto ocurre, tales condiciones y necesidades ofrecen a las aspiraciones socialistas una base mucho más firme de lo que se pudiera pensar. De este modo Marx y Engels bajaron el socialismo, si me puedo expresar de esta forma, al duro suelo de la realidad de la vida social; trasladaron, en un grado mucho más elevado que cualquiera de sus predecesores, la teoría socialista desde la esfera de la deducción especulativa a la de la inducción realista.

Sin embargo, esto era, en aquel tiempo, ante los ojos de muchos socialistas una severa limitación de la teoría socialista. Sobre todos los utópicos socialistas, es decir, sus discípulos más o menos ortodoxos —pues los Owen, Fourier, Saint-Simon habían muerto entretanto—, los hacedores de sistemas, que elaboraban sistemas sociales enteros, sociedades perfectas sobre el papel, los socialistas de la especulación filosófica de Alemania, que se llamaban a sí mismos socialistas verdaderos, veían en la teoría marxista un enorme debilitamiento del socialismo. Uno de los mencionados en el último lugar, Karl Grün, llegó a calificar la reivindicación de transformación del Estado absolutista en un Estado constitucional como una traición al socialismo. Tan profundamente estaba anclado el socialismo en el utopismo que al genial socialista obrero alemán Wilhelm Weitling se le ocurrió la idea de que había que movilizar a los presidiarios para la realización de los objetivos socialistas. A todas las personas que pensaban así o de manera similar les tenían que parecer las teorías marxistas como un empequeñecimiento, cuando no una renuncia, de las grandes

ideas obtenidas a través de la especulación. Lo mismo ocurre en otras partes. Hace poco el marxista ruso Plejánov contó en un número conmemorativo de la revista berlinesa *Vorwärts* cómo en Rusia, en los años ochenta, aquéllos que sostenían la teoría marxista en la forma en que yo la he esbozado brevemente fueron atacados por los populistas y por los socialistas revolucionarios de orientación especulativa como ayudantes o servidores voluntarios del capital, porque acentuaban la necesidad del desarrollo capitalista para el desarrollo de la clase obrera, como también había hecho Marx. Pero lo que entonces sucedió en Rusia ha sucedido también en otros muchos lugares. Una cosa es característica en todo ello. Cuando yo publiqué mi frase sobre la meta final, citada anteriormente, el mismo Plejánov me atacó muy violentamente, pero el destino no le salvó de ser calificado él mismo como «el Bernstein ruso» por los revolucionarios rusos. La traducción de la teoría marxista —tal como ha sido desarrollada aquí— a la práctica les ha parecido a muchos socialistas como renuncia a la meta final del socialismo, y en cierto sentido *con razón*. Pues, según mi opinión, la teoría marxista ha eliminado realmente la idea de *objetivo final*. Para una teoría social basada en la idea de la evolución, no puede haber ningún objetivo final; según ella, la sociedad humana estará continuamente sometida al proceso de evolución; sobre la base de esa teoría puede haber grandes *líneas directrices* y *objetivos*, pero no puede haber un *objetivo final*. Incluso lo que podría denominarse objetivo final no debe construirse *a priori* con la cabeza, sino que debe elaborarse a partir de las luchas prácticas del movimiento mismo.

Es cierto que en los escritos de Marx se muestra también una imagen del futuro. Así, concretamente, al final del *Manifiesto comunista* redactado en 1847. Allí se dice que los obreros, después de que



se hayan apoderado del poder político, cambiarán toda la sociedad actual y erigirán una nueva sociedad de carácter cooperativo. Pero esto está insinuado en rasgos tan generales y se corresponde tanto con la idea de la sociedad de la clase obrera —cómo debía formarse la sociedad a partir de las condiciones de vida y también cómo se ha formado en lo esencial— que no se puede caracterizar como una mera especulación. Pero de esta manera sí se puede pronosticar el futuro, cuando se dice que las tendencias visibles de la evolución apuntan hacia esta o aquella organización de las cosas. Esto es también sin duda deducción, pero sobre una base real y no especulativa. De todos modos el *Manifiesto comunista*, por muy genial que sea en algunos detalles y por mucho que desarrolle la teoría marxista de la sociedad, no puede considerarse como la obra de Marx que sitúe a éste en su máxima altura intelectual. A este último nivel pertenecen más bien aquellos escritos que Marx redactó después de haber hecho sus estudios en Inglaterra, el país económicamente más desarrollado de aquel entonces. El libro *Crítica de la economía política* constituye la primera introducción a estos escritos, y su punto máximo viene caracterizado por la gran obra *El Capital*, en parte una reelaboración de aquél. En el prólogo a *El Capital* encontramos dos frases en las que Marx destaca con especial fuerza la idea de la evolución orgánica. La primera de ellas dice: «Aunque una sociedad haya descubierto la *ley natural de su movimiento*, no puede saltarse fases naturales de su evolución ni abolirlas por decreto. Pero puede abreviar y suavizar los dolores del parto.»

Es evidente que esta frase contiene de nuevo una limitación esencial o, si se quiere decir de otra manera, un debilitamiento de la idea de la revolución socialista. La frase afirma que no depende del arbitrio de la clase obrera, como de ninguna otra

clase, el remodelar la sociedad según su antojo, su fantasía o según algún esquema completo. Todas las condiciones de vida de la sociedad tienen que ser otras, tienen que haber logrado una determinada madurez evolutiva, para que sea posible una transformación significativa.

La segunda frase que quiero citar, y que, como la primera, data del año 1866, dice así: «La sociedad actual no es un cristal sólido, sino un *organismo capaz de transformarse* y que *hay que entender en continuo proceso de transformación*.» El concepto de la revolución socialista recibe también aquí una limitación muy precisa.

Estas dos frases de Marx las suscribe *todo* revisionista. Incluso el revisionista les concede una trascendencia mayor que la que quizá les concede el propio Marx —esto lo reconozco gustosamente—, y en todo caso mayor que la que le concede una gran cantidad de personas que pertenecen a la escuela de Marx, pero que, en opinión de los revisionistas, construyen una estrecha ortodoxia marxista al atribuir a frases que Marx dijo sobre la base de premisas históricas concretas una fuerza dogmática permanente en vez de concederles una significación meramente relativa. En lugar de reconocer que cuando la evolución real se separa del desarrollo pronosticado, de todos modos sólo pronosticado teóricamente —lo que suele ocurrir en muchas ocasiones—, tienen que cambiarse las fórmulas deducidas sobre la base de los supuestos originarios, en vez de hacer esto, los marxistas ortodoxos, que ven en Karl Kautsky a su principal representante, se mantienen agarrados —en nuestra opinión— a aquellas fórmulas y pretenden conservarlas con medios que son puros artificios interpretativos y totalmente indignos de una auténtica teoría científica. Se podría decir que muchos de esos marxistas forman una secta dentro del marxismo, pues han recaí-

do paulatinamente en diversas ideas y frases del *Manifiesto comunista* que el propio Marx corrigió, y prefieren remitirse al *Manifiesto* antes que a los escritos que Marx compuso en la cima de su desarrollo.

#### 4. EL MARXISMO Y EL DESARROLLO DE LA GRAN INDUSTRIA

El *Manifiesto comunista* tiene un error, se podría casi decir que tiene un error orgánico, que fue reconocido por el propio Marx y éste corrigió más tarde, y que Friedrich Engels admitió también expresamente. El error es haber sobrevalorado considerablemente la velocidad y unilateralidad de la evolución de la sociedad moderna. Wilhelm Liebknecht, compañero de exilio de Marx, ha manifestado esto públicamente en algunas ocasiones y me ha contado en privado interesantes detalles de cómo Marx había sobrevalorado la marcha del desarrollo de su tiempo, lo que, por otra parte, se puede comprender muy bien con el espíritu vivo y apasionadamente revolucionario de Marx. Tampoco se debe olvidar que cuando Marx escribió el *Manifiesto* aún no había estado en Inglaterra y sólo había oído de lejos sobre el gran movimiento de lucha de entonces de los obreros ingleses, que por el momento parecía querer derribar realmente con una fuerza elemental todo el Imperio británico. En *El Capital* Marx corrigió algunas de sus hipótesis originarias, pero también aquí encontramos muy sobrevalorada y valorada unilateralmente la velocidad del desarrollo en sentido capitalista. Por ello, toda una serie de consecuencias a partir de las hipótesis sobre cuya base escribió Marx son correctas, pero otras no lo son o no lo son ya. El desarrollo del orden económico burgués ha requerido mucho más tiempo y ha mos-

trado que esta forma de sociedad es capaz de una expansión y un desarrollo mucho mayores que lo que Marx y otros contemporáneos habían supuesto. Y *porque* el desarrollo ha durado mucho más y porque la economía burguesa, es decir, la economía del libre cambio, se ha extendido mucho más, era totalmente inevitable que hubiera en este tiempo nuevas formas de organización de la vida, que Marx no pudo prever en todos sus detalles y no pudo valorar en toda su trascendencia. Tenemos, por ejemplo, un hecho que Marx sí previó correctamente, pero cuya repercusión no valoró correctamente ni podía valorar con exactitud sin medios sobrehumanos: la enorme expansión del comercio mundial producida por el capitalismo, la incorporación de los países de ultramar no sólo al comercio mundial —esto ya existía antes—, sino a la producción y al intercambio de bienes, que normalmente producimos y obtenemos en Europa. El enorme incremento de la producción de bienes, a ello asociado, se ha desarrollado con toda su fuerza después de que hubiera sido escrito *El Capital* y de que Marx hubiera sacado sus conclusiones partiendo de un comercio económico mucho menos desarrollado y de después de que hubiera establecido una serie de conclusiones, que en parte han sobrevivido.

Para ver lo enorme que es hoy la producción y el comercio de bienes y cuán grandiosamente se han desarrollado el comercio mundial, voy a citar algunos datos de mi patria, Alemania. El comercio exterior de Alemania en 1880 no alcanzaba los seis mil millones de marcos; es decir, se ha multiplicado por tres, mientras que la población ha aumentado sólo aproximadamente un 40 %. Y este comercio exterior, en lo que se refiere a la exportación, es principalmente exportación de productos industriales alemanes. Podría decirse que la industria alemana ha crecido, en sus empresas y fábricas más grandes,

más allá de los límites estatales; aquéllas abastecen el mercado mundial, no sólo el propio país. Tenemos industrias en Alemania que envían al extranjero hasta dos tercios de su producción, vendiendo en Alemania menos de la mitad de su producción. Cuatro años después de la muerte de Marx, en 1887, el tráfico de mercancías de los *ferrocarriles* alemanes con el extranjero sumó 18,89 millones de toneladas; dieciocho años después, en 1905, alcanzaba los 43,6 millones de toneladas. El *movimiento marítimo* en los puertos alemanes, que en 1883 alcanzaba los 15,51 millones de toneladas en barcos entrantes y salientes, se elevó en 1905 a 38,33 millones de toneladas.

Un ejemplo de qué clase de relaciones se ha desarrollado en el mercado mundial y de cómo se han formado nuevas formas de relación lo da el cuadro de una industria totalmente moderna, que Marx sólo conoció en sus comienzos: la industria de la electricidad, la fabricación de máquinas eléctricas y el establecimiento y explotación del suministro de fuerza y luz eléctricas. Una de las mayores compañías de esta industria en Alemania es la Compañía General de Electricidad de Berlín. En 1907 tenía un capital en acciones de 100 millones, que según la cotización en bolsa representaba un valor de 220 millones de marcos; además poseía un capital en obligaciones de 37 millones y una reserva de 47 millones de marcos; por tanto, tenía, prescindiendo de la cotización en bolsa, un capital de inversión y de explotación de 184 millones de marcos. Esta Compañía General de Electricidad participa en la Compañía de Centrales Eléctricas de Berlín, que suministra electricidad a la mayor parte de Berlín y tiene un capital total de 114 millones de marcos, pero cuyo valor en bolsa es asimismo mucho más elevado. Además, a través de la posesión de acciones, tiene de hecho la dirección de un banco fundado por ella

(*Bank für Elektrische Unternehmungen*), que tiene su sede en Zúrich porque allí hay que pagar menos impuestos y se evitan algunos controles molestos. Financia empresas eléctricas en todo el mundo, que tienen que adquirir sus máquinas, etc., de la Compañía General de Electricidad de Berlín y tiene participaciones, mediante la posesión de acciones, en alrededor de otras veinte empresas. Además, existe como filial de la Compañía General de Electricidad una empresa —*Elektrizitäts-Lieferungsgesellschaft*—. Asimismo, la Compañía tiene un contrato de reciprocidad —se puede elegir un nombre menos inofensivo para eso— con la mayor compañía eléctrica de los Estados Unidos, la *General Electric Company*. Las dos poderosas compañías se han repartido, por así decir, el mundo para su mercado exterior: «Vosotros esta mitad de la tierra, nosotros la otra.» Así, ninguna invade el terreno de la otra en sus pretensiones de conquista. La Compañía General de Electricidad está, a su vez, en una relación de cartel con la segunda gran compañía eléctrica de Alemania, la empresa que lleva en primer lugar el nombre del gran inventor Werner Siemens —hoy están en la dirección ante todo comerciantes—, la empresa Siemens y Halske, que está estrechamente relacionada con la compañía Siemens-Schuckert en el sur de Alemania, cuyo capital se eleva a 110 millones de marcos. Otra empresa secundaria del *holding* Siemens tiene un capital de 15 millones de marcos y además controla un *Elektrobank*, fundado por ella, que le suministra cierta financiación. Hace poco tiempo estas dos grandes *Verbindungen* han firmado un convenio secreto, para proceder en común en las licitaciones públicas, con algunas de las mayores empresas eléctricas, entre las cuales la más importante es la firma Felten-Guillaume & Lahmeyer, en Francfort del Meno, cuyo capital nominal suma los 80 millones de marcos, pero al que se añaden los

capitales de una serie de fábricas que constituyen la clientela de esta sociedad. Un auténtico «rey de las ratas» de gigantescas compañías monopolísticas está de este modo asociado y conjurado en Alemania, para someter, si fuera posible, a toda la industria de la electricidad no sólo de Alemania, sino de una gran parte del resto del mundo. Y tal como está esta moderna industria están asimismo nuestras grandes empresas siderúrgicas, asociadas en el consorcio siderúrgico mundialmente conocido; tenemos consorcios en la industria textil, en las industrias papeleras y de impresión, etc., que dedican su actividad, además de al mercado interior, al mercado exterior, y han extendido sus redes más allá de las fronteras nacionales, con lo que el empleo de los obreros ha caído en una dependencia del mercado mundial insospechada anteriormente.

En resumen, el desarrollo reciente ha creado formas de organización de la industria y del comercio que Marx no conocía todavía ni podía conocer. Cuando Marx escribía, las empresas que tenían entre 1.000 y 2.000 obreros eran ya inusualmente grandes; ahora tenemos empresas con 20.000, 30.000 y hasta 40.000 obreros. Es interesante ver cómo se refleja este hecho en el pensamiento de los obreros de las industrias más avanzadas. Nuestras estadísticas oficiales alemanas distinguen entre empresas pequeñas, medianas y grandes. Consideran empresas pequeñas aquéllas que tienen hasta 5 personas, medianas las que tienen entre 6 y 50, y grandes las que cuentan con más de 50 personas. Esto en las estadísticas oficiales. Y ahora veamos la opinión de los obreros. Hace siete años, en 1902, los obreros del metal de Berlín prepararon para sí mismos una estadística de la situación laboral y salarial en Berlín. En esta encuesta, publicada como libro, se encuentra asimismo la clasificación en empresas pequeñas, medianas y grandes. Pero los obreros

consideraban como pequeñas empresas todas aquéllas que contaban con *¡hasta 100 personas!* Las empresas medianas comprenden, para ellos, entre 101 y 500 personas ¡y sólo a partir de 500 personas comienza para ellos una gran empresa! Esto vino a manifestarse de una manera casi humorística en una asamblea de obreros del metal, a la que yo asistí y en la que, después de la conferencia, se discutió la situación en distintas fábricas. Un obrero describió la situación en una empresa determinada y, con un movimiento que expresaba desdén, dijo: «Os podéis imaginar qué tipo de negocio es; sólo tiene unos 100 empleados.» Una empresa con 100 obreros presupone ya un millonario como propietario de la misma. Pero a los ojos del obrero una empresa de «sólo unos 100 obreros» no significaba mucho más que antes el negocio de un pequeño tendero.

Tan colosalmente han cambiado las cosas. En 1850 se utilizaban en la industria casi exclusivamente máquinas que desarrollaban hasta 30 caballos de fuerza; hoy se emplean en la gran industria máquinas de hasta 30.000 caballos. A eso hay que agregar hoy la utilización de la electricidad como inductora de la transformación de los materiales, la *electroquímica*, que ha generado ramas de la producción totalmente nuevas. Todo esto se halla todavía en línea recta con el esquema evolutivo de Marx, aunque éste no pudiera describirlo con anticipación, y se cita por la ortodoxia del marxismo como muestra de la rectitud de la teoría. Pero ha tenido, sin embargo, una repercusión sobre las relaciones económicas, sobre las condiciones de la lucha de la clase obrera y sobre las posibilidades y formas de la revolución social una trascendencia no tomada en consideración por Marx.

¿Se pueden estatizar industrias mundiales?  
¿Qué significaría eso? ¿Puede el Estado hacerse cargo de empresas cuyos negocios son en gran parte

de naturaleza especulativa? ¿Puede el Estado hacerse cargo de empresas que se presenten como competidoras en el mercado mundial con sus productos y sus posibilidades de exportación y que desarrollen todas las buenas cualidades de la competencia moderna en su lucha por las ventas y por los encargos? Y si el Estado no puede ni quiere, ¿se puede correr el riesgo de entregar estos negocios a su ruina en medio de una catástrofe social, negocios que ocupan un lugar tan importante en la economía moderna, que, en conjunto, ocupan a un ejército de obreros y sobre cuya existencia descansa una gran parte del bienestar del pueblo? ¿También esto resulta imposible! Tienen que aplicarse otros medios y otros métodos totalmente diferentes para ponerlos paulatinamente bajo un fuerte control de la sociedad, la cual sólo poco a poco logrará dominarlos por completo. Esto lo han experimentado, entre otros, los obreros de los centros industriales rusos en un movimiento realmente revolucionario.

La Revolución rusa —que se inició tan grandiosamente y con tanta esperanza en 1905 y de la que en cualquier caso podemos decir una cosa, que no todo lo que ella logró ha podido ser eliminado, que algo ha permanecido a pesar de la brutalidad de la reacción zarista—, esta Revolución rusa convirtió a los obreros en la fuerza dominante en la industria en los grandes centros industriales de Rusia, en Jarkov, Rostov, Moscú, Petersburgo, Varsovia y en especial en Lodz, el Manchester ruso. El poder de los zares se hallaba por los suelos; toda la autoridad de los funcionarios y de la policía estaba quebrantada; se llegó a la situación de que la policía dijera a los fabricantes: «¡Mirad cómo os las arregláis con los obreros, nosotros no podemos ayudaros!» Hay fábricas en Lodz con siete u ocho mil obreros; en éstas los obreros fueron de repente casi los dueños. Los propietarios huyeron al extranjero y entregaron

la dirección de los negocios a apoderados y a técnicos de la empresa. Algunos de éstos fueron asesinados por los obreros; tendrían que haberse acomodado a sus condiciones para salvar el pellejo. Pero todo esto duró muy poco tiempo relativamente. En tales circunstancias viene indefectiblemente un momento en el que los propietarios de las fábricas les dicen a los obreros: «¡Por nosotros, quedaos con las fábricas; nosotros no las podemos dirigir más; lo que ocurra nos es indiferente!» Si no me equivoco, Kautsky, en la conferencia que dio aquí en Holanda al día siguiente de la Revolución, desarrolló la idea de que la entrega voluntaria de las fábricas por parte de los fabricantes sería una de las primeras consecuencias de la revolución de la clase obrera, y que los fabricantes dirían, en la forma descrita: «Bien, tomad las fábricas, ¡pero dejadnos en paz!» Ciertamente esto puede muy bien ser posible y, yo lo concedo, la expropiación resultaría muy barata por ese procedimiento. Pero la cuestión es si los obreros deben o pueden hacerse cargo de las fábricas, si el Estado no puede hacerse cargo de ellas, y si pueden hacerlas funcionar con éxito. Y, después de todo lo que hemos visto hasta ahora, llegamos necesariamente a la conclusión de que los obreros ni querrán, ni podrán, hacerse cargo de las fábricas. Las fábricas tan baratamente expropiadas serían en una revolución cáscaras vacías. En Rusia el poder de los obreros terminó cuando llegó el momento en que, al revés, los obreros dijeron a los fabricantes: «Nosotros lo reconocemos, sed ahora de nuevo los señores», y se sometieron tranquilamente a sus disposiciones<sup>2</sup>. La dictadura industrial de los obreros sim-

<sup>2</sup> Con gran reserva, pero de un modo más impresionante para el lector atento, ha presentado la cuestión el marxista ruso TSCHEREWANN en su escrito *Das Proletariat und die russische Revolution*, J.H.W. Dietz Nachf., Stuttgart. Sin embargo, a la parte económica misma sólo se le hace justicia a medias.

plemente no habría podido realizarse. La vida económica tiene ciertas leyes de vida, que la mera voluntad de los hombres no podía saltarse.

## 5. EL MARXISMO Y LA ORGANIZACIÓN SOCIAL

No son pensamientos antimarxistas los que estoy exponiendo; son conclusiones que, aunque el propio Marx no las sacó, están sin embargo en consonancia con la idea fundamental de su teoría. Una sociedad cuyas instituciones y costumbres descansan en milenios de evolución no se puede transformar de la noche a la mañana en una dirección totalmente diferente. Y no se puede, en concreto, porque el capitalismo no ha tenido los efectos que se han esperado de él durante mucho tiempo: que simplificara la sociedad en su estructura y organización, que creara relaciones sencillas. No, la sociedad se ha vuelto más complicada, la organización en clases se ha diversificado más, se ha ramificado cada vez más. Las pequeñas empresas en la industria y en el comercio no han sido destruidas, sólo han sido sobrepasadas y han cambiado en su naturaleza y posición económica. Es verdad que un montón de ellas han desaparecido, han sido destruidas o absorbidas por las grandes. Para no quedarnos en lo abstracto, voy a mencionar un ejemplo. Una industria que casi ha desaparecido por completo en su antigua forma en los países modernos dominados por el capitalismo es la hojalatería. El maestro hojalatero ya no hace hoy cacerolas, escudillas, etc.; éstas se hacen en la fábrica, a lo sumo él las vende. La antigua hojalatería ha tenido que abandonar una gran parte de su trabajo. Pero donde antes estaba el maestro hojalatero encontramos ahora pequeños, medianos y grandes montadores de instalaciones eléctricas.

¡Una industria de empresas pequeñas y con otras formas se ha desarrollado sobre el suelo de la gran industria! Algo similar podemos contemplar en muchos sectores industriales.

Todavía mayor es la permanencia de las empresas pequeñas en la agricultura. En la agricultura tanto la empresa pequeña como la mediana se han acreditado como más eficaces y más resistentes de lo que suponía la socialdemocracia anteriormente bajo la influencia de la teoría económica marxista. Marx había predicho el declive de la pequeña empresa en la agricultura, porque, cuando él hizo sus estudios económicos, en Inglaterra, el país capitalista más avanzado, la agricultura estaba sobre todo en manos de la gran propiedad. Pero esta gran propiedad se ha creado de manera artificial y se ha conservado gracias a peculiaridades del derecho inglés y a otras situaciones especiales de Inglaterra. En relación con esto, no se puede tampoco discutir que el cultivo de cereales, en concreto, muy extendido en la Inglaterra de entonces en regiones con amplias llanuras y planicies, garantiza a la gran empresa una superioridad significativa sobre la pequeña empresa.

Yo voy todavía más lejos, pues no tengo interés alguno en cerrar los ojos ante los hechos en virtud de alguna teoría preconcebida. Mi aspiración es conocer la verdad. Yo renunciaría inmediatamente a todas las afirmaciones que he pronunciado contra los marxistas ortodoxos si me convenciera de que no coinciden con los hechos. Por eso concedo un segundo punto. Considero creíble que, incluso en la ganadería, donde la empresa pequeña se muestra muy resistente, la mayor productividad con relación al trabajo humano empleado hay que encontrarla en la gran empresa y que, desde un punto estrictamente matemático, la gran empresa se mostraría, por tanto, como superior. Pero entra otro factor en

consideración, que desempeña un gran papel en este mundo y que no debe ser ignorado, concretamente el factor psicológico en el trabajo. Tomemos una gran empresa ganadera. El ganado tiene que ser cuidado también durante la noche. Según las circunstancias, hay que limpiarlo, darle agua y comida; en todo caso, hay que vigilarlo. En la gran empresa esto lo hace un obrero asalariado, un criado, y para él esto es *trabajo*, que como tal lo mira —lógica y correctamente— y quiere que se le pague por ello, pues él no hace el trabajo por sí mismo, él no tiene ningún interés propio en ese trabajo. Vayamos ahora a una pequeña propiedad de un campesino pequeño o medio que tenga ganado. Al anochecer va todavía al establo y vela por el ganado. Pero esto no lo cuenta él ya como *trabajo*; para él es simplemente una *ocupación*, que le depara una cierta alegría la mayor parte de las veces, pues es *su ganado*, que cuida y protege. El consumo de fuerza física que innegablemente hace se compensa para él con el elemento psicológico o, al menos, se reduce considerablemente. Ésta es una de las razones por las que la pequeña empresa se mantiene, en relación con la gran empresa, extraordinariamente fuerte en la ganadería en todos los países, e incluso le gana terreno.

El censo alemán de fábricas e industrias de 12 de junio de 1907, cuyos resultados se han dado a conocer ahora por la Oficina de Estadística, ha comprobado que, en Prusia, han aumentado las medianas y pequeñas empresas agrícolas en más de un 10 % —en otras partes de Alemania las cifras son todavía más favorables—; el aumento no es sólo en cuanto al número de empresas, sino también en cuanto a la superficie cultivada. Sí, la superficie cultivada por este tipo de empresas ha crecido aún más que el número de empresas, mientras que el número y la superficie cultivada de las empresas grandes

han bajado<sup>3</sup>. Pero incluso la concentración en la industria, que ningún hombre puede negar, que ni siquiera el más empedernido conservador niega, porque los hechos hablan un lenguaje demasiado claro; incluso la concentración industrial no ha tenido como resultado la simplificación de la sociedad en su organización de clases. No ha reducido la cla-

<sup>3</sup> He aquí las cifras correspondientes de la estadística oficial:

	1895	1907	Aumento o disminución en %
Explotación minúscula (menos de 1/2 hectárea)	1.238.190	1.352.845	9,26
Explotación parcelaria (de 1/2 hasta 2 hectáreas)	809.923	748.132	-7,63
Explotación pequeña (de 2 a 5 hectáreas)	522.780	520.914	-0,36
Explotación mediana (de 5 a 20 hectáreas)	528.729	583.160	10,29
Explotación rural grande (de 20 a 100 hectáreas)	188.114	175.976	-6,45
Explotación grande	20.390	19.117	-6,24
TOTALES	3.308.126	3.400.144	-2,78

Según tales cifras, de estos grupos sólo aumentaron los más pequeños (parcelas de trabajadores, etc.) y las explotaciones medianas —este último es justamente el grupo de los campesinos pequeños y medianos—. De una recopilación detallada que, como la precedente, fue comunicada en la correspondiente estadística del Departamento estadístico imperial prusiano el 3 de marzo de 1909, resulta también que, de los dos grupos vecinos de las explotaciones medianas, aquellos grupos inferiores que se hallan más próximos de estos últimos se desarrollaron más favorablemente. Mientras que todo el grupo de las pequeñas explotaciones muestra un retroceso, su capa superior (de 4 hasta 5 hectáreas) aumentó en un 4,98 %, y en las grandes explotaciones rurales, que en total disminuyeron un 6,45 %, la disminución en el grupo inferior, de 50 hasta 100 hectáreas, es de 11,87 % (de 31.252 a 27.542), pero la de las explotaciones rurales más medianas, de 20 a 50 hectáreas, sólo de 4,31 % (de 155.439 a 143.949). Con respecto a la superficie de cultivo, los grupos medios revelan el siguiente movimiento:

se de los capitalistas; no, antes al contrario la ha *aumentado* considerablemente. Pues detrás de esas gigantescas fábricas, de las que hemos hablado antes, no hay un capitalista gigante; allí se mueve no un batallón sólo, se mueven varios batallones, no un regimiento, no varios regimientos, sino ejércitos enteros de copropietarios en la forma de accionistas de todos los grados.

He llamado la atención sobre este hecho en varios de mis escritos y, entre otras cosas, he señalado que el muy famoso truste del acero de los Estados Unidos, que con toda seguridad ha absorbido a cientos de fábricas, tiene tras sí a 50.000 accionistas. Yo he comunicado, y lo repito aquí, que las 21 hilanderías mayores de Inglaterra, que se asociaron hace diez años en un truste hilandero, han generado

Explotaciones	Superficie total de cultivo en 1.000 hectáreas		Aumento o disminución en %
	1895	1907	
De 4 hasta 5 hectáreas	448	475	5,91
De 5 hasta 10 hectáreas	1.947	2.233	14,70
De 10 hasta 20 hectáreas	2.797	3.144	12,43
De 20 hasta 50 hectáreas	4.553	4.497	-1,25

Según esto, en cada uno de estos grupos *aumentó* el promedio de la superficie de cultivo por explotación. No debe olvidarse tampoco que este resultado es en parte un efecto de la política de colonización prusiana en las provincias orientales —la parcelación de grandes propiedades con el propósito de colonización por campesinos alemanes en las zonas amenazadas por Polonia, así como de la acción opuesta de los polacos que también, según las posibilidades, crean propiedades rurales. Y así las cifras hablan claramente contra la teoría de la «desaparición de las explotaciones rurales».

Sobre la capacidad productiva de las explotaciones rurales pequeñas en comparación con la gran explotación en la ganadería, el doctor Arthur Schulz, quien a su vez es un agricultor práctico, nos informa de hechos dignos de atención en los *Sozialistische Monatshefte* (véase el artículo «Grossbetrieb und Kleinbetrieb in der Viehhaltung und Viehzucht», *Sozialistische Monatshefte*, fascículo 7, de 1909.

de esta manera una significativa concentración en su rama industrial, pero no han reducido el número de capitalistas porque el truste tenía alrededor de 4.500 accionistas de distintos tipos. Iguales hechos se pueden observar por todas partes en la industria; la forma impersonal de la propiedad ha crecido progresivamente. Incluso en las empresas que fueron originariamente creaciones de una sola persona, incluso en esas empresas, se está dividiendo la propiedad de generación en generación, primero en el seno de la familia del fundador, luego —al expandirse la empresa— transfiriendo cada vez más participaciones a personas ajenas a la familia. Y finalmente, para encontrar la forma adecuada a la propiedad colectiva que sea menos rígida que la sociedad por acciones, se ha desarrollado en Alemania y en otros sitios la sociedad de responsabilidad limitada. Como un ejemplo típico del incremento del número de propietarios de empresas individuales a causa del crecimiento de estas últimas puede servir la historia del *Times* londinense. Esta conocida empresa fue fundada en Londres hace un siglo y cuarto por un hombre llamado John Walter; se fue transmitiendo por herencia en acciones cada vez más divididas a sus sucesores y también a destacados miembros de la dirección de la empresa. Así fueron cambiando de mano en mano participaciones del 1/32, del 1/64, sí, incluso del 1/128, hasta que el periódico se convirtió hace unos años en una sociedad de responsabilidad limitada. Procesos similares se dan en muchas otras grandes empresas. La antes citada empresa de Siemens y Halske pertenecía originariamente a dos personas, Werner Siemens, que era un excelente técnico, y el mecánico con participación comercial Halske. Posteriormente se amplió el círculo de propietarios con el ingreso de los hijos de Siemens en la empresa; otras personas obtuvieron participaciones, y de la simple participación sur-



gió una *sociedad en comandita*. Pero también esta forma de propiedad resultó muy estrecha con el crecimiento de la empresa, y hoy es una sociedad anónima, cuyos accionistas, es decir, sus propietarios, se cuentan por cientos, si no por miles.

No existe ninguna estadística detallada de los accionistas. Pero el incremento de la clase de los accionistas aparece en la estadística de los *ingresos y patrimonios*. La estadística de los ingresos no muestra ahora una disminución sino un *aumento* del número de los ingresos *grandes y medianos*, y justamente un aumento *mayor que el incremento de la población*. En mi escrito *Las premisas del socialismo*, que, por lo que sé, también está traducido al holandés, he citado algunos datos de la estadística de ingresos de Prusia para ilustrar este fenómeno. Éstos fueron atacados, porque se basaban en dos cuotas impositivas diferentes, es decir, que habían sido tomadas de dos épocas que tenían leyes fiscales distintas. Pero esta situación no se podía evitar si no se quería dejar sin considerar por completo la época más reciente, o si no se querían comparar años muy próximos entre sí, para ofrecer un cuadro ilustrativo del movimiento. De todos modos, estoy de acuerdo con la crítica en que no se podía tomar aquella contraposición en términos absolutos, sino que ésta sólo tenía un valor relativo como prueba. Hoy podemos hablar con mayor seguridad.

En 1891 tuvimos en Prusia la última gran reforma del impuesto sobre la renta, la llamada reforma fiscal de Miquel, y en 1892 se recaudó por vez primera el impuesto sobre la renta basándose en esta nueva base. En el año 1906 se hizo alguna modificación en la ley, y desde 1908 se está manifestando esta modificación en la cuota impositiva. Si tomamos las cifras del primero y del último año en que estuvo en vigor, sin ninguna reforma, la ley Miquel, es decir, 1892 y 1907, encontramos que en este pe-

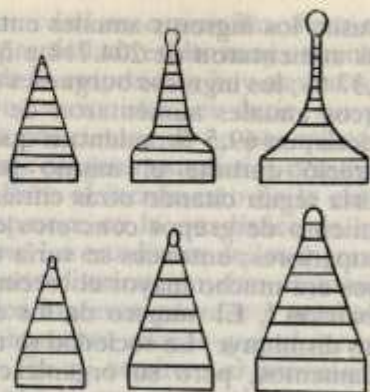
riodo, en Prusia, los ingresos anuales entre 3.000 y 6.000 marcos aumentaron de 204.714 a 369.046, es decir, un 80,37 %; los ingresos burgueses superiores a 6.000 marcos anuales aumentaron de 112.175 a 190.445, es decir, un 69,5 %, mientras que la población sólo creció durante el mismo período un 25,3 %. Podría seguir citando otras cifras y presentar el movimiento de grupos concretos de la clase con rentas superiores; entonces se vería que en todos los grupos era mucho mayor el crecimiento que el de la población<sup>4</sup>. El número de los capitalistas aumenta y no disminuye. La sociedad se transforma en sus fundamentos, pero su organización no se vuelve más sencilla.

La diferencia entre la opinión extendida originariamente en los círculos socialistas sobre la evolución de los ingresos y de la riqueza y la evolución real pueden ilustrarla dos gráficos.

<sup>4</sup> Lo que no resultaba conveniente en la conferencia, para no cansar a los oyentes con la lectura de demasiadas cifras, puede recuperarse ahora para completar la exposición. De los ingresos superiores a 6.000 marcos, los grupos concretos muestran la siguiente evolución:

	1892	1907	Aumento en %
Burgueses medios moderados: 6.000-9.500 marcos	63.112	90.145	42,8
Burgueses medios altos: 9.500-30.500 marcos	40.618	79.630	96,1
Grandes burgueses: 30.500-100.000 marcos	6.665	17.109	156,7
Ricos: más de 100.000 marcos	1.780	3.561	100,0
TOTALES:	112.175	190.445	69,5

El impuesto sobre la renta, «impuesto suplementario», mostró entre 1895 —cuando acababa de imponerse— y 1908, en las capas que se pueden caracterizar como *propietarios*, un desarrollo similar:



El gráfico superior corresponde a la parte teórica del Programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana. Este programa, que fue concebido en 1891 por Karl Kautsky con mi colaboración, refleja la idea que teníamos los socialistas de la evolución

	1895	1908	Aumento en %
Propiedad moderadamente burguesa: 32.000-52.000 marcos	162.262	203.818	25,6
Propiedad burguesa alta: 52.000-200.000 marcos	179.862	240.391	33,7
Gran propiedad burguesa: 200.000-500.000 marcos	29.373	43.336	47,5
Riqueza: más de 500.000 marcos	13.631	21.002	54,1
<b>TOTALES;</b>	<b>385.128</b>	<b>508.547</b>	<b>32,0</b>

En todos los grupos el aumento superó la proporción del incremento de la población, que ascendió a poco más del 20 %.

De todos modos puede ser que una parte de este aumento de los contribuyentes se haya producido por una aplicación más precisa del método de tasación. Aún así, el hecho de que las clases señaladas aumenten en lugar de disminuir no admite discusión. Todo el desarrollo de la vida moderna suministra pruebas de ello.

de la sociedad antes. Como punto de partida tenemos una pirámide social, que está compuesta de un bloque y un cono que se eleva sobre él con regularidad.

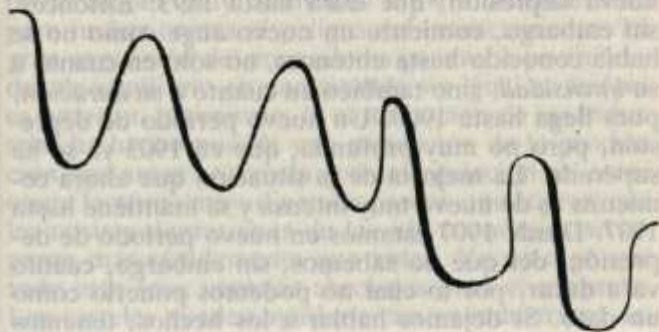
El bloque es la clase de los obreros asalariados, el cuerpo o cuerpos medios son las clases pequeño-burguesas y las clases burguesas medias; el cuerpo superior, la punta, representa a la clase de los grandes propietarios y de los grandes capitalistas. Según el Programa de Erfurt, el desarrollo debería conducir o haber conducido a que la pirámide se fuera acercando cada vez más a la figura, que en el mundo especializado se conoce como *cuello de botella*, de modo que el vértice creciera en forma de cabeza, la parte central se estrechara como un cuello y el bloque inferior adoptara una forma cada vez más maciza, tal como muestran las otras dos pirámides del gráfico superior. Un economista burgués, el profesor Julius Wolf, en Breslau, se ha dado el gusto de diseñar un cuadro —como última consecuencia de esta teoría— que sólo muestra arriba la gruesa cabeza de los millonarios y abajo el bloque gigante de los obreros, mientras que las capas medias desaparecen por completo, sin formar siquiera un cuello del grosor de un cabello. Es evidente que a esa situación no se podría llegar nunca. Pero las partes medias no se han reducido realmente en absoluto. El grupo inferior de pirámides, que está en la base de la tendencia actual de la organización de las clases sociales, muestra precisamente una variación de la forma de la pirámide, pero la forma *sigue siendo* en lo esencial *un cono*. La parte superior ya no es aguda sino roma, la clase de los grandes capitalistas se ha hecho más fuerte, pero, por lo demás, se pueden encontrar las capas intermedias casi en la misma graduación; ningún miembro de las capas entre la clase obrera y los muy ricos ha disminuido sensiblemente.

De este hecho se ha deducido la conclusión de que, con semejante evolución, todo estaría bien y los socialistas ya no tendrían motivo alguno para quejarse de la marcha de las cosas. Pero esto es totalmente falso. Véase con mayor detenimiento la tercera pirámide de abajo. El bloque sobre el que se levanta el cono ha crecido poderosamente; la clase de los proletarios, la clase de los que trabajan por un salario, ha aumentado enormemente, y además ha crecido todavía más un segundo elemento: *el tamaño de la distancia entre arriba y abajo*. Mi gráfico sólo da, dicho sea de paso, un cuadro de la tendencia que se realiza ante nuestros ojos; no tiene ninguna pretensión de exactitud matemática. También se podría ilustrar esta evolución con un acordeón colgado, en cuya parte inferior se hubiera puesto un peso, al mismo tiempo que una fuerza algo superior tirara hacia arriba.

Las partes superiores —la clase de los ricos— suben muy rápidamente hacia el vértice; fortunas cada vez mayores se reúnen en unas pocas manos. Las partes intermedias siguen, ninguna cae fuera, pero cuanto más descendemos, más lento es el movimiento de elevación; el más lento se produce entre los obreros. También aquí se produce una cierta elevación; la parte inferior no ha caído más abajo; para la clase obrera la situación no está positivamente peor que antes, pero la distancia entre arriba y abajo se ha hecho enorme y ha elevado el malestar social. No obstante, las capas que están en los niveles superiores, la masa de los capitalistas, están consideradas —o lo van siendo— *en cuanto* capitalistas como parásitos económicos en medida creciente— lo que quizá también quieran ser en cuanto hombres—; parásitos sin ninguna relación funcional con el trabajo productivo, que participan solamente como accionistas en la ganancia de las empresas, pero sin tener ninguna responsabilidad respecto a ellas.

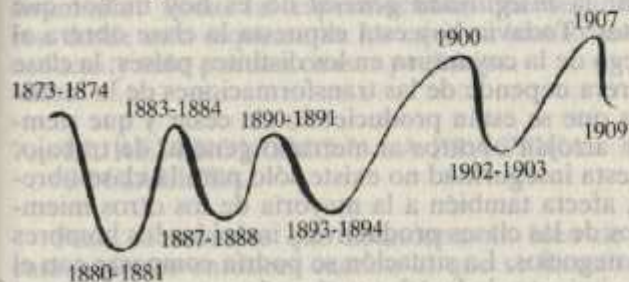
## 6. LA TEORÍA DEL DERRUMBAMIENTO

Pero tampoco se han cumplido las hipótesis marxistas en un segundo punto. Quien lea el Programa Erfurt se encontrará en el cuarto punto de la primera parte la siguiente frase: «El abismo entre los poseedores y los desposeídos —no hay todavía un abismo, si se entiende el término desde un punto económico y no moral— se hará aún más profundo a causa de las crisis fundadas en la naturaleza del modo de producción capitalista, que serán *cada vez más amplias y devastadoras*.» Esto lo creían casi todos los socialistas cuando fue redactado el Programa de Erfurt. Teníamos la idea de que el desarrollo económico, en relación con las coyunturas, iba a tomar el camino de una espiral, que se haría cada vez más estrecha. Éste es el sentido de esa frase, a cuyos supuestos se le dio una formulación en el Programa de Erfurt. Si se quiere ilustrar gráficamente este Programa, se obtiene una curva, cuyos descensos se hacen cada vez más largos y cuyas elevaciones cada vez más cortas, siendo también cada vez más cortos los espacios de tiempo entre el comienzo de un buen período y el del estallido de una nueva crisis. Algo así como muestra el siguiente dibujo:



Una línea siempre descendente de las coyunturas. Pero ¿cómo ha sido la evolución real? Tenemos una estadística y una historia de las crisis, que nos dan información al respecto. Establezcamos por ello, en primer lugar, las crisis que ha tenido el Reich alemán desde su creación. De 1871 a 1873 tuvimos un auge grandioso, el famoso —o tristemente célebre— período de la fundación, en el que todo parecía nadar en oro y se invirtieron sumas de fábula en empresas dudosas. Luego comienza en 1874 un período de depresión, a consecuencia de la gran crisis de 1873, que dura hasta 1880-1881 —casi siete años— y que fue tan devastadora —yo la viví como empleado de banca y socialista activo— que, en términos proporcionales, hubo más desempleo y miseria que en todas las crisis posteriores. Sólo en 1881 se hizo visible un cierto auge, pero resultó muy débil y no duró mucho tiempo, pues encontró su punto álgido en 1883. Entonces hubo una nueva depresión que duró hasta 1887-1888, casi tan larga como la depresión de 1874 a 1880. Un nuevo auge, que tiene como consecuencia fuertes movimientos de los obreros, pero dura escasamente tres años, es decir, hasta 1890-1891. En 1891 ya se ha pasado el esplendor, y es ése el año en que se redacta el Programa de Erfurt. Es ése el primero de los años de una nueva depresión, que dura hasta 1893. Entonces, sin embargo, comienza un nuevo auge como no se había conocido hasta entonces, no sólo en cuanto a su *intensidad*, sino también en cuanto a su *duración*, pues llega hasta 1900. Un nuevo período de depresión, pero no muy profunda, que en 1903 ya se ha superado. La mejoría de la situación que ahora comienza es de nuevo muy intensa y se mantiene hasta 1907. Desde 1907 estamos en nuevo período de depresión, del que no sabemos, sin embargo, cuánto va a durar, por lo cual no podemos ponerlo como un dato. Si dejamos hablar a los hechos, tenemos

ante nosotros una curva muy diferente de la que indicaba el Programa de Erfurt; precisamente una línea de los períodos coyunturales más bien ascendente que descendente. Obsérvese el gráfico que se corresponde con la marcha real de la coyuntura explicada y compárese con el gráfico tal como lo indicaba el programa:



Resulta un cuadro muy diferente, una evolución muy distinta de la coyuntura que la socialdemocracia tenía ante sus ojos con anterioridad. Fuerzas contrarias, que antes no existían en igual medida, han debilitado la fuerza de los factores de crisis. La riqueza de la sociedad ha aumentado tan descomunadamente y se ha extendido tanto que, hoy, ofrece posibilidades muy diferentes a los años anteriores para luchar contra el peligro del estancamiento. La gran expansión del mercado ha generado posibilidades de equilibrio en una medida sin igual en la época anterior. Asimismo, la cartelización de las industrias ha hecho posible una regulación de la producción que antes no existía, y esta regulación así como otros factores muy diversos parece que logran que las crisis y depresiones de la vida económica se superen más rápidamente que antes. Yo no digo que todo esto sean ventajas absolutas para el conjunto. Los carteles pueden ayudar a ciertas industrias a sa-

lir de la crisis, pero incrementan su influencia sobre otras industrias manteniendo artificialmente el nivel de los precios, mientras que en las crisis de antes la caída de los precios solía tener efectos provechosos. Y, si en la actualidad la línea de la coyuntura está mejor, sigue subsistiendo, sin embargo, un elemento respecto del que el Programa de Erfurt tenía razón: la *inseguridad general* no es hoy menor que antes. Todavía hoy está expuesta la clase obrera al juego de la coyuntura en los distintos países; la clase obrera depende de las transformaciones de la industria que se están produciendo sin cesar y que siempre arrojan obreros al mercado general de trabajo. Y esta inseguridad no existe sólo para la clase obrera; afecta también a la mayoría de los otros miembros de las clases productivas, incluidos los hombres de negocios. La situación se podría comparar con el movimiento de las olas y cómo lo provocan las tempestades en un lago o en el océano. Si la tempestad levanta olas en un lago, se presenta un cuadro terrible, según las circunstancias: las olas y la destrucción que ocasionan parecen enormes, teniendo en cuenta la dimensión mediana del lago. Otra tempestad puede levantar en el océano olas mucho mayores y ocasionar mucho más daño, pero, respecto al conjunto total que representa el océano, habrá de parecer insignificante. ¿Qué es el individuo en el océano? También sin crisis el obrero de hoy es arrojado de aquí para allá en el océano de la economía mundial; en la vida económica la existencia se ha vuelto para el individuo más apremiante, insegura y amenazante. Las olas devoran diariamente una gran cantidad de víctimas, mientras que sube, al parecer imperturbable, la marea de la economía mundial.

No hay que olvidar esto si no se quiere que la realidad, que ha hecho que el viejo esquema de la evolución de las crisis ya no se pueda sostener, nos induzca a un optimismo engañoso. Pero hay que

abandonar ese esquema, y con él caerán todas las expectativas de futuro que se habían formulado sobre su base, sobre todo la idea de una gigantesca catástrofe económica, que iba a colocar a la sociedad moderna ante su ruina inmediata, ante su derrumbamiento total. Esa idea no sólo no ha ganado en probabilidad, sino que la está perdiendo progresivamente. Todas las especulaciones que se urdieron desde este esquema de las crisis se han tornado caducas y sólo pueden causar perjuicios.

## 7. EL REVISIONISMO Y LA PRÁCTICA SOCIALISTA

Pero, si tenemos que abandonar la idea de la catástrofe, es entonces cuando lo que se llama *trabajo socialista actual* recibe, evidentemente, un *valor añadido*. Pues ese trabajo ya no tiene un mero valor paliativo, en la medida en que resultara adecuado para mantener a los obreros preparados para la lucha hasta la gran catástrofe, sino que se convierte en un *trabajo previo* fundamental. Éste es un punto capital, en el que el revisionismo se distingue de la antigua concepción de la socialdemocracia, es decir, en la elevada valoración de lo que pertenece ahora al trabajo socialista actual: una elevada valoración del trabajo parlamentario, no tanto como movilización, aunque ésta también tenga su justificación, sino con relación a resultados legislativos positivos; con relación al logro de leyes dirigidas a producir las más profundas modificaciones posibles en el derecho y en la economía; una mayor apreciación de la significación social de los sindicatos desde el punto de vista de todas las funciones que son capaces de realizar en la vida económica; un elevado interés por la extensión y ampliación de sus organizaciones y, asimismo, un interés por la expansión y

extensión de las cooperativas obreras de consumo. Todos los trabajos de este tipo adquieren una significación muy distinta y mucho mayor que antes, cuando se abandona ese esquema de las crisis y las especulaciones sobre el gran derrumbamiento económico y cuando se representa la sociedad tal como en realidad se ha desarrollado.

Ahora bien, contra esta constatación se ha dicho desde otra parte lo siguiente: ¡todo lo que ahí se señala como trabajo actual y presente, ya se ha estado haciendo, ya lo está haciendo la socialdemocracia ahora! Hasta cierto punto, eso es cierto. Pero sólo hasta cierto punto. Existe una diferencia: bajo qué premisas se hace ese trabajo. Cuando apareció mi libro sobre las premisas del socialismo y se encontró con ataques durísimos, un socialista polaco, el Dr. Lad Gumpłowicz, dijo en una reunión en Londres: «Lo que Bernstein recomienda, ya lo hemos hecho antes, pero lo hemos hecho con medio corazón y con mala conciencia socialista. Bernstein nos ha puesto en situación de hacerlo con todo el corazón y con buena conciencia socialista.» Naturalmente no tengo yo que decir si esta observación es atinada, pero acertaba en cuanto a la intención, y estas palabras de un compañero de lucha hasta entonces desconocido para mí fueron el mejor pago que podía darse a un escritor político.

En realidad, las condiciones reales de su lucha y su propio crecimiento han conducido al movimiento socialista —tal como se puede comprobar históricamente— al abandono de uno tras otro de sus juicios primeros, que aún habían crecido sobre un suelo medio utópico. Originariamente los socialistas pensaban que los parlamentos no interesaban a los obreros, que las cosas que allí se discutían eran asuntos insignificantes, que nada tenían que ver con las grandes metas socialistas. Luego se acudió a los parlamentos, pero se consideraba sin sentido, cuan-

do no perjudicial, formar parte de las comisiones parlamentarias. Pero ahora, cuando los partidos socialistas han logrado una significación en los parlamentos, se ha aceptado la idea de que la clase obrera tiene que trabajar en todos los cuerpos legislativos y administrativos con todas sus fuerzas y que debe aspirar a llenarlos cada vez más con su propio espíritu. Esto es lo que ha ocurrido en este aspecto, y ocurrirá en otros aspectos más. Derrotado en los congresos por el poder de la tradición, el revisionismo se impone, sin embargo, victorioso en la práctica. Ahora vienen algunos de mis camaradas del partido socialista y me dicen: todo esto suena hasta aquí muy bien, pero con este pequeño trabajo se pierden del horizonte los grandes puntos de vista, las grandes ideas sintetizadoras; y si además les quitas a los obreros el *objetivo final* socialista, entonces las cosas irán a peor en este punto.

Mi respuesta a este frecuente reproche es que los obreros modernos no son ningunos niños a los que haya que mostrarles la luna para tener una influencia estimulante sobre ellos. La clase obrera moderna, que madura, que está ya madura en algunas capas grandes, no necesita ninguna utopía; también se le puede animar a la lucha socialista sin necesidad del confuso «objetivo final». Lo que hay que mostrarles a los obreros, para infundirles entusiasmo y sensibilidad por las grandes metas, es otra cosa totalmente diferente: en primer lugar, hay que mostrarles su significación creciente en la sociedad moderna, la *misión* histórica de su clase, que se pone de manifiesto en el hecho de que ellos forman hoy la única clase que, como tal, se enfrenta libre de prejuicios a todos los progresos reales del conocimiento, la técnica, la economía, etc.; la única clase cuyos intereses no están ligados a nada viejo ni envejecedor, mientras que el interés de otras clases de la sociedad sí lo está, clases que son en parte reac-

cionarias y quieren conservar lo caduco, pero que en parte participan a medias del progreso, pues con el progreso tienen que perder, como clases, lo uno o lo otro. Sólo los obreros están ligados, en cuanto aparecen como clase, al progreso social desde todos los aspectos; ellos son la vanguardia más segura, como ya lo expresó bellamente Lassalle en las palabras que dirigió a los obreros en el *Programa obrero*: «Ellos son la roca sobre la que ha de construirse la iglesia del presente.» Si se les dice esto a los obreros y se les muestra la probabilidad de un ascenso continuo, que quizá se realice lentamente pero que lo tienen asegurado a consecuencia de su propia importancia social creciente y en la medida en que actúen unidos; si se les muestra esto, se les está señalando un gran objetivo que ha de tener un efecto tanto mayor cuanto que es un objetivo en el que también puede creer el crítico desapasionado. Miremos una vez más el cuadro de la pirámide social tal como se ha desarrollado en la realidad. Arriba, el cono presiona sobre el bloque de la clase obrera y le impide un desarrollo completo. Los parásitos, que el cono encierra en número creciente, constituyen el peso que presiona al bloque. Pero éste se hace cada vez mayor, la clase obrera crece proporcionalmente más que las otras clases, el bloque se aproxima progresivamente al cono en extensión, y su capacidad de defensa se hace cada vez mayor. Esto es preciso mostrárselo a los obreros. Con estas indicaciones no se les quita su entusiasmo de trabajar con nosotros, los socialistas; no se les quitan los grandes puntos de vista, sólo se les está mostrando cómo hay que luchar en la sociedad realmente y se les está despertando la confianza en sí mismos, la cual, incluso en un avance lento, puede encender los espíritus para tensar al máximo sus fuerzas.

La vieja perspectiva que las explicaciones marxistas sobre el derrumbamiento de la sociedad nos

alumbraban a los socialdemócratas —que somos todos realmente discípulos de Marx y Engels— daba la imagen de un ejército que fuerza el paso hacia adelante con muchos rodeos, sobre rocas y maleza, pero que, sin embargo, siempre es conducido hacia atrás, hasta que finalmente llega a un gran abismo, al otro lado del cual se vislumbra la meta aspirada, el Estado del futuro, que hay que conseguir a través de un mar embravecido —para muchos era un mar rojo—. Esta perspectiva se transforma ahora. Otro panorama se abre. La perspectiva que tenemos ahora ante nuestros ojos nos muestra la lucha diaria de los obreros, que se desarrolla y se repite a pesar de todas las persecuciones; el crecimiento del número de obreros, su crecimiento en poder social, en influencia política, a la que ningún partido puede ya sustraerse. Esta perspectiva nos muestra el camino de la clase obrera no sólo *hacia adelante*, sino simultáneamente *hacia arriba*; no sólo un fortalecimiento de la cantidad, sino también una elevación de su nivel económico, ético y político; nos muestra la creciente capacitación y actuación de los obreros como un factor codirigente en el Estado y en la economía. Y en el sentido de esta perspectiva ha actuado y actúa hoy muy decididamente esa orientación de la socialdemocracia, a cuyos seguidores se les llama revisionistas.

## APÉNDICE

### TESIS TEÓRICAS PARA EL PROGRAMA DE UN PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA

Como la conferencia se dirigía a un público general y yo no la quería dar una extensión que cansara a los oyentes, sólo pude tratar las cuestiones fun-

damentales del revisionismo y alumbrar algunas conclusiones que de ellas se derivan para la práctica socialista. Otras conclusiones, en cambio, tuvieron que quedar pendientes. Entre éstas está, por ejemplo, la cuestión de la actitud de la socialdemocracia respecto a los partidos burgueses y a las formaciones políticas intermedias, así como la cuestión, relacionada con la anterior, de si la socialdemocracia debe permanecer como un partido esencialmente de la clase obrera o si debe aspirar a convertirse en un partido socialista popular. Estas cuestiones están, en parte, prejuzgadas por los revisionistas debido al fuerte acento puesto en la idea de la evolución: revisionismo, una palabra que sólo responde básicamente a cuestiones teóricas, significa, traducido a la política, *reformismo*, política de un trabajo sistemático de reforma en contraposición a una política que cuente con una catástrofe revolucionaria como un estadio querido o que la consideren como un estado inevitable. Esta última política diferenciará a los partidos no socialistas, a lo sumo por razones oportunistas de utilidad; pero también respecto a los partidos vecinos tendrá una actitud de lucha, que será tanto más áspera y brusca cuanto más intensamente piensen la idea de la catástrofe. El reformismo, al rechazar la teoría de la catástrofe, se ve conducido a prever posibilidades y necesidades de cooperación con partidos no socialistas y adaptar su lenguaje de lucha según esta cooperación. En ese sentido, reformismo significa también *moderación*. Pero existe una creencia, que no se puede combatir con la suficiente energía, para la que moderación significa renuncia a medios enérgicos de lucha, una política débil de transigencia y de encubrimiento de las contradicciones. «¿Cómo puedes estar, como revisionista o reformista, a favor de la huelga política, de la toma de las calles y cosas similares?» A esta pregunta he respondido innumerables veces: «Estoy

a favor de esas medidas, *porque* estoy a favor de una política de reformas consecuente. Pues cuanto más claramente se sitúa en un primer plano esta idea, más eficaces resultan estos medios.» Una acentuación consecuente de la idea de la reforma hace innecesaria la difuminación del carácter de la socialdemocracia como partido de la clase obrera.

Yo soy totalmente de la opinión de que la socialdemocracia tiene que conservar este carácter. La conciencia de ser el partido de aquella clase de la sociedad que pende, en todas sus condiciones de existencia y desarrollo, del progreso económico como fundamento del progreso social y cultural es la que le garantiza la unidad de la *voluntad*, que forma el elemento más firme de la unidad de acción. Esa conciencia es la *brújula* indispensable para las complicadas cuestiones de la política, frente a las que la socialdemocracia tiene que tomar posición, como la política agraria, la política exterior, la política comercial, la política colonial, etc. Política de clase obrera no quiere decir contraposición absoluta a los intereses de todas las otras clases, sino que significa estar libre de los intereses específicos y especiales de todas las demás. La socialdemocracia puede hacer, por ejemplo, una política agraria que reporte también ventajas a los campesinos, pero no puede hacer una política agraria que signifique una política de clase de los campesinos. De esta manera sólo puede convertirse en «partido popular» en el sentido y en la medida en que los mismos obreros se conviertan en el elemento determinante del pueblo, para poder agrupar en torno a sí a otras capas populares distintas de las que pertenecen esencialmente a aquél. Que la clase obrera está en el mejor camino hacia ese objetivo lo muestra el censo profesional e industrial.

Este censo nos muestra que las clases de los obreros asalariados y de los empleados son las que



están creciendo más rápidamente en la población. Si las pequeñas empresas en la industria y en el comercio aumentan asimismo más rápidamente que la media de la población —en Prusia subieron las empresas que tenían de 2 a 5 personas, entre 1895 y 1907, de 593.884 a 767.200, es decir, un 29,2 %, mientras que el incremento de la población fue de un 19 %—, no hay que olvidar que un número considerable de esas empresas son partes de empresas mayores y que un porcentaje importante de pequeños empresarios se identifican hoy tanto más con los obreros, puesto que, si bien su clase se mantiene, los individuos dentro de ella se asientan sobre bases muy inseguras y reina en su interior un ir y venir muy fuerte. Si no se puede decir lo mismo de los campesinos, de la estadística de la página 105, resulta que, incluso la capa de las empresas agrícolas que se están desarrollando más favorablemente en cuanto a su número sigue por detrás del incremento de la población. Mientras que ésta creció en un 19 %, aumentaron las empresas agrícolas medias sólo un 10,29 % y las pequeñas incluso disminuyeron. Los campesinos no se hundieron por las grandes empresas agrícolas, pero sí descienden de rango como clase social.

Éstos son los puntos de vista con los que habría que revisar los programas socialdemócratas, que, siguiendo el modelo del Programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana, han intentado caracterizar más en detalle el desarrollo de la sociedad. Yo consideraría más conveniente renunciar en el programa del partido a semejantes detalles y poner, después de algunos principios generales introductorios, como los elaboró Marx tan magistralmente para el programa mínimo del partido obrero francés, sólo principios y reivindicaciones, poniendo, en cambio, la fundamentación teórica en manifiestos, los cuales posibilitan un tratamiento más preciso que los pro-

gramas, que hay que redactarlos efectivamente más breves. Pero, si se quiere mantener el esquema del Programa de Erfurt, entonces los principios teóricos tendrían que estar redactados de tal forma que la precisión científica no quede sacrificada a los efectos retóricos. Que esto que digo es perfectamente posible lo ilustran las tesis que redacté para la conferencia de Charlottenburg mencionada en el prólogo. Las incluyo a continuación, haciendo notar que se trataba de esquematizar el *pensamiento* y no de hacer un programa en su aspecto formal:

1. En los países civilizados del presente, el sistema económico capitalista domina la producción y el intercambio de bienes. La empresa equipada con grandes medios relega *por completo a las pequeñas empresas a un segundo plano*, especialmente en la industria y en el comercio. La capa de los pequeños empresarios independientes, de los pequeños campesinos, de los pequeños maestros artesanos, los pequeños comerciantes y demás pequeños fabricantes constituye una fracción cada vez menor de la población. En cambio, aumenta en forma progresiva la clase de los *obreros asalariados y de los empleados a sueldo* en las empresas capitalistas. Más de los dos tercios del incremento de la población están condenados a una dependencia económica permanente.

2. Para la masa de los que tienen un trabajo, y muy especialmente para los obreros asalariados, el capitalismo significa, además de la *dependencia, una inseguridad de la existencia creciente*. Transformaciones técnicas, que ahorran fuerza de trabajo humana, expulsan continuamente de su esfera a obreros cualificados; además, el cambiante juego entre coyuntura en alza y depresión, producida por el carácter especulativo de la economía capitalista, significa para la masa de los obreros y empleados un con-

tinuo cambio de sobretensión de las fuerzas y de desempleo. Pero cuanto más crezca la clase obrera, tanto más paralizador será el efecto del desempleo para el conjunto de la vida económica y enviará a la ruina a miles de fabricantes.

3. Es verdad que las modernas asociaciones del capital, los consorcios y los carteles, someten a la producción a una cierta regulación. Pero no lo hacen con el interés de *mantener precios elevados*, de asegurarse los *beneficios* más altos posibles en sus sectores industriales concretos. Como consecuencia de esto, no pueden eliminar los periódicos estancamientos, sino que sólo pueden *cambiar sus formas de manifestación*, mientras que el mantenimiento artificial de los precios *empeora aún más* los efectos del estancamiento para la gran generalidad de los obreros.

4. La producción capitalista ha conducido a un *aumento enorme de la riqueza social*. Pero esta creciente riqueza de la sociedad sólo en una parte muy reducida fluye hacia las clases obreras. En las diferencias formas del *beneficio* y de la *renta de la tierra* los *grandes propietarios* y las *clases poseedoras del capital* se llevan para sí cada vez mayores cantidades de plusvalía. Sigue aumentando el número de los que, en virtud de títulos de propiedad, disfrutan de *ingresos no generados por el trabajo* y, más todavía que el número de éstos, está creciendo su riqueza en capital. Patrimonios gigantes, como no se habían conocido en épocas anteriores, se amontonan en pocas manos; crece la *distancia entre los ingresos de la gran masa*, que lucha por un salario o por un sueldo similar a un salario, y los *ingresos de la aristocracia capitalista*, cuyo lujo aumenta desmedidamente y corrompe la vida pública.

5. Mientras que la *producción* y el *intercambio* adquieren, un creciente carácter *social* por el crecimiento de las empresas, la *relación de los propietarios* de éstas con sus empresas *se está enajenando* por el desarrollo de las formas colectivas de propiedad —sociedades anónimas y otras—. Una parte cada vez mayor del total del capital de la sociedad se convierte en propiedad de los *accionistas*, que *no tienen ninguna relación funcional* con las empresas y que sólo están interesados en el beneficio que devenguen, y que, por lo demás, permanecen indiferentes y sin ninguna responsabilidad ante ellas. Detrás de las grandes empresas monopolísticas hay un ejército de accionistas que aumentan su poder social pero que, consumidores de ingresos no generados por el trabajo, llevan una existencia de parásitos para la economía nacional.

6. Contra esta *proliferación del parasitismo*, contra la presión monopolista del capital, que se ejerce en una doble dirección, hacia el salario y hacia el precio, los obreros y los empleados, como individuos, estarían impotentes. Sólo a través de la *asociación política, sindical y cooperativa* pueden ofrecer una resistencia a estas tendencias opresoras. La libertad de asociación y el sufragio igual y democrático de todos son las condiciones previas necesarias para la liberación de los obreros en la sociedad capitalista.

7. De todas las clases sociales que se enfrentan al poder del capital, únicamente la *clase obrera* constituye un *poder revolucionario en el sentido del progreso social*. Las otras clases o capas anticapitalistas o son directamente reaccionarias —quieren detener la rueda de la historia o girarla hacia atrás en lo posible— o se mueven en contradicciones y medias tintas, porque ellas mismas son formaciones





mente no he alterado en nada su contenido, pues se trata de un trabajo nacido durante los primeros y esperanzados meses de la revolución, que, por el espíritu que lo anima, puede ser considerado en su forma como un documento histórico.

EDUARD BERNSTEIN

Berlin-Schöneberg, febrero de 1922.

## 1. ORIGEN Y TRANSFORMACIONES DEL CONCEPTO DE SOCIALISMO

Todo el mundo habla y escribe hoy de socialismo. Todos tienen más o menos una idea de lo que pueda ser el socialismo. Pero, si preguntamos a diversas personas qué es lo que entienden por socialismo, obtendremos respuestas de lo más dispares. Y no sólo de gente sencilla del pueblo, sino de personas instruidas y eruditas, y hasta incluso de especialistas en la materia. También en los manuales se nos dan casi sin excepción respuestas discrepantes entre sí. Aprovechando una vez la ocasión de que tenía que hablar sobre el socialismo ante socialistas, hice que varios oyentes escribieran antes brevemente en una hoja de papel qué pensaban que era el socialismo, y de los cinco a quienes pregunté obtuve cinco contestaciones distintas. Lógicamente, las diferencias no eran absolutas. Entre ellas no existía ninguna antítesis radical. La disparidad se debía únicamente a que cada uno de ellos había considerado el asunto desde diversos puntos de vista, desde distintos ángulos —el uno pensaba que éste era el aspecto más esencial, el otro creía que era aquél el más importante o de mayor alcance—.

Por medio de tales respuestas sólo se obtienen

imágenes incompletas de lo que es el socialismo. Puede que un cierto aspecto parcial quede más o menos exactamente caracterizado, pero nunca se llega a abarcar comprehensivamente el objeto en sí. Unos entienden el socialismo como un estado imaginado, otros como un movimiento, como un desarrollo; unos como una política, esto es, como un sistema político, otros como una teoría o un saber. Algunos asocian el concepto de socialismo con el de comunismo e interpretan el socialismo como una forma atenuada de comunismo, como un estadio previo al mismo; éste sería, por así decirlo, la consumación de aquél, el estado perfecto de existencia comunitaria.

¿A qué hay que atenerse, pues, en vista de tan heterogéneas interpretaciones? Para poder hacerse cargo de una manera concreta de estas diferencias, basta con recurrir al ejemplo que nos ofrecen dos conocidas obras lexicográficas en sus respectivas exposiciones del socialismo. En la enciclopedia *Meyer* se explica el socialismo en sentido amplio como «compendio de todos los intentos por eliminar las diferencias de clase dominantes en la sociedad»; en el sentido moderno y más estricto, como el «sistema económico» —donde antes decía «intentos» dice ahora «sistema»— que pretende someter la vida económica a una reglamentación colectiva y planificada mediante la sustitución de la propiedad privada por la comunitaria».

En el *Manual de las ciencias sociales*, por el contrario, se define el socialismo como un «estado de la sociedad en que, de manera predominante, la actividad económica se realiza con los recursos de la totalidad sobre la base de la propiedad colectiva». Aquí se habla de un estado, allí de un sistema y, además, de intentos. O sea, tres maneras distintas de interpretar la cosa.

Otra vez: ¿a qué hay que atenerse, pues?

Si echamos una rápida ojeada a la historia del socialismo, descubriremos que la palabra misma, el concepto de socialismo, es algo relativamente nuevo. Pues, en realidad, en la historia de la humanidad son ochenta o noventa años bien poca edad. La palabra «socialismo» aparece por primera vez a mitad de los años treinta del siglo XIX. Unos dicen que en Inglaterra, en la escuela del ilustre reformador social Robert Owen; para otros fue en Francia, en el círculo del gran filósofo social Saint-Simon. Tanto Robert Owen y su escuela como Saint-Simon y la suya fueron, en cuanto reformadores sociales, de ideas más o menos radicales. Pero no eran comunistas, sino más bien adversarios del comunismo, y fueron, sobre todo, enemigos de la lucha de clases. Eran moralistas y defensores de la armonía, es decir, fundamentaron sus doctrinas y, también, sus propuestas y reivindicaciones prácticas sobre principios éticos.

Apenas entrado en la literatura el término socialismo, que gramaticalmente procede de *societas*, se puso rápidamente de moda y fue utilizado en todas sus posibles conexiones, en todas sus acepciones imaginables. Louis Reybaud, el primer historiador de importancia del socialismo, titula su obra, aparecida a finales de los años treinta del siglo pasado, *Étude sur les réformateurs ou socialistes modernes (Estudio sobre los reformadores o socialistas modernos)*, y ofrece en ella una relación de sistemas socialistas, cuyo número aumentó posteriormente todavía más. En Francia, y de modo muy especial en los años treinta y cuarenta del siglo XIX, abundan los intentos, a menudo muy interesantes, de idear nuevas formas de socialismo. La brevedad que nos impone esta conferencia no nos permite entrar con detalle en estos y otros trabajos de escritores ingleses y de otras partes.

En el *Manifiesto comunista*, redactado por Karl

Marx y Friedrich Engels en el invierno de 1847-48, ya se critica toda una serie de degeneraciones del socialismo: socialismo feudal, socialismo conservador, socialismo burgués, socialismo pequeñoburgués, socialismo utópico; en el *Manifiesto* se examinan críticamente las formas más dispares de socialismo. Como se puede apreciar, el concepto de socialismo ya había sido objeto por entonces de las más heterogéneas y antitéticas aplicaciones.

En 1848, el año de la Revolución, irrumpe el concepto de socialismo en la política y pasa a ornar el nombre de algunos partidos políticos. En Francia se denominan socialistas los partidarios apasionados de la república radical —*démocrates socialistes*—, y posteriormente crea en Alemania el poeta demócrata Gottfried Kinkel, del que seguro que la mayoría sólo conoce hoy el nombre, la denominación «socialdemócrata». Es la primera vez que aparece esta palabra.

En 1850 surge en Inglaterra una escuela de reformadores que se autodenominan socialcristianos, la escuela de Frederic Denison Maurice y del poeta Kingsley, dos hombres que se sacrificaron mucho y actuaron de manera absolutamente desinteresada en favor no de una clase determinada, sino del socialismo, y que estaban convencidos de que podían fundamentarse en el cristianismo.

Luego, en 1863, aparece en Alemania Ferdinand Lassalle. Se pone en marcha un nuevo movimiento obrero, que empieza luchando por el sufragio democrático y por la creación de cooperativas de producción financiadas por el Estado. Lassalle aborda en uno de sus discursos el tema del socialismo y declara que, si se quiere llamar socialismo a lo que él y sus seguidores quieren, pues bien, son socialistas. Y de verdad que era socialista. Tras la muerte de Lassalle, el nuevo movimiento saca una publicación con el título de *Der Sozialdemokrat*, y a partir

de ese momento adopta el nombre de movimiento socialdemócrata.

Nueve años más tarde, en 1872, surge en Eisenach una agrupación de representantes de la economía política conocidos bajo el nombre de «socialistas especulativos» (*Kathedersozialisten*). Estos socialistas de cátedra se mantienen apartados la mayoría de las veces de la lucha política. Hacia mediados de los años setenta aparece la denominación de social-conservador, y algo más tarde hay algunos reformadores sociales católicos y agitadores protestantes de orientación política conservadora que empiezan a llamarse socialcristianos. Por otro lado, un ala más radical de socialistas protestantes se da en la última década del siglo XIX el nombre de socialnacional. Como se ve, la palabra socialismo, en sus distintas acepciones, tiene ya una larga historia.

Sería alejarnos mucho del tema si me pusiera ahora a exponer cómo han aplicado el socialismo y el pensamiento social los diversos partidos o escuelas por mí nombrados. Lo mejor será que lo dejemos para los especialistas y nos ocupemos exclusivamente del socialismo tal como lo encarna hoy en Alemania ese gran partido cuyos miembros se denominan o simplemente socialistas o socialdemócratas.

\* \* \*

La socialdemocracia alemana venera a los dos grandes luchadores y pensadores Karl Marx y Friedrich Engels como reconocidos maestros y expositores de las aspiraciones y de la doctrina del socialismo. Uno de ellos, Friedrich Engels, escribió en 1876-1877 un trabajo polémico contra Eugen Dühring, que defendía en la Universidad de Berlín una forma peculiar suya de socialismo y había sido atacado duramente por Marx. Este trabajo, del que más tarde se publicaron algunos capítulos en un

opúsculo propagandístico, que todavía hoy no se puede menos de recomendar con todo encarecimiento, lleva por título *Die Entuicklung des Sozialismus von der utopie zur wissenschaft* (*Del socialismo utópico al socialismo científico*), y ofrece en la introducción la siguiente definición del socialismo:

Por razón de su contenido, el socialismo moderno es, en principio, el resultado de una forma de interpretación, por un lado, de los antagonismos de clase existentes en la sociedad entre poseedores y desposeídos, entre capitalistas y asalariados; por otro, de la anarquía reinante en el ámbito de la producción. Atendiendo a su estructuración teórica, sin embargo, aparece inicialmente como un avanzado y, supuestamente, más consecuente desarrollo de las tesis planteadas por los grandes ilustrados franceses del siglo XVIII.

¿Qué es lo que salta a la vista en esta definición? Quien la examine con detenimiento dirá de seguro: en ella no se especifica para nada la índole y naturaleza del contenido en sí. Lo único que se hace es señalar de qué *concepción* procede el socialismo y bajo qué configuración *aparece*, pero no se dice lo que éste es realmente. En ninguno de los escritos de Friedrich Engels o de Karl Marx se encontrará, realmente, una definición del socialismo en cuanto sistema. ¿Por qué no? ¿Es que no tenían una idea concreta y determinada del mismo, de su esencia? De que sí la tenían no cabe la menor duda. Lo que ocurre es que eran enemigos de toda construcción de un sistema para el socialismo; eran, por así decirlo, enemigos de toda configuración definitiva y cerrada del socialismo. El socialismo es para ellos un proceso de desarrollo social que se va realizando bajo circunstancias históricas concretas. No un programa, no un esquema, sino un *movimiento* que tiene por base material la actual forma de producción capitalista: eso es, según ellos, el socialismo. Como fuerza motriz tiene este socialismo la lucha de clases

del proletariado, esto es, de la clase obrera en la moderna sociedad capitalista.

¿Qué es lo característico de esta moderna sociedad capitalista y de su forma de producción? Lo característico es que en la sociedad capitalista no se produce en pequeños talleres —naturalmente que también en ellos, pero sólo de manera excepcional, no por regla general, y la regla general es lo que caracteriza a un estado de la sociedad—, sino en grandes empresas. Los bienes de consumo de la sociedad, en la medida en que no son productos agrícolas, son producidos en empresas capitalistas, que funcionan con medios capitalistas y en los que el trabajo, de forma más o menos acentuada, se realiza colectivamente o, como dice el propio Marx, *socialmente*. Las personas que trabajan en una fábrica moderna constituyen ya en su conjunto una especie de comunidad, agrupada en cada caso según un patrón muy perfeccionado de división del trabajo, pero en el que el personal de la empresa fabrica los productos como un todo, colectivamente, esto es, socialmente. La única diferencia consiste en que la dirección de la empresa y la apropiación de los beneficios son individuales. Ciertamente, hoy en día no siempre va a parar el beneficio neto a personas individuales, sino a menudo a grupos de capitalistas o a sociedades anónimas con miles y miles de accionistas; no obstante, en su conjunto constituyen una unidad frente a los obreros y empleados, y son personas totalmente distintas de las que producen en la empresa.

Este sistema —en el que existe una separación entre, por un lado, los productores, los obreros (a los que hay que añadir cada vez más a los empleados administrativos y técnicos), y, por otro, los poseedores, los dueños del capital (tanto personas individuales como grupos), de forma que la propiedad de los medios de producción está totalmente desvin-

culada de quienes producen— se basa en que del trabajo de los productores se origina una plusvalía especial, que es superior al precio de la fuerza de trabajo de quienes producen, y en que de esta plusvalía vive una clase social totalmente distinta. Y, como este sistema es sentido como un sistema de explotación, provoca la incesante, siempre de nuevo repetida, insurrección de los obreros y empleados. Se desata así, necesariamente, una batalla ininterrumpida por la plusvalía, que no es sólo una batalla entre capitalistas y trabajadores, sino también entre los propios capitalistas.

Considerado desde este último punto de vista, se trata de la rivalidad competitiva de los empresarios entre sí. Los unos tratan de eliminar a los otros del mercado a base de *dumping*, cosa que sólo puede salir bien a la larga reduciendo la parte alícuota de la plusvalía en cada una de las distintas unidades producidas, mediante el perfeccionamiento de los procesos de producción. Para poder intensificar cada vez más la división del trabajo y la especialización, hay que agrandar la empresa. Se amplían las explotaciones industriales (fábricas, plantas industriales de toda clase), y con esta ampliación crece, a la par, la dependencia de los obreros respecto de los empresarios. Esto se puede constatar con toda claridad allí donde tenemos la forma más moderna de producción capitalista, a saber, la unión de capitalistas en un cartel o truste; y allí donde, mientras no se organicen los obreros, mande y ejerza una fuerte presión sobre miles de ellos un grupo de grandes capitalistas. Otra consecuencia de esta competencia entre los capitalistas son crisis y paralizaciones de los negocios. Los medios de producción escapan al control de los productores. Por lo general, la producción que es en la moderna sociedad capitalista producción anticipada, que llega a crecer tanto que se produce en el mercado una situación



de exceso de producción y, consecuentemente, una crisis comercial seguida de un período de estancamiento, que hasta ahora ha venido causando siempre gran miseria entre los trabajadores. Por parte de los grandes trustes, que ya se han hecho con varios monopolios, se viene intentando desde hace algún tiempo paliar y acortar las crisis, pero a cambio de ello se intensifica aún más la explotación de la gente por mano del monopolio.

Este estado de cosas, que cada vez se hace más crítico, desemboca a la postre, según la teoría de Marx y Engels, en una catástrofe social. De acuerdo con ella, el sistema capitalista en su conjunto se desmorona bajo el peso de sus propias contradicciones internas. En el interin, y como consecuencia de la continua expansión de las empresas capitalistas, como resultado de la eliminación y exclusión de las pequeñas y medianas explotaciones, aumenta de tal manera el proletariado, que se adueña de la situación, se apodera del Estado y de la producción y transforma toda la sociedad en consonancia con sus exigencias. De ese modo, la nueva sociedad que de ahí se origina no es sino el resultado de un desarrollo económico que ha alcanzado un determinado grado de madurez. Eso es lo que dice la teoría de Marx y Engels.

Llegados aquí, será oportuno reproducir algunos párrafos del propio escrito de Engels, sus conclusiones finales. Engels describe allí toda una serie de fases de desarrollo. La expuesta más arriba la caracteriza como sigue:

Por un lado, perfeccionamiento de la maquinaria, que resulta un imperativo forzoso para todo fabricante por razón de la competencia, y que lleva consigo un desempleo obrero cada vez más alto: el ejército industrial de reserva. Por otro lado, la expansión sin trabas de la producción, que también es ley forzosa impuesta por la competencia a todo fabricante. Por ambos lados, inaudito aumento de las fuerzas productivas, excedente de la oferta frente a la

demanda, superproducción, saturación de los mercados, décadas de crisis, ciclo económico defectuoso: aquí, exceso de medios de producción y de productos; allí, exceso de trabajadores sin ocupación y sin medios de existencia. Mas los dos resortes de la producción y del bienestar social no pueden actuar de consuno, porque la forma capitalista de producción se lo impide, impide que circulen los productos, a menos que se hubieran convertido antes en capital: que es, precisamente, lo que impide su propia superabundancia. La contradicción ha escalado hasta convertirse en un absurdo: la forma de producción se ha rebelado contra la forma de intercambio. Ha quedado demostrada la incapacidad de la burguesía para seguir controlando sus propias fuerzas sociales productivas.

Luego se inicia una segunda fase, de la que todos nosotros sabemos algo por propia experiencia, y a cuyo desarrollo estamos asistiendo todavía:

Reconocimiento, en parte, del carácter social de las fuerzas productivas, impuesto a la fuerza a los mismos capitalistas. Apropiación de los grandes organismos de producción y comercialización, primero por sociedades anónimas, después por trustes, más tarde por el Estado. La burguesía se revela como clase superflua; todas sus funciones sociales pasan ahora a ser realizadas por empleados a sueldo.

Finalmente se produce:

La revolución proletaria, la superación de las contradicciones: el proletariado se hace con el poder público y, apoyado en él, transforma los medios sociales de producción, que se le han ido de las manos a la burguesía, en propiedad pública. Por esta acción libera los medios de producción de su hasta entonces condición de capital, y le da a su carácter social plena libertad de realización. A partir de ahora ya es posible una producción social de acuerdo con un plan prefijado. El desarrollo de la producción convierte en anacronismo la existencia por más tiempo de distintas clases sociales. En la medida en que desaparece la anarquía de la producción social, se debilita también la autoridad del Estado. Los hombres, antes por fin de su propia forma de socialización, se convierten así, a la vez, en dueños de la naturaleza, en dueños de sí mismos: se hacen libres.

## 2. EL LIBERALISMO COMO ETAPA PREVIA DEL SOCIALISMO

Ésta es la marcha de las cosas tal como la vieron Marx y Engels. ¿Cuál es, pues, en vista de este desarrollo, la tarea de los socialistas y de su doctrina, la teoría del socialismo?

Primero: identificar con toda exactitud este desarrollo y sus tendencias, investigar con todo rigor sus peculiaridades.

Segundo: organizar y educar políticamente a la clase obrera, al proletariado, en consonancia con las tareas que de ello se derivan, formar un partido del proletariado. El partido político del proletariado es, precisamente, la socialdemocracia.

Tercero: remover los obstáculos que impiden este desarrollo. En Marx, en su escrito *La guerra civil en Francia*, se lee lo siguiente a propósito de la Comuna de París de 1871:

La clase obrera no exige ningún milagro de la Comuna. Su misión no es la de introducir mediante voto popular utopías listas y acabadas... Lo único que tiene que hacer es dar salida libre a los elementos de la nueva sociedad, que ya se han desarrollado en el seno de las sociedades burguesas en vías de extinción.

Esta puesta en libertad de los elementos sociales, es decir, la remoción de todos los obstáculos que entorpecen el progreso social, es la tarea del proletariado, tal como ya lo fue en su tiempo también para la burguesía que ha precedido al proletariado.

Pues la burguesía (*Bürgertum*) —en el sentido de la palabra francesa *bourgeoisie*— ha desempeñado en la historia un papel muy revolucionario. En el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels se pueden leer en el primer capítulo frases que, verdaderamente, representan un elogio del papel histórico de

la burguesía. No en vano constituyó en un tiempo esta burguesía la clase liberadora frente al feudalismo, frente a la sociedad gremial, etc. Con el transcurso del tiempo fue eliminando las trabas que entorpecían su desarrollo, y abrió camino a las fuerzas sociales para conseguir sus propósitos, su propia forma de producción, esto es, la libre competencia, primero en los mercados nacionales, más tarde también en el mercado mundial. En eso cumplió la burguesía una misión histórica, que cuando fue escrito el *Manifiesto comunista* en 1847, por lo menos en Alemania, aunque también en otros países, aún no había quedado concluida del todo. En consideración de esto, y de cara a la praxis, llegaron también Marx y Engels a la conclusión de que los socialistas, que bajo el punto de vista social ya se consideraban enemigos de la burguesía y la combatían, debían apoyar temporalmente —así se dice textualmente en el *Manifiesto comunista*— a la burguesía siempre que ésta adoptara una postura revolucionaria frente a las clases reaccionarias, de modo que no se excluya que, temporalmente, marcharan juntos proletariado y burguesía.

Mantengámonos con la palabra alemana \* para designar a la *bourgeoisie*, por más que resulte equívoca. Por un lado nuestra palabra alemana *Bürger* tiene una significación doble. Significa, simplemente, miembro de una gran comunidad, y eso lo son todos, proletarios, burgueses, aristócratas, o cualesquiera otros. Por otro lado, sin embargo, sirve para caracterizar a los miembros de una determinada capa social, concretamente a las clases poseedoras que no forman parte de la nobleza de sangre. En este caso, y en la medida en que tiene conciencia de ser miembro de su clase, el *Bürger* se encuentra situado en el polo opuesto al obrero, al proletaria-

\* *Bürgertum*. (N. del T.)

do. Según esta última acepción —que es la más generalizada—, seguiremos utilizando en adelante el término *Bürgertum* para designar a la clase de los propietarios capitalistas. El hecho es que la burguesía, junto a sus logros económicos y políticos, también ha operado muy importantes avances en las instituciones y conceptos jurídicos, e incluso en la ética. Combatiendo y eliminando las instituciones gremiales, introdujo, por lo menos en principio, la igualdad de todos ante la ley. Y, aunque a la altura de hoy no parezca esto ser mucho, para su tiempo significó un progreso de lo más extraordinario. En principio, la moderna burguesía estableció, cuanto menos, el respeto a la libertad personal, a la libertad de movimientos de la persona. Y de eso tenía necesidad el proletariado, y tenemos necesidad nosotros hoy para sentirnos a gusto. Para su época fue un gran paso adelante.

El liberalismo —pero no entendido como partido, que en muchos aspectos ha quedado indudablemente anquilosado, que reiteradamente se ha vendido al capitalismo, o se ha movido bajo su férula—, en cuanto ideología, fue algo importante para su tiempo, y todavía hoy hay que decir que no se ha convertido en nada superfluo.

El ideario del liberalismo en cuanto concepción del mundo queda reflejado en la *Declaración de los derechos del hombre* de la gran Revolución francesa, que proclamó la libertad de la persona, el derecho a la propia libertad, el derecho de cada generación a su soberanía. Ninguna generación puede imponer sus leyes a la siguiente, se dice en la *Declaración*. Ésta es una idea extraordinariamente revolucionaria, que Ferdinand Lassalle, en su importante libro *Das System der erworbenen Rechte* (*El sistema de los derechos adquiridos*), ha desarrollado más ampliamente y aplicado en este sentido revolucionario a las circunstancias actuales. Por-

que ¿qué significa eso de que una generación no puede imponerle sus leyes a la siguiente? Significa que ninguna generación está atada a la noción de derechos adquiridos elaborada y fijada en una generación precedente. No hace falta cavilar demasiado para darse cuenta de las vastas y trascendentales consecuencias que de allí dimanar, especialmente en lo que toca a la cuestión de la indemnización o de la expropiación. Pues el sistema de derechos adquiridos elaborado por Lassalle es, realmente, una teoría del derecho de expropiación revolucionaria, que une a la facultad de hacer valer este derecho la exigencia de que incluso en la aplicación de medidas coercitivas se transparente una idea de derecho. En época de revolución se puede naturalmente, decir: «Porque tenemos el poder, hacemos lo que nos place.» Pero precisamente entonces es cuando dice Ferdinand Lassalle que incluso en el poder revolucionario puede y debe haber sitio para el principio de legalidad. Él califica su obra de reconciliación con el derecho positivo, esto es, con el derecho expresado en leyes, con la filosofía del derecho, es decir, con el derecho natural, que determina cuándo se ha de indemnizar de acuerdo con la idea del derecho y cuándo se puede confiscar simplemente.

El desarrollo aquí descrito, la liberación de los gremios, de los estamentos y de otras ataduras semejantes, junto con la proclamación del principio de la libertad de la persona, es algo que debemos a la burguesía.

Este desarrollo, que ciertamente ha necesitado siglos para abrirse paso, nos ha sido expuesto repetidamente a lo largo de la historia como exclusivamente una lucha por ideas. Durante mucho tiempo se ha prestado bien poca atención a su fundamento, a las luchas de intereses materiales que lo han puesto en marcha. La Reforma protestante del siglo XVI, éste por así decirlo primer movimiento global de las

aspiraciones de la naciente burguesía, así como la gran Revolución francesa y, también, la inglesa, constituyen un proceso de desarrollo ideológico aún no concluido del todo. Pues con las ideas ocurre que, si bien es verdad que toman su origen en fenómenos materiales acontecidos en el seno del desarrollo social, tienden, sin embargo, a independizarse en su posterior desenvolvimiento, a desbordar el marco de realización que les es originalmente propio. El espíritu humano no se detiene, máxime habida cuenta de que el desarrollo social, por su parte, tampoco lo hace. De modo que, por ejemplo, la burguesía de hoy es distinta a la de hace cincuenta años, y la de entonces también era distinta a la de hace cien. Aparte de que la burguesía está fraccionada en muy diversos estratos: el de los grandes magnates capitalistas, los grandes y pequeños capitalistas, el de los pequeñoburgueses (*Kleinbürger*), el de los intelectuales, que constituyen un estrato intermedio situado entre la burguesía y el proletariado. Cada uno de estos estratos tiene, naturalmente, distintos intereses, y de esta disparidad de intereses se originan distintos órdenes de ideas, diversas formas de interpretar los principios formulados en su día por la burguesía. En su época de desarrollo, sus ideas han cristalizado muy a menudo en utopías, en imágenes del futuro ideológicamente coloreadas. No sólo hay utopías socialistas, sino que también las hay, o las ha habido, burguesas (*bürgerlich*). Concretamente en Francia, en el siglo XVIII, asistimos al pujante brote de una literatura copiosa llena de proyectos de sociedad, de imágenes y figuraciones de sociedades futuras, todas ellas muy bellas, pero que la mayoría de las veces son, más o menos, utopías burguesas, especulaciones construidas sobre la base de la ideología de la burguesía.

### 3. EL SOCIALISMO Y LA IDEOLOGÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

La transposición de la ideología burguesa a la situación del proletariado da lugar, en su desarrollo ulterior, a la ideología o utopía socialista, al comunismo igualitario. Los obreros, pero también burgueses progresistas que se interesan por el proletariado, por los desheredados, formulan entonces la siguiente tesis: «Vuestra igualdad, burgueses, es pura mentira; lo que queréis no es la verdadera igualdad; vuestra igualdad ante la ley no es nada mientras siga existiendo la desigualdad en la posesión de los bienes, en las condiciones de vida.» Y, de esa forma, a partir de la reproducción o aplicación de la ideología burguesa a la situación del proletariado se crea una nueva idea, que en adelante se llamará o bien comunismo, o bien ideología comunista. Y con ello llegamos al punto que hace posible responder a la pregunta de qué es el socialismo. ¿En qué conocemos que una idea, o una medida, o una política, es socialismo, es socialista? Con otras palabras: ¿existe también una ideología del socialismo? ¿Y que sería el socialismo si no tuviera criterios normativos?

Bien, a la pregunta de si el socialismo tiene una ideología hay que responder con un sí. Naturalmente que existe una ideología del socialismo; naturalmente que existen para ella unos criterios normativos. ¿Y dónde vamos a encontrarlos? Se los podría derivar de una imagen ya elaborada de sociedad, como han hecho muchos. Pero entonces queda todo en una construcción más o menos arbitraria, que por ello mismo induce a cometer desaciertos. Realmente, y por mucho que pueda haber gente que así lo crea, no es de un alambicado y ya terminado proyecto de sociedad de donde se derivan los criterios

normativos útiles en la práctica, sino de las reales, de las efectivas necesidades y posibilidades de la clase social llamada a realizar la transformación socialista, esto es, del proletariado, que tienen sus raíces en el estadio alcanzado por la economía. Pero hay que entender esto en su justo sentido. Tenemos que distinguir entre una clase social considerada como un conjunto, por una parte, y los miembros individuales de la misma, por otra. Tomado como persona individual, el proletario es un hombre como todos los demás y, en cuanto tal, lógicamente sujeto a error. Está sometido a los más diversos influjos anímicos, su educación sigue siendo todavía hoy deficiente y, como bien se echa de ver a diario, aún puede tener todos los prejuicios posibles que le han sido inculcados a lo largo de su vida. Tiene sus virtudes, pero también las debilidades humanas derivadas de su situación social. Ahora bien, cuando hablo de la clase del proletariado, me refiero, entonces, a los obreros en su totalidad, que, conjuntamente con miembros de otras capas sociales, pero que piensan igual que ellos, o se sienten unidos a ellos, desarrollan determinadas ideas a partir de la conciencia de su situación como clase y de sus causas; que exigen la realización de un orden más perfecto de sociedad. Por eso el *Manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels impone a los comunistas como primera obligación la organización del proletariado en clase.

¿Qué es una clase? Una clase de una determinada sociedad, hoy, por tanto, de la moderna, está formada por aquellos elementos de dicha sociedad que, como característica primordial, viven bajo las mismas condiciones de vida —condiciones de propiedad y de lucro— y constituyen una parte importante de la misma. Antes de que existiera un movimiento socialista ya había también proletarios, es decir, personas sin bienes y totalmente dependien-

tes del trabajo asalariado como forma de ganarse la vida. Por regla general, sin embargo, el proletario sólo se sentía, sencillamente, como un pobre. En sus círculos sólo se distinguía entre pobres y ricos. El proletario se limitaba a pensar así: éstos son los ricos; nosotros somos los pobres. Pero de que él, en cuanto obrero, pertenecía a una clase especial a diferencia de otros pobres, de otras personas sin recursos, de eso aún no era consciente. La organización de los obreros en un movimiento en cuyo seno se sienten como miembros de una clase social peculiar llamada a realizar unas tareas específicas es algo que, entre los alemanes, se propusieron por primera vez los miembros de la Liga Comunista fundada en 1847, y ha pasado a ser hoy empeño del gran partido de los socialistas. Organizando la clase, le crean los socialistas una conciencia de clase. Para los obreros es algo que no se reduce únicamente al reconocimiento de que tienen unos determinados intereses materiales propios, sino que supone la conciencia de que, en cuanto obreros, les corresponde en la sociedad moderna una tarea socialrevolucionaria más importante; de que tienen que cumplir una misión histórica de cara al progreso de la sociedad. Ésa fue, y sigue siendo, la condición previa para la organización en un partido socialista en el pleno sentido de la palabra.

Así se dice ya en el *Manifiesto comunista*. Con palabras algo distintas, incluso con algunas formulaciones que hasta pueden ser discutibles, pero admirablemente, lo ha expuesto Ferdinand Lassalle en una conferencia pronunciada en 1862 ante trabajadores berlineses, que fue publicada más tarde en forma de folleto con el título de *Programa obrero*, y cuya lectura no puedo sino recomendar todavía hoy a todos, si bien hay cosas en ella que han quedado superadas. Al fin y al cabo, ya tiene más de cincuenta años. En este escrito parte Lassalle de la

situación histórica de los obreros de nuestra época, para desarrollar lo que, como él mismo se expresa, es la «idea» de los mismos. A saber, él les muestra que, en virtud de su situación, están llamados a crear una nueva sociedad, exhortándoles a que saquen las consecuencias de este hecho, y ello no sólo en lo que toca a sus afanes políticos, sino referido a toda su forma de vida, a todo su ideario. Dondequiera que estén deben tener siempre presente este cometido, han de quedar poseídos por él, y de él tienen que sacar las debidas consecuencias. «Sería impropio de ustedes —les dice a los obreros— dedicarse a los placeres de los insensatos y caer en los vicios de los oprimidos. Imbúyanse por completo de esta idea, no la olviden nunca: ustedes son la piedra sobre la que ha de edificarse la iglesia del presente.» Tampoco en nuestros días se deberían olvidar estas bellas palabras ni perder de vista este noble propósito que va más allá de los puros intereses materiales, también legítimos, ciertamente.

¿Qué marcha ha seguido el movimiento obrero? El moderno movimiento obrero empieza con algunas huelgas aisladas en fábricas, primero contra las máquinas, más tarde con la formación de células de acción. Los obreros todavía no tienen una idea de su clase, pero ya aspiran a cambiar su situación; y como aún no disponen de los medios para realizarlo, ni de los derechos políticos, ni tan siquiera de la posibilidad de ganárselos, crean células que se dedican a forjar planes más o menos quiméricos. Todavía no existe una teoría económica elaborada que propague. Pero en un ulterior desarrollo se convierte el movimiento de las revueltas y huelgas en auténtica lucha de los obreros en la sociedad, en lucha de clases. Y, en cuanto lucha de clases, esta lucha de la clase obrera del proletariado es, de necesidad, una lucha política. Es muy importante retener esto: la lucha en que no gira todo únicamente en torno

de determinadas reivindicaciones del momento inmediato es lucha política; pues de lo que ahora se trata es de llevar a la práctica reivindicaciones sociales de amplio alcance. Los movimientos obreros de carácter particularista pueden ser en todo momento no ya socialmente neutrales, sino hasta reaccionarios. Eso incluso puede pasar hoy en día. Puede darse el caso de que haya obreros que luchan en sus fábricas por conseguir ventajas particulares frente a la colectividad general. Incluso a veces, a cambio de una subida de salario, pueden llegar a aliarse con los patronos para imponer precios más altos en perjuicio de aquélla. Eso no es una lucha de clases. Puede que una lucha de tal índole tenga una explicación y en determinado momento hasta esté justificada, pero no tiene nada en común con la lucha de clases; eso es una lucha de intereses totalmente corriente.

Una cosa así no tiene nada que ver con el socialismo. Como tampoco la idea de hacer a los obreros, sencillamente, amos de las fábricas donde trabajan. Lo que a este respecto hemos visto que ha sucedido en un país vecino del Este (Rusia) no es socialismo. Así lo ha podido constatar más certeramente que nadie el economista social Karl Rodbertus, como se ve por su correspondencia con Rudolf Meyer y Ferdinand Lassalle. Como se sabe, Lassalle había planteado la exigencia de un crédito estatal a gran escala para crear asociaciones de producción, que él consideraba como un instrumento de paso hacia el socialismo. Rodbertus, sin embargo, se mantuvo en la idea de que la propiedad de las empresas por parte de los obreros, que es lo que con ello se quería conseguir, representaba una forma de propiedad privada todavía peor que la propiedad capitalista. ¿Por qué? La razón es bien sencilla: eso enfrenta a los obreros, tan pronto como se convierten ellos mismos en empresarios de su respectiva

fábrica, con el resto de la colectividad, y debilita en perjuicio de ésta el interés por introducir mejoras técnicas, por la instalación de máquinas que ahorren trabajo, etc. Pero lo propio del socialismo es, precisamente, la idea de la primacía del interés colectivo sobre todo interés particularista de determinados grupos; parte del interés general de la clase y no del grupo; no tiene nada que ver con los intereses de las distintas ramas profesionales que están en oposición al interés colectivo general.

Hoy en día nos encontramos ante un fenómeno, explicable a partir del estado actual de la revolución, que consiste en que hay obreros que estaban antes organizados en su mayoría en sindicatos, pero ahora actúan en las fábricas en contra del sindicato \*. No es mi propósito ponerme ahora a defender o atacar a los dirigentes sindicales. Si han cometido errores o no, eso es otro asunto. Pero la idea del sindicato, que quiere abarcar por lo menos a todos los obreros de una determinada industria y está guiado por el espíritu de la lucha de clases, se encuentra de cualquier modo más cerca del socialismo que la actuación de empresa en empresa, a no ser que esto mismo constituya también un instrumento de lucha aplicado por el propio sindicato.

Por idéntica razón soy enemigo de siempre de la idea de mejorar la situación de los obreros a base de darles una participación en las ganancias. Hay fabricantes que, unas veces por generosidad, otras por cálculo egoísta, hacen partícipes a los obreros de los beneficios de sus fábricas. Eso tampoco está en consonancia con el socialismo, pues enfrenta a los obreros favorecidos incluso a sus colegas de igual profesión. La única participación en los beneficios deseable, si es que cabe hablar de alguna que

lo sea, es el convenio colectivo adoptado por el conjunto de los obreros con los patronos de todo un ramo.

No se puede excluir, naturalmente, que un determinado sindicato sea conservador y, tal vez, hasta reaccionario. Hemos visto el caso de sindicatos ingleses que se oponían abiertamente al progreso técnico porque creían que sus afiliados saldrían perjudicados con ello. También en algún que otro país ha ocurrido lo mismo. Hemos presenciado, pues, cómo hay sindicatos que son conservadores. Pero un partido de los obreros, que abarca a todos los obreros de todos los sectores —tanto si se trata de un partido de carácter esencialmente sindicalista, como es el caso del Partido Laborista en Inglaterra, como de uno organizado políticamente al estilo del Partido Socialdemócrata en Alemania—, no puede ser otra cosa que revolucionario en el amplio sentido del progreso radical en todas las áreas de la vida social: económica, política, intelectual y moral. Y eso, ¿por qué? Porque en la sociedad moderna, y en cuanto clase, los obreros no están ligados en su conjunto total a ningún tipo de instituciones tradicionales del pasado, como lo están casi todos los partidos burgueses. En cuanto clase no tienen intereses de ninguna especie que se opongan al progreso. Su bienestar como clase está ligado al progreso social. Si algunos obreros creen que el progreso social, que el avance técnico les perjudica porque puede dejar temporalmente sin trabajo a un cierto número de obreros, no se puede negar, sin embargo, que el conjunto de ellos saca de este progreso el enorme beneficio de la multiplicación de los productos, de la elevación de la riqueza social. Y este provecho es condición indispensable para el progreso de la sociedad. Pues sin un determinado nivel de riqueza social no es posible transformar la sociedad en el sentido socialista.

\* Escrito en diciembre de 1918.

La clase de los obreros tiene el máximo interés en el progreso en todos los terrenos, tanto en el de la producción como en el del intercambio comercial, y por eso es enemiga de todo interés particularista referido a la propiedad. Precisamente en razón de ello es la portadora de la idea del socialismo. Eso mismo se pone de manifiesto también en la postura adoptada por los obreros respecto del Estado en general. En un cierto estadio de desarrollo, y ante una determinada constitución política, pueden adoptar los obreros una postura hostil al Estado, han llegado a adoptarla de hecho, tienen que adoptarla necesariamente en determinadas circunstancias. Pero eso sólo vale frente a una *forma* concreta de Estado, bajo determinadas formas de poder. En lo que respecta, sin embargo, a la *función* del Estado en cuanto conjunción del conglomerado todo de la nación, en su condición de legítimo guardián del interés general de la colectividad, los obreros hacen causa común con el Estado. Ni están ligados a una forma concreta de Estado ni se han sujetado siquiera a que la sociedad se conglomere invariablemente bajo la hechura y, por así decirlo, por medio del Estado. Existen otras formas imaginables de conjunto. Pero también ellos afirman el principio fundamental en que, de acuerdo con el derecho natural, se apoya el Estado, y que Lassalle, de nuevo, expuso en su muy ponderado libro, en su obra sobre el pensamiento de Heráclito, el gran filósofo griego, haciendo suyas las palabras de éste: «¡Dedicación al bien general! Ése es el principio eterno de lo ético.» Ésta ha de ser, necesariamente, la ética de la clase obrera, la que ha de tener como clase, sea cual fuere el sentir particular de los individuos que componen el conjunto total de los obreros. Los errores individuales se diluyen en el seno del movimiento colectivo. En éste queda como idea conjunta lo que todos ellos, de manera más o menos cons-

ciente, tienen en común en su juicio social, al margen de la dispar condición personal que pueda tener éste o aquél. La clase obrera está ligada a la idea de la colectividad general. A la pregunta sobre qué entendían por socialismo, que, como he contado anteriormente, planteé en cierta ocasión a cinco personas, recibí de un viejo obrero una respuesta clásica. En su cuartilla había una sola palabra, a saber: *solidaridad*. En mi opinión, era la respuesta más acertada que cabía formular con una sola palabra. El sentido de hermandad, la trabazón de los hombres en cuanto sociedad, eso era para esta persona sencilla la idea capital del socialismo. Naturalmente, a ello asociaba una imagen socioeconómica bien concreta que, fundamentalmente, también era justa.

Mas, ¿cómo se puede llegar a realizar la solidaridad? Los obreros se dedican a distintos oficios, trabajan en diversas fábricas, y por eso es inevitable que, en ocasiones, tengan intereses contrapuestos. La solidaridad se realiza en el seno del Estado a través de la lucha política, y ésta sólo puede ser llevada a cabo por la clase obrera con el mayor éxito posible en la *democracia*. La abolición de todo privilegio de clase: ése es el derecho político fundamental de la clase obrera. Algunos ciudadanos aislados pueden actuar sobreponiéndose a unos intereses de clase, luchar por razones ideológicas por la consecución de la democracia total. Pero ninguna clase social puede luchar en todos los terrenos tan incondicionalmente y sin reserva por la democracia como la clase obrera. Democracia quiere decir eliminación de cualquier privilegio de clase, igual derecho político para todos, y ello no sólo a la hora de elegir los órganos representativos públicos. Sin embargo, la democracia va todavía mucho más lejos. La democracia se transfiere al ordenamiento jurídico entero y a toda una serie de otras instituciones públicas más. Apremia con toda urgencia a su-



primir todos los monopolios capitalistas o a despojarlos de su carácter de tales. Intensifica la organización de los obreros como partido, la organización de los obreros como clase con vistas a la lucha económica, aumenta las exigencias frente al Estado y a los municipios. Allí donde los obreros gozan del pleno derecho de sufragio democrático y han adquirido una conciencia de clase plantearán al Estado exigencias cada vez mayores de índole cultural, que harán necesaria la dedicación de mayores fondos también. Aumentan la presión para que la colectividad se haga cargo de las empresas monopolistas —unas veces el Estado, otras los municipios, según la distinta naturaleza de las mismas—. Eso ya lo hemos podido registrar con toda claridad en tiempo de paz. La repercusión social del sufragio universal (a la que durante mucho tiempo no se había concedido la debida importancia incluso por parte de muchos socialistas) se ha hecho de tal manera evidente que también Marx y Engels, que en modo alguno eran contrarios a los derechos democráticos, pero que en una determinada época querían saber bien poco de la lucha por el sufragio universal, acabaron por convencerse de que esta lucha era absolutamente justa: de que el sufragio democrático constituye el gran resorte que puede utilizar la clase obrera para conseguir mayores derechos, así como más medidas con vistas a reformar la sociedad. Así lo hemos podido comprobar en tiempos de paz en virtud de nuestra actuación política en el Reich, en los distintos Estados, en los municipios. Quien haya seguido de cerca la legislación político-social de las últimas décadas en Alemania y en otros países habrá de conceder que ésta ha reportado más de una reforma de importancia. Ciertamente: no pocas veces se la ha elogiado más de lo merecido, pero ahí está y, así hay que reconocerlo, el que tengamos esta legislación se debe a la presión ejercida por la clase obrera organi-

zada; en el caso de Alemania, a la presión de la socialdemocracia como partido del socialismo, que sólo pudo cobrar la fuerza necesaria gracias al sufragio democrático. Si no se ha podido conseguir lo mismo en todos los países se debe, precisamente, a que en algunos de ellos todavía existe un sufragio restringido; en otros países, por ejemplo en Francia, que sigue siendo un país primordialmente agrícola, porque la clase obrera no era lo suficientemente numerosa y, además, carecía de unidad política.

En Alemania, por su parte, aún se habría podido conseguir más si en su Estado más importante no hubiera seguido estando limitado el sufragio, y en el Reich, donde sólo formalmente era universal, pero fácticamente no lo era, no hubiera podido el Consejo Federal (Bundesrat) hacer caso omiso, sencillamente, de las resoluciones legislativas tomadas por el Parlamento de acuerdo con la Constitución, de modo que las relaciones de poder existentes en el Estado y en la sociedad pudieran recortar todavía el pleno alcance de dicho sufragio. A pesar de todo, la enorme potencia virtual de la democracia, del sufragio democrático, es un hecho comprobado. Por otro lado, hoy en día ha acabado la revolución con aquellas relaciones de poder que impedían el despliegue de toda su eficacia. Con ello se ha eliminado el mayor obstáculo político interior que había y se ha conseguido despejar el camino hacia una total transformación orgánica del orden social existente. Porque la vía orgánica seguirá siendo siempre la más adecuada.

#### 4. OBSTÁCULOS EN EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO

No obstante, los obstáculos con que nos enfrentamos no son, desgraciadamente, sólo de carácter

político interior. Hoy en día se clama mucho por la socialización. De todos lados oímos esta reivindicación. Es comprensible. Socialización es la expresión técnica general de la colectivización pretendida por la socialdemocracia, que ha de venir a poner fin a los males e injusticias de la economía capitalista. Pero la forma como muchas veces se plantea esta reivindicación, la misma pregunta impaciente de por qué no se socializa de inmediato, delata una buena porción de ingenua fe en las posibilidades inmediatas y en la eficacia de la socialización, además de un desconocimiento absoluto de las enormes dificultades que, en la situación actual, le cierran el camino, y que, en parte, también provienen del ámbito político. Es una impaciencia explicable. Yo la comprendo, pero todos deberían comprender también que algo tan colosal como eso no puede ser, en absoluto, obra de semanas o de meses. Hoy, cuando nuestra industria tiene que hacer frente a las mayores dificultades, y cuando se le vienen encima impedimentos cuyas dimensiones todavía no podemos calibrar, pues el hecho es que aún no conocemos las condiciones que el extranjero, los vencedores, nos van a imponer en Alemania, hoy hace falta —y quiero utilizar a sabiendas esta expresión algo drástica— una fe en los milagros para creer que, al decir que tal o cual industria ha sido socializada, ya podemos partir de que ha mejorado esencialmente algo para los obreros o para la colectividad general en el instante presente.

La nacionalización y la municipalización son las dos formas clásicas de colectivización. Naturalmente, ambas no son un fin en sí; también ellas son medios para alcanzar un fin, cuyo punto álgido es la consecución del mayor bienestar posible para todos. El logro de esta meta queda asegurado en el terreno económico, tanto en la producción como en el comercio, por la mayor intensificación posible de

la rentabilidad. Puestos a la obra de socializar, hay que preguntarse siempre, por tanto, si con las medidas tomadas, o que podamos tomar, se logra efectivamente una mayor rentabilidad, y si no ocurrirá un día que, bajo la presión de las circunstancias, en lugar de adelantar a este respecto iremos hacia atrás. Comprendo la impaciencia a que me refería y la estimo en mucho por su valor de impulso motriz. Pero no nos engañemos respecto de lo que hoy en día está en juego. Lo esencial en la socialización es someter la producción y otras ramas de la economía al control regulador de la colectividad; un control mucho más riguroso, más amplio que el hasta ahora existente. Traspasar la dirección de la economía a la sociedad y para ella es algo que puede realizarse por diversos caminos. No queda circunscrito a un único y determinado procedimiento. Dejando aparte la agricultura, en Alemania tenemos actualmente unos tres millones de empresas de producción, de comercio, etc., de diversa naturaleza. Una buena mitad de las mismas son pequeñas empresas, empresas unipersonales, o con quizá un solo operario, que no entran directamente en cuenta para la socialización. Vamos a suponer que son algunas más y a situar su número en dos tercios del total. Todavía queda un millón de empresas del más variado tamaño —medianas, grandes y gigantescas—, de las más diversas formas de producción, comercio y distribución. ¿Cree alguien que mejoraría de golpe algo al respecto si en todas partes se sustituyera indiscriminadamente a los empresarios por funcionarios públicos? Yo no lo creo. La transformación de las empresas privadas en públicas es un hecho que ha de ser realizado con toda prudencia y con sistema en cada caso particular de acuerdo con unos criterios determinados. Hay que examinar qué sectores de la economía, qué clase de empresas del todo eficientes son las primeras que pueden ser puestas al cargo de

la sociedad, y cuáles es mejor dejar de momento, o incluso es preciso dejar absolutamente, en manos privadas, para que no llegue a atascarse el motor de la economía. Más importante que la cuestión de si empresa privada o pública es, en el momento actual, la de si empresa en funcionamiento o paralizada, pues nuestro pueblo necesita hoy el trabajo más que en cualquier otro tiempo pasado.

Antes de la guerra era Alemania, en conjunto considerada, un país rico; hoy, tras la guerra, es un país pobre obligado a practicar una política económica típica de los países empobrecidos. Y como tiene que importar materias primas y, en parte, productos alimenticios por valor de varios miles de millones para mantener realmente en marcha la actividad económica, también se ve obligado a exportar la mayor cantidad posible de productos acabados. Porque, en definitiva, los productos sólo se pueden pagar con productos. Pronto se nos va a acabar el oro, y el papel moneda que imprimimos no nos lo toma nadie en el extranjero por su valor nominal.

El segundo canciller alemán, el conde Caprivi, refiriéndose a que Alemania no puede producir ella misma todas las materias primas y todos los productos alimenticios que necesita, pronunció una vez, a comienzos de los años noventa del siglo pasado, las siguientes palabras: «No nos queda más remedio que o exportar mercancías o exportar hombres.» Y la exportación de hombres no significa, con otras palabras, más que esto: emigración. Yo me temo que, de cualquier modo, una parte importante de nuestros trabajadores tiene tentaciones de emigrar. Pero no queremos contribuir, todavía, a aumentar su número sin motivo. Algunos me han planteado ya la pregunta de adónde deben irse. Una pregunta muy justificada. Actualmente nos hallamos en el mundo en una situación del todo distinta a la de antes de esta terrible y criminal guerra. De continuo

nos topamos con un odio que se traduce en una legislación hostil a los alemanes. Eso pone las cosas a los emigrantes mucho más difíciles de lo que estaban antes de la guerra. Al trabajador alemán bien le puede ocurrir lo que dice Freiligrath de la revolución:

Busca lares extraños y se deja caer inmóvil ante cenizas apagadas.

Por eso no nos es lícito hoy aumentar el número por medio de experimentos problemáticos. Hemos de poner nuestro empeño en mantener lo más bajo posible el contingente de nuestros trabajadores que se ven obligados a irse al extranjero.

Ésta es otra de las razones que nos obligan a proceder con todo cuidado, paso a paso, con sistema, en lo que toca a la socialización, y a dejarle mientras tanto a la industria no socializada la posibilidad de existir y trabajar. Y repito una vez más: los caminos que conducen a la socialización son muchos. Puede efectuarse mediante incautación directa de determinadas empresas, o determinados grupos de industrias, transformándolas en empresas estatales, comunales o del Reich. Pero también puede ser llevada a cabo a base de que la colectividad intervenga cada vez más intensamente en la marcha de las empresas mediante leyes y decretos. Hoy en día ya lo hace así en cierto modo. La legislación industrial también fue combatida en su día por los capitalistas, que la tenían por una intromisión en su soberanía. Querían seguir mandando en su casa. En nuestro país, y entre otros, ya manifestó una vez Bismarck su indignación frente a la inspección de las fábricas, al igual como lo hicieron en Inglaterra los fabricantes cuando ésta fue puesta en vigor. Tampoco él quería que la ley se inmiscuyera en su negocio. Pero vaya si se inmiscuyó, y para bien de la colectividad, en beneficio de lo social —y hasta

del progreso económico también—. Eso es algo que aún puede desarrollarse más. De manera paulatina puede el Estado, o el Reich, en cuanto representante del pueblo, aumentar su participación en empresas que provisionalmente sigan en manos de capitalistas. Pero una participación no sólo en sus beneficios, sino también en la fijación de precios, de modo que no pueda surgir ningún monopolio, pues esto llevaría invariablemente a una subida de los precios. Así se viene practicando ya aquí y allá, pero aún podría extenderse más. De este modo puede la colectividad adquirir cada vez mayores derechos sobre la economía, una mayor participación en la producción.

Hace veinte años dije en un escrito esta frase, que todavía hoy sigo suscribiendo: en una buena ley industrial puede haber más socialismo que en la nacionalización de centenares de empresas y fábricas. Pues en tal caso se toma en cuenta el interés público en mucha mayor medida y se atiende al bienestar de un mayor número de personas. ¿Qué puede significar, frente a eso, que el Estado tenga un par de empresas más, y luego, a lo mejor, aún acabe por explotarlas de forma capitalista?

## 5. DEL PORQUÉ Y CÓMO DE LA REALIZACIÓN DEL SOCIALISMO

La clase obrera exige la democratización del Estado y de la administración pública, la democratización de las empresas, la extensión de la democracia a todos los terrenos, a la enseñanza, a la cultura física, al arte, al comercio. En todos los ámbitos empuja hacia adelante el movimiento obrero, y ello por razón de su naturaleza toda y merced al hecho de que cada vez engendra más elementos que, también intelectualmente, empujan hacia adelante, que

no se conforman con sólo conseguir beneficios materiales, con sólo mejorar sus ingresos, sino que, de verdad, también quieren ser libres espiritualmente. Su número no es, quizá, todo lo grande que nosotros desearíamos, pero sí es un número que está experimentando un crecimiento constante el de los obreros que aprenden, que se instruyen, que tienen aspiraciones intelectuales. Ahí están, si no, los muchos obreros que, salidos de estas actividades de su clase, demuestran hoy estar capacitados para ocupar los más altos cargos en el Reich y en el Estado. Yo soy el último cuando se trata de adular a los obreros. Pero una cosa no puedo dejar de decir: el movimiento obrero ha realizado algo grandioso al hacerles patente e inculcarles a los obreros esta conciencia de clase; conciencia de clase que más de un burgués, más de uno de los aquí presentes, ha maldecido y execrado, sin saber lo que hacía con ello. Porque los obreros que, en el pleno sentido de la palabra, han llegado a conseguir conciencia de su clase son los ideólogos de la masa obrera. Y al hecho de que tengamos entre los obreros un número tan grande de ellos hay que agradecer que, en medio de tantas convulsiones como tienen lugar en nuestro derredor, pueda realizarse esta gran revolución de forma relativamente pacífica, por cauces legales incluso.

En el Congreso Económico celebrado aquí en Berlín hace catorce días dije a los capitalistas: vosotros habéis maldecido repetidamente el movimiento obrero, os habéis encolerizado por su causa; pero mirad por vosotros mismos lo que está pasando con la revolución: ¿qué son incluso esas lamentables refriegas a que hemos asistido en Berlín, qué son esas manifestaciones de todos los días? La verdad es que apenas sí se le ha causado daño a nadie. Naturalmente, no se puede evitar que aquí y allá se cometan abusos. En general, sin embargo, la revolución

se desarrolla pacíficamente, hasta se puede decir que dentro de los cauces de la ley. ¿Por qué? Pues porque antes de la revolución ya teníamos un movimiento obrero que ha organizado a los obreros, los ha instruido políticamente, sindicalmente y en todos los terrenos posibles, los ha capacitado para entender la vida social, la vida política, la vida del Estado, para comprender la concatenación existente entre los fenómenos sociales y para no ponerse a dar palos de ciego a las primeras de cambio, que es lo que harían los obreros que no tienen noción de estas cosas.

En todos los ámbitos el movimiento de la clase obrera insta a transformar la sociedad en el sentido de eliminar todas las diferencias de clase y de hacer que sea la sociedad misma la que planifique sistemáticamente la vida económica entera. Creo que me es lícito decir que *eso es el socialismo*. El socialismo no es una fórmula, ni un esquema, ni tampoco asunto exclusivo de los asalariados. Hay amplias esferas de la sociedad moderna que están cambiando de postura. Hubo un tiempo en que los empleados se sentían identificados con los patronos y miraban con desdén a los obreros. De joven, cuando yo trabajaba en un banco, tenía un colega que era habitual enemigo a muerte de sus jefes y siempre estaba en pie de guerra con ellos. Pero lo que no le cupo nunca en la cabeza es que yo fuera socialista y que me interesara por los obreros. Él era un berlinés de pura cepa, que gustaba de expresarse en berlinés castizo: «¿Qué le pican a usted los sastres y tiracueros?», solía preguntarme continuamente en tono crítico. Hoy ya piensan de bien distinta manera incluso los empleados de banca, por no decir nada de los de otros negocios. El desarrollo económico está produciendo también entre ellos un cambio de postura cada vez más acentuado. Se sienten, si no en idéntica situación que los obreros, sí en una situa-

ción similar. Y este proceso sigue avanzando. Al igual que los empleados, también hay otras capas de la sociedad que están directamente interesadas en este magno movimiento hacia el socialismo. Diferencias de posición social las habrá siempre. ¿Y por qué no habría de haberlas? Mientras no desemboquen en explotación, mientras no sean causa de opresión, bien puede decirse que constituyen un enriquecimiento de la vida social. La desigualdad de clases debe desaparecer. Las desigualdades personales, las diferencias de actividad y categoría profesional pueden, por mí, durar todavía mucho.

De tener que resumir cuanto he venido exponiendo, me gustaría definir el socialismo de la siguiente manera:

*El socialismo es la suma de las reivindicaciones sociales y de las naturales aspiraciones de todos aquellos obreros que han alcanzado una conciencia de su situación como clase y de la misión que ésta ha de desempeñar en la moderna sociedad capitalista.*

Para comprender estas aspiraciones y esta misión en cuanto clase no necesitamos ninguna imagen del pasado, no precisamos de ninguna construcción utópica. Cada cual es dueño de imaginarse la sociedad del futuro todo lo bonita que quiera; en eso goza su fantasía de entera libertad. Pero el movimiento como tal extrae su fuerza y sus fines de las bases reales de la vida social, de las necesidades reales de la clase que constituye su núcleo. A partir de estas necesidades la clase plantea entonces sus exigencias. Y la suma de estas exigencias —léase el programa del Partido Socialista que se quiera—, *la suma intelectual, el contenido ideológico de estas exigencias, eso, repito una vez más, es el socialismo.*

El socialismo conduce a la conveniente economía colectiva y, finalmente, a la cada vez más plena realización de la solidaridad entre todos los miem-

bros del organismo social, a la consecución de la armonía social.

Esto es algo que, como ya he expuesto brevemente, requiere su tiempo. Pero es un proceso que *lleva camino de realizarse*. Y la gran ventaja que ha reportado nuestra revolución reside, en mi opinión, en que en Alemania ha removido del camino dos poderes, a saber, la monarquía, con todo lo que gira en su derredor, y el militarismo, y en que le ha deparado al pueblo la democracia total. Esta enorme ganancia no es apreciada debidamente por quienes hacen una interpretación demasiado a la ligera de las frases que escribe Marx al final de su obra *El Capital*, y deducen que éste ha afirmado literalmente que la transformación socialista es un acto que se realiza en un corto espacio de tiempo. No, se necesitan años, decenios. Pero el remedio ya está ahí, la gran arma del proletariado y de las clases a él equiparables ya está ahí. Y, aunque no se consiguiera de golpe la mayoría en las próximas elecciones, tampoco entonces estaríamos perdidos. Siempre quedaría aún el sufragio democrático en manos de la clase más numerosa de la sociedad, así como el incesante impulso que dimana de su situación como clase. Todo eso seguiría haciendo de fuerza motriz y obligaría inevitablemente a hacer las reformas de que precisa la clase obrera. Para conseguir estas cosas de una sola vez, para eso es nuestra sociedad —exámenesela, si no, con todo detenimiento, recórranse la capital y otras ciudades, estúdiense la situación en el medio rural—, para eso es la sociedad actual demasiado multiforme, un organismo demasiado vivo, y no un mecanismo muerto que se puede cambiar de golpe en todo momento.

Insisto una vez más: comprendo la impaciencia que ha hecho presa en muchos. Pero he de añadir que yo no la comparto. Y no la comparto, no porque esté satisfecho y anhele la tranquilidad, sino

porque estoy convencido de que se ha logrado algo grande y de que la clase obrera dispone de un arma comparable a aquélla a que se refería el gran físico de la antigüedad, Arquímedes, cuando dijo: «Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo.» De igual modo puedo decir, también, a la clase obrera: «Dadme el sufragio universal e igualitario y se habrá conseguido el principio social que es requisito fundamental de la liberación.» Hace veinte años, al ser criticado por unas palabras que no viene al caso repetir ahora, escribí estas líneas, que me voy a permitir reproducir aquí. Esto es lo que escribí:

Tal como yo lo veo, hay que concluir que el socialismo llega, está en camino, pero no como desenlace de una colosal batalla política decisiva; sino como fruto de toda una serie de victorias económicas y políticas del movimiento obrero en sus distintos campos de actuación; no como consecuencia de un aumento cada vez más considerable de la opresión, de la miseria, de la humillación de los obreros, sino como efecto de su creciente influjo social y de las relativas mejoras conquistadas por ellos de índole económica, política y ética. No es del caos de donde veo surgir la sociedad socialista, sino de las realizaciones de tipo organizativo de los obreros en el terreno de la economía libre, unidas a las instituciones y a los logros a nivel estatal y comunal de la democracia militante. Tras todas las convulsiones y todos los golpes de las fuerzas reaccionarias, a pesar de ellos, descubro cómo la misma lucha de clases adopta formas más civilizadas; y precisamente en ese ir civilizándose de las luchas políticas y económicas veo la mejor garantía de realización del socialismo.

Esto es lo que escribí en 1899, y de ello sigo estando también hoy convencido —hoy más que nunca—. Y con esta convicción de que lograremos cumplir las reivindicaciones de los obreros paso a paso, más rápidamente que nunca porque se nos oponen menos obstáculos, pero de manera orgánica, con esta convicción pregonó a los impacientes que hay entre los obreros: hemos conquistado la democracia, el derecho del que dijo Lassalle a los

obreros «Ése es vuestro principio *social*». Tened confianza en la fuerza creadora de este derecho; él os llevará a la liberación social con mayor garantía que cualquier intervención brutal en el organismo tan sensible de la moderna y muy perfeccionada economía nacional.

Quiero confiar, pues, que mi exposición, aunque no gane para el socialismo a todos aquéllos que hasta ahora aún no lo conocían y se enfrentaban a él con prejuicios, por lo menos los habrá convencido de que el socialismo representa un magno movimiento cultural; un movimiento que es imparable y que labora para el mayor bien de todos, precisamente porque se condensa en un gran partido político que propaga la instrucción social entre los obreros, que despierta la comprensión para con las necesidades de la economía nacional y para con la naturaleza de las medidas que hay que tomar en orden a seguir conduciendo a la sociedad por la vía del progreso social. De no haber existido este movimiento, lo que hoy tendríamos no sería simplemente la revolución, sino que tendríamos la anarquía con todos sus horrores. Pero bien podemos tener la esperanza de que esta revolución, que ha reportado algo grandioso, seguirá marchando por la vía del progreso orgánico para bien de todos los oprimidos e indigentes, para satisfacción de todos cuantos sienten un vivo interés, un cálido afecto por el sucesivo desarrollo de lo ya alcanzado en el camino hacia una sociedad construida sobre el principio de una solidaridad general basada en la abolición de las clases.

## RELACIÓN DE NOMBRES

ADAV, *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, partido obrero fundado por F. Lassalle en 1863.

ADLER, Max (1873-1937): Representante del austromarxismo, quien intentó una síntesis de Kant y Marx. Entre sus obras figura *Der Marxismus als proletarische Lebenslehre* (1922).

ADLER, Viktor (1852-1918): Médico en Viena, miembro del Partido Socialdemócrata en Austria, dirigente del Partido desde 1889; participó en la fundación de la II Internacional; desde 1905, miembro de la Cámara de diputados en Austria. En 1918, secretario de Estado de Asuntos Exteriores en el gobierno provisional de la República austroalemana, partidario de la unión con el Reich alemán.

AUER, Ignaz (1846-1907): Talabartero, dirigente político del movimiento socialdemócrata en Munich; miembro del Reichstag en 1877-1878, 1880-1887, 1890-1907; desde los años noventa, revisionista.

BACON, Francis (1561-1626): Filósofo y político inglés; crítico de la sabiduría antigua y tradicional, a la que quería sustituir mediante un nuevo *Organon* científico. Autor de *Novum organum scientiarum* (1620), *Ensayos morales, económicos y políticos* (1597), *Nueva Atlántida* (1627).

BAUER, Otto (1881-1938): Desde 1907, redactor del *Arbeiter-Zeitung* y representante del austromarxismo; después del fracaso del levantamiento socialdemócrata en febrero de 1934 huyó a Checoslovaquia y en 1938 a Francia. Autor de *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* (1907; trad. cast. 1979).

BAX, Belfort (1854-1926): Crítico del materialismo histórico, polemizó con Kautsky al respecto. Escribió «Concepción materialista y concepción sintética de la historia», en *Sozialistische Monatshefte*, diciembre 1897.

- BEBEL**, August (1840-1913): Tornero de profesión; desde 1861, miembro de la Asociación de formación obrera de Leipzig; en 1865, presidente de la misma; en 1869, cofundador del *Sozialdemokratische Arbeiterpartei*; desde 1875, tras la fusión en Gotha, dirigente del SAPD y del SPD; 1867-1913: miembro del Reichstag; 1892-1913: presidente del SPD.
- BELLAMY**, Edward (1850-1898): Norteamericano, defensor de la nacionalización como base de una sociedad igualitaria; escribió *Looking Backward [El año 2000]* en 1887.
- BISMARCK**, Otto (1815-1898): Desde 1871, príncipe de Bismarck. Estudió Derecho en Gotinga, 1832-1835; diputado conservador en el Parlamento Unido de Prusia, 1847-1848; después de 1848, diputado en la segunda Cámara. Diplomático en el Bundestag de la Confederación Germánica, en Petersburgo y en París. Primer ministro de Prusia desde 1862. Canciller del Reich en 1871; cesado en 1890 por desacuerdo con Guillermo II.
- BLANQUI**, Louis-Auguste (1805-1881): Revolucionario francés y teórico de la estrategia revolucionaria, subrayaba la necesidad de un repentino golpe de Estado llevado a cabo por una vanguardia de conspiradores profesionales que luego consolidaría su poder mediante métodos dictatoriales; los blanquistas desempeñaron un papel relevante en la Comuna de París de 1871.
- BLOCH**, Joseph (1871-1936): Matemático y filósofo; desde 1895 editor de la revista *Der Sozialistische Akademiker*, que en 1897 adoptó el nombre de *Sozialistische Monatshefte*; en 1933 emigró a Praga.
- BRAY**, John Francis (1809-1895): Activo miembro en la Asociación obrera de Leeds (Inglaterra), autor de *Males y remedios del trabajo o la época de la fuerza y la época del derecho* (1839), síntesis del owenismo y de la economía antirricardiana, a la vez que crítica de las actividades de los socialistas del movimiento obrero en la década de 1830.
- BROUSSE**, Paul (1854-1912): Doctor en medicina; salió de Francia después de la Comuna y a su regreso se unió a Guesde y Lafargue. Expuso su política —socialismo gradualista— en *La propiedad colectiva y los servicios públicos* (1883).

- BUCKLE**, Henry Thomas (1821-1862): Historiador que intentó trazar las leyes del desarrollo histórico en las coordenadas del positivismo. Escribió *Historia de la civilización en Inglaterra* (1857-1861).
- CABET**, Étienne (1788-1856): Abogado de formación, participante activo en la Revolución francesa de 1830; miembro de la Cámara de diputados en 1831, autor de *Viaje a Icaria* (1840), donde describe una utopía comunista.
- CAPRIVI**, Georg Leo (1831-1899): Canciller del Reich alemán de 1890 a 1894. En política exterior imprimió un «nuevo curso» al no renovar el tratado de reaseguro con Rusia y acercarse a Gran Bretaña. En política interior anuló las leyes de excepción contra los socialistas.
- COHEN**, Hermann (1842-1918): Profesor de filosofía en Marburgo, donde sucedió a F. A. Lange en 1876; desde 1912, en Berlín. Autor de *Sistema de la filosofía* (en tres partes, publicado a partir de 1902), que constituyó la consagración del neokantismo.
- COMTE**, I. M. Auguste (1798-1857): Discípulo y secretario de Saint-Simon (1817-24); fundador del positivismo. Escribió *Curso de filosofía positiva* (1830-1842), *Sistema de política positiva o Tratado de sociología* (1851-1854).
- DALTON**, John (1766-1844): Científico inglés considerado como el creador de la teoría atómica. Estudió la pervisión del sentido de los colores (daltonismo).
- DARWIN**, Charles Robert (1809-1882): Fundador de la teoría moderna de la evolución. Viaje de investigación en el Beagle, 1831-1836. Escribió *El origen de las especies por la vía de la selección natural* (1859), *El origen del hombre* (1871).
- DAVID**, Eduard (1863-1930): Filólogo y redactor de publicaciones socialistas; 1896-1908, miembro de la segunda cámara en el Parlamento de Hesse; 1903-1918, miembro del Reichstag; tras la Revolución de noviembre: 1919-1920, miembro de la Asamblea Nacional de Weimar; 1920-1930, miembro del Reichstag y ministro en varias ocasiones.



DÜHRING, Karl Eugen (1833-1921): Filósofo, economista, teórico de la ciencia; representante del positivismo (junto con E. Mach y R. Avenarius). Frente a la teoría social darwinista contraponen una sociedad realmente libre, en la que desaparecen todas las relaciones de dominación. Autor de *Lógica y teoría de la ciencia* (1878).

ELM, Adolf von (1857-1916): Jefe del sindicato de cigarreros de Hamburgo en 1883; tomó parte principal en el establecimiento de la cooperativa de consumo de Hamburgo *Produktion*; diputado del Reichstag, del que se retiró en 1906.

ENGELS, Friedrich (1820-1895): De 1842 a 1844, en el negocio de su padre en Manchester. En 1844, primer encuentro con Karl Marx en París; en 1848, redactor de la *Neue Rheinische Zeitung*; participó en la revolución de Baden en 1849; exilio en Gran Bretaña; 1850-1869, trabajo en el negocio de su padre en Manchester; desde 1870, en Londres dedicado exclusivamente al movimiento socialista. Escribió *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* (1878), *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884).

ERFURT, Programa de: Programa del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) de 1891.

FABIAN SOCIETY: La sociedad fabiana se fundó en 1884 en Londres y entendía el socialismo como la organización colectiva de la sociedad para hacer el bien general mediante la actuación del Estado en el nivel nacional y municipal; la extensión de las funciones estatales era para los fabianos signo del desarrollo del socialismo; su método de actuación se resumía en la «inevitabilidad del cambio gradual». Fabianos eran Sidney y Beatrice Webb, H. G. Wells, G. B. Shaw, entre otros.

FOURIER, Charles (1772-1837): Socialista utópico, escribió *La armonía universal y el falansterio* (1849).

FREILIGRATH, Ferdinand (1810-1876): Poeta y editor del *Rheinisches Jahrbuch für Kunst und Poesie* (1840-1841); redactor de la *Neue Rheinische Zeitung* (1848-1849). Participó en la lucha política como demócrata; varias veces exiliado. Al final se convirtió en un poeta patriota de la época de Bismarck.

GAMBETTA, León (1838-1882): Hijo de un tendero genovés instalado en Cahors, optó por Francia al cumplir su mayoría de edad. En 1869 diputado con el programa «radical». Gran orador, con influencias de Comte y de Proudhon. El republicanismo gambettiano tuvo su órgano de expresión en el periódico *La République Française*.

GOETHE, Johann Wolfgang (1749-1832): Cumbre de la literatura alemana, autor de *Fausto* (1806, 1831), *Las desventuras del joven Werther* (1774), *Años de aprendizaje de Guillermo Meister* (1796).

GORLITZ, Programa de: Programa del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) de 1921.

GOTHA, Programa de: Programa de fusión de los partidos socialistas alemanes ADAV y SDAP en 1875.

GREULICH, Hermann (1842-1925): Encuadernador de libros, emigrado a Suiza en 1865, donde fundó en 1867 una sección de la Internacional. Fundó el *Zürcher Tagwacht*, primer periódico socialista suizo.

GRUN, Karl (1817-1887): Representante del «verdadero socialismo», autor de *El movimiento social en Francia y Bélgica* (1845) y traductor de Proudhon al alemán.

GUESDE, Jules (1845-1922): Periodista a favor de la Comuna de París en 1871; después de exiliado, al regreso a Francia participó en la formación de un partido socialista con programa marxista (1879); diputado, 1893-1898 y 1906-1922. Ruptura con Jaurès en 1901, dividiéndose los socialistas franceses. Editó la revista *Egalité* de 1877 a 1882.

GUILLERMO I (1797-1888): Rey de Prusia desde 1861 y emperador de Alemania desde 1871.

HEIDELBERG, Programa de: Programa del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) de 1926.

HIRSCH-DUNCKER, Gewerkvereine: Sindicatos fundados por M. Hirsch y F. Duncker en 1868 con una orientación política

- del liberalismo de izquierda, que no aceptaba la lucha de clases. En 1869 tenía 258 asociaciones locales y unos 30.000 miembros. En 1910 llegaría a contar con unos 122.000 miembros.
- HÖCHBERG, Karl: Protector de los socialistas alemanes y editor de varias publicaciones como *Die Zukunft* y *Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*.
- HODGSKIN, Thomas (1773-1869): Uno de los fundadores del London Mechanics Institute (1823) y autor de obras donde combate la economía ricardiana: *Defensa del trabajo contra las exigencias del capital* (1825), *Economía política popular* (1827).
- KANT, Immanuel (1724-1804): Filósofo alemán, autor de la *Crítica de la razón pura* (1781), *Crítica de la razón práctica* (1788), *Crítica del juicio* (1790).
- KAUTSKY, Karl (1854-1938): Nacido en Praga, militante en la socialdemocracia vienesa desde 1875; 1881-1883, secretario de Engels. De 1883 a 1917, redactor de la revista *Die neue zeit*. En 1917 se unió a los independientes, pero siguió siendo un enemigo del comunismo.
- KINGSLEY, Charles (1819-1875): Escritor y profesor de Historia en Cambridge, líder del movimiento socialcristiano. Escritor de novelas sociales, es autor de *Hypatia* (1852).
- KINKEL, Gottfried (1815-1882): Profesor de Historia de la Iglesia y posteriormente de Historia del arte y de la cultura de Bonn. En 1849, como republicano, participó en el levantamiento revolucionario de Baden. Después de pasar por la prisión pudo exiliarse en Londres y en Estados Unidos. En 1866, profesor de Arqueología y de Historia del Arte en Zurich.
- LABRIOLA, Antonio (1843-1904): Filósofo marxista italiano, enemigo de una lectura determinista de Marx. Escribió *Del materialismo histórico* (1895-1896).
- LAFARGUE, Paul (1842-1911): Nacido en Cuba, estudió medicina en Francia; casado con la hija de Marx, Laura. Cofundador

con J. Guesde del Partido Obrero Francés; enviado por Marx a España para fundar una sección marxista de la Internacional contra los bakunistas. Con J. Guesde escribió el *Programa del Partido Obrero* (1883).

- LANDAUER, Gustav (1870-1919): Escritor, defensor de un socialismo radical en oposición a Marx y a la socialdemocracia alemana; en 1919 se unió al movimiento comunista de Munich; asesinado en 1919.
- LANGE, Fr. Albert (1828-1875): Profesor de Filosofía en Zurich y en Marburgo; introductor del neokantismo. Autor de *La cuestión de los trabajadores* (1865), *Postura de J. S. Mill sobre la cuestión social* (1865), *Historia del materialismo* (1866).
- LASSALLE, Ferdinand (1825-1864): Fundador del primer Partido Socialista Alemán. Estudió la filosofía hegeliana en Berlín y participó activamente en la Revolución de 1848. Fundó el ADAV (*Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*) en 1863. Autor de *El sistema de los derechos adquiridos* (1861) y del *Programa obrero* (1863), que se constituyó en punto de partida para la fundación del partido obrero ADAV.
- LEGIEN, Carl (1861-1920): Carpintero de Hamburgo, uno de los fundadores de la Comisión general de los sindicatos alemanes (1890) y presidente de la misma hasta 1919. De 1893 a 1898 y de 1903 a 1918 diputado (SPD) del Reichstag. En 1919, cofundador y presidente del ADGB (*Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund*, Federación de los sindicatos alemanes); iniciador de la huelga general contra el golpe de Estado de Kapp (marzo 1920).
- LENIN, Vladimir Ilich Ulianov (1870-1924): Organizador del Partido Bolchevique en Rusia y primer líder del Estado soviético. Contribuyó a la teoría marxista con *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899). Sobre los objetivos de un partido de vanguardia escribió *¿Qué hacer?* (1902). Expuso una nueva teoría del capitalismo contemporáneo en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916).
- LIEBKNECHT, Karl (1871-1919): Hijo de Wilhelm Liebknecht; desde 1899 abogado en Berlín; 1912-1916, miembro del Reichs-

- tag; funda con R. Luxemburg en 1915 el grupo *Spartakus*; asesinado en Berlín cuando era miembro del comité revolucionario.
- LIBBKNECHT, Wilhelm (1826-1900): Estudió para abogado; en 1848 fue a París atraído por la Revolución, tomó parte en el levantamiento de Baden en septiembre de 1848; organizador de las asociaciones obreras en Suiza, 1848-1850; 1850-1862, exilio en Londres, estando en estrecha relación con Marx. Miembro del Reichstag (1888-1900).
- LUXEMBURG, Rosa (1870-1919): Nacida en Zamóso (Polonia), estudió economía en Zurich (1889-1895); desde 1898 en Alemania, cuya nacionalidad había adquirido por matrimonio con el socialista Gustav Lubeck; tomó parte en la Revolución rusa de 1905; desde 1907, profesora en la escuela del SPD en Berlín; cofundadora del Partido Comunista alemán; en enero de 1919, asesinada por las tropas gubernamentales durante la revolución en Berlín.
- MARX, Karl (1818-1883): Científico social alemán e historiador; comprometido con los procesos revolucionarios de 1848-1849, editor de la *Neue Rheinische Zeitung*. Autor del *Manifiesto comunista* (1848); exiliado en Londres escribió, entre otras obras, *El Capital*, en 3 vols. (1867, 1885 y 1894, respectivamente).
- MASARYK, Thomas G. (1850-1937): Profesor de la Universidad de Praga; en 1907, elegido para el Reichsrat de Austria-Hungría por el Partido Realista; presidente de Checoslovaquia en 1918, 1920, 1927 y 1934.
- MAURICE, Frederic Denison (1805-1872): Teólogo anglicano, líder de los socialcristianos en la Iglesia de Inglaterra; fundador de la Universidad Popular Obrera.
- MEHRING, Franz (1846-1919): Colaborador en los años setenta de las revistas liberales *Zukunft* y *Waage*, estando en relación próxima con el ADAV. En los años ochenta se unió al movimiento obrero. En 1891, coeditor de la revista *Die neue zeit*; 1901-1908, redactor del periódico *Leipziger Volkszeitung* (con P. Lensch y R. Luxemburg); historiador del movimiento obrero; 1918, miembro del Reichstag.

- MILLERAND, A.: Socialista francés que decidió participar en un gobierno francés, siendo expulsado de su partido en 1904. El Congreso de la II Internacional de 1900 se ocupó del «caso Millerand» y aprobó la resolución de Kautsky de que la participación de un socialista en un gobierno burgués era una cuestión de táctica y no de principio.
- MIQUEL, Johannes von (1828-1901): Político prusiano, cofundador de la *Nationalverein*. Entre 1867 y 1882, diputado en la Cámara prusiana por el Partido Nacional Liberal (ala derecha); de 1867 a 1877 y de 1887 a 1890, diputado en el Reichstag. En 1890, nombrado ministro prusiano de Hacienda, a la que reformó modélicamente (1891-1893).
- NEWTON, Isaac (1642-1727): Científico inglés que descubrió las leyes de la gravedad universal y de la descomposición de la luz; también las bases del cálculo infinitesimal.
- OWEN, Robert (1771-1858): Reformador social inglés (de sus propias empresas). Autor del libro *Una nueva visión de la sociedad, o Ensayos sobre el principio de la formación del carácter humano y la aplicación de los principios a la práctica* (1812-1813). En 1824 fundó *New Harmony*, una colonia comunista, en Estados Unidos. En 1826-1827 publicó el libro *Social System*.
- PLEJÁNOV, Georgij (1856-1918): Fundador de la socialdemocracia rusa. En su exilio en Ginebra se hizo un auténtico marxista, siendo posteriormente maestro de marxistas rusos. En 1900 fundó con Lenin y Martov la revista *Iskra* en Leipzig, con una orientación en contra del reformismo. Después de haber estado de parte de Lenin se pasó a los mencheviques. Desde la revista *Jedinstwo* criticó la tesis de abril de 1917 de Lenin.
- PROUDHON, Pierre-Joseph (1809-1865): Autor de *¿Qué es la propiedad?* (1840); en 1848, diputado en la Asamblea Nacional francesa; de 1852 a 1862, exilio en Bélgica.
- RODBERTUS, Johann Carl (1805-1875): Terrateniente de Jagetzow, en la provincia prusiana de Pomerania; dirigente del centro-izquierda en la Asamblea Nacional de Berlín en 1848; economista y teórico del «socialismo de Estado».

**SAINT-SIMON, Henri de (1760-1825):** Teórico social británico, analista del proceso de industrialización de la sociedad. Autor de *El nuevo cristianismo* (1825).

**SAPD, Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands,** fundado en Gotha en 1875.

**SCHMIDT, Conrad (1863-1932):** Influyó directamente en Bernstein sobre la significación de Kant para el socialismo.

**SCHOELANK, Bruno (1859-1901):** Escritor y político socialdemócrata.

**SCHWEITZER, Johann Baptist von (1833-75):** Jurista y escritor político. Desde 1861, presidente de las asociaciones de formación obrera; desde 1863, miembro del ADAV; presidente del ADAV, 1867-1871; en estos mismos años, miembro del Reichstag.

**SDAP, Partido Obrero Socialdemócrata,** fundado en 1869 en Eisenach por Bebel y Liebknecht.

**SIEMENS, Werner (1816-1892):** Ennoblecido en 1888; fundador de la electrotecnia y padre de numerosos inventos, a la vez que empresario.

**SOCIALISTAS DE CÁTEDRA (Kathedersozialismus):** Grupo de economistas alemanes —entre otros, Gustav Schmoller, Lujo Brentano, Adolf Held, Christian Engel, A. Wagner— que criticaban el liberalismo económico y se pronunciaron a favor de la intervención estatal en la cuestión social. Fundaron la *Verein für Sozialpolitik* en 1873.

**STEIN, Lorenz von (1815-1890):** Autor de *El socialismo y el comunismo en la Francia de hoy* (1842), que le hizo famoso (reeditado en 1850 con el título *Historia de los movimientos sociales en Francia desde 1789 hasta nuestros días*); profesor en la Universidad de Kiel entre 1846 y 1851 y en la de Viena desde 1855.

**SPD, Partido Socialdemócrata de Alemania.** Este nombre sustituyó al de SAPD tras la derogación de la legislación antisocialista en 1890.

**THOMPSON, William (1783-1833):** Economista, autor de *Investigación sobre los principios de la distribución de las riquezas* (1824), donde combina el utilitarismo y la doctrina de Owen.

**TILLET, Ben (1860-1943):** Dirigente del «nuevo sindicalismo» en Inglaterra, organizador de los trabajadores del puerto de Londres desde 1887.

**USPD (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania),** partido de izquierda socialista que se separó oficialmente del SPD el 6 de abril de 1917. En las elecciones para formación de la Asamblea Nacional en enero de 1919 obtuvo solamente el 7,6 % de los votos (frente al 37,9 % del SPD). En 1922 se hizo la unión con el SPD, aunque algunos grupúsculos pretendieron seguir como partidos independientes.

**VANDERVELDE, Émile (1866-1938):** Teórico principal del Partido Obrero Belga; activo participante en la II Internacional Socialista; autor del libro *El colectivismo y la evolución industrial* (1900); ministro en una coalición nacional en 1918.

**VOLLMAR, Georg von (1850-1922):** Oficial bávaro, posteriormente en la dirección de los ferrocarriles; se hizo socialista, siendo redactor de *Der Sozialdemokrat*, que aparecía en Zurich (1878-1880). Miembro del Reichstag (1890-1918); revisionista.

**WAGNER, Adolf H. G. (1835-1917):** Economista y profesor en Viena, Dorpat, Friburgo y Berlín. Cofundador de la *Verein für Sozialpolitik* y parlamentario prusiano. Autor de *Principios de economía política* (1876), *Finanzwissenschaft* (1877-1901).

**WEITLING, Wilhelm (1808-1871):** El más importante de los primeros socialistas alemanes, miembro en París de la «Liga de los Proscritos» y el auténtico guía de la «Liga de los Justos», que se formó como escisión de aquella. Autor del *Evangelio de un pobre pescador* (1848, 2.ª ed.) y *Las garantías de la armonía y la libertad* (1842).

ZETKIN, Clara (1857-1933): Maestra, redactora de la revista *Die Gleichheit*; desde 1907, secretaria del Movimiento Feminista Socialista Internacional; cofundadora del grupo *Spartakus*; dirigente del Partido Comunista Alemán; en 1920-1933, miembro del Reichstag. Emigró a la Unión Soviética, donde murió.

## Colección Clásicos del Pensamiento

1. John Locke: *Carta sobre la tolerancia*. Edición a cargo de Pedro Bravo Gala.
2. Abū Nasr al Fārābī: *La Ciudad Ideal*. Presentación de Miguel Cruz Hernández. Traducción de Manuel Alonso Alonso.
3. Montesquieu: *Del Espíritu de las Leyes*. Introducción de Enrique Tierno Galván. Traducción de Mercedes Blázquez y Pedro de Vega.
4. Pasquale Stanislao Mancini: *Sobre la Nacionalidad*. Edición de Antonio E. Pérez Luño. Traducción de Manuel Carrera Díaz.
5. Jean-Jacques Rousseau: *Discurso sobre la Economía política*. Traducción y estudio preliminar de José E. Candela.
6. Rudolf Hilferding: *El Capital financiero*. Presentación de Julio Segura. Traducción de Vicente Romano.
7. Immanuel Kant: *La paz perpetua*. Presentación de Antonio Truyol y Serra. Traducción de Joaquín Abellán (2.ª ed.).
8. John Stuart Mill: *Del Gobierno representativo*. Presentación de Dalmacio Negro. Traducción de Marta C. C. de Iturbe.
9. Max Weber: *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*. Estudio preliminar de José María García Blanco. Traducción de Lioba Simón y José María García Blanco.
10. Baruch Spinoza: *Tratado teológico-político. Tratado político*. Estudio preliminar y traducción de Enrique Tierno Galván.
11. Jean Bodin: *Los seis libros de la República*. Estudio preliminar y traducción de Pedro Bravo Gala.
12. Edmund Husserl: *Meditaciones cartesianas*. Estudio preliminar y traducción de Mario A. Presas.
13. Montesquieu: *Cartas persas*. Estudio preliminar de Josep M. Colomer. Traducción de José Marchena.
14. Averroes: *Exposición de la «República» de Platón*. Estudio preliminar y traducción de Miguel Cruz Hernández.
15. Francisco de Quevedo: *Defensa de Epicuro contra la común opinión*. Edición de Eduardo Acosta Méndez.
16. Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert: *Artículos políticos de la «Enciclopedia»*. Estudio preliminar y traducción de Ramón Soriano y Antonio Porras.
17. Martín Lutero: *Escritos políticos*. Estudio preliminar y traducción de Joaquín Abellán.
18. Joseph A. Schumpeter: *Imperialismo. Clases sociales*. Estudio preliminar de Fabián Estapé. Introducción de Bert Hoselitz. Traducción de Vicente Girbáu.
19. Etienne de la Boetie: *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*. Estudio preliminar y traducción de José María Hernández-Rubio.